

Jesús Manuel Subero

MATASIETE

Montaña de la Gloria

Isla de Margarita

1977

MATASIETE

Montaña de la Gloria

Jesús Manuel Subero

Cortesía de
Consolidada de Ferris C. A. (CONFERRI)
y de la
Urbanización “Jorge Coll”
Pampatar / Isla de Margarita

FRONTISPICIO

Jesús Manuel Subero, el historiador, el margariteño, el maestro, denuncia en su libro Crónicas Margariteñas que en los textos de Historia de Venezuela de uso obligatorio en los 4°, 5° y 6° grados de educación primaria no dicen absolutamente nada de la historia de Margarita:

“Ni siquiera de la Batalla de Matasiete o de la heroica inmolación de los patriotas en la Laguna de los Mártires en Juangriego. En silencio pasan los nombres de Arismendi, de Francisco Esteban Gómez, de Maneiro, de Gaspar Marcano y toda aquella pléyade de hombres y mujeres que asombraron por su sacrificio en aras de la independencia de la Patria.

Denuncia grave sin duda; acentuada por la circunstancia de la Nueva Esparta actual. Hoy más que nunca nos toca exaltar, defender y difundir ese pasado de sacrificios, fomentar ese ambiente de trabajo honesto, fortalecer su carácter, atizar el espíritu de unidad familiar y esa moral personal y colectiva puesta tantas veces en heroica evidencia.

No podemos darnos el lujo de permitir que una música extraña puesta a propósito con un volumen ensordecedor nos impida apreciar cuán pobres somos y en cuanta ignorancia nos estamos sumiendo. Ni mucho menos legar a nuestros hijos una herencia de incertidumbre, de un no-saber qué somos ni cuál dirección tomar para que el aparente progreso material no mutile lo que le es más sagrado al hombre: su identidad dentro de una cultura auténtica, definida.

La Delegación de Extensión Universitaria del Núcleo de Nueva Esparta de la Universidad de Oriente asumió el papel que tenía que asumir; ir con el maestro Subero a todas las zonas escolares a denunciar el hecho y ofrecer la preciosa información que el velo de la indiferencia cubría peligrosamente.

De allí surgieron las “Jornadas de Historia Margariteñas realizadas con todos los maestros de 4°, 5° y 6° grados del Edo. Nueva Esparta, en el primer semestre de 1976.

La respuesta de los maestros no se hizo esperar: Surgió de inmediato el deseo de llevar ese maravilloso nutriente a la mente de nuestros niños. Pero, obviamente, exigían un material bibliográfico de apoyo. Se nos planteó un nuevo reto: el de hacerles llegar los trabajos de investigación histórica realizados por el Profesor Subero; investigación que es el producto de todo un entregarse con sincera pasión a la tarea de reconstruir el aporte de un pueblo presente con Venezuela tanto en sus días aciagos como en los felices cuando flamea el pendón de la libertad...

Ese mismo pendón del cual Morillo proféticamente expreso: “Mientras en Margarita ondee el pendón de la rebeldía está en peligro la paz de América”.

La Fundación Conferrys y la Urbanización Jorge Coll, C.A., en extraordinaria evidencia de estar constituidas por hombres con plena conciencia del deber margariteño que se debe cumplir, se han unido a este esfuerzo al cubrir la totalidad del costo de la tercera edición del primer material que llegara a cada uno de los maestros y a cada biblioteca pública y privada de Margarita y Coche: Matasiete, Montana de la Gloria. Exprésales, en nombre de su autor, de la Universidad de Oriente y en el de todos los maestros neoespartanos nuestra más expresiva palabra de gratitud.

Dejamos en manos de los docentes esta valiosa fuente de información que les permitirá, mediante una lectura fácil y amena, impregnarse de las motivaciones y los hechos que hicieron que a esta generosa tierra se le bautizase como la Nueva Esparta.

Tenemos fe en Uds. Es necesario que así sea.

Delegado de Extensión Universitaria

PROF. LUIS A. HERNANDEZ G.

UDO – NE

DEDICATORIA

La primera edición de MATASIETE, MONTAÑA DE LA GLORIA, fue dedicada a los alumnos de Humanidades del Liceo “Dr. Francisco Antonio Rísquez”, de La Asunción, el año 1967, al proporcionarme la honra inolvidable de escoger mi nombre para apadrinar su Promoción.

La segunda edición lo fue a la Promoción de Oficiales Batalla de Matasiete de las Fuerzas Armadas de Cooperación, el año 1973.

Y esta tercera, es mi sincero homenaje a mis apreciados colegas, los Maestros del Estado Nueva Esparta, con quienes, desde el 27 de setiembre de 1940, he venido compartiendo angustias, inquietudes, sinsabores y también satisfacciones, en nuestra lucha por el bien de la tierra del afecto entrañable.

J. M. S.

Pampatar, Día del Maestro, 15 de enero de 1977

Hay acontecimientos en el devenir histórico de los pueblos que no pueden ser olvidados, que no deben ser olvidados. Que no deben continuar siendo privilegios de grupos cultos o de historiadores de oficio. Ellos pertenecen a todos. En muchos casos configuran la fisonomía espiritual del pueblo. Le otorgan cierto tipismo que influye en los individuos. Que condicionan su ser regional. Que presta energía a lo telúrico. Que nos orgullece de la tierra. De su tradición. Que conforma su herencia cultural.

Tal, en la isla de Margarita, la célebre batalla de Matasiete, librada en las faldas del cerro de su nombre el 31 de julio de 1817 y de cuyo suceso, se están cumpliendo en el presente 150 años. A Matasiete hay que añadir la desesperada, memorable y sangrienta defensa del Fuerte de Juangriego, que nominara de por siempre a la Laguna de los Mártires y los inenarrables hechos heroicos con los cuales cada pueblo insular rubricó su propia historia.

* * *

Margarita respalda a Caracas desde el momento mismo cuando ésta lanza su grito de independencia. Se da integra a la lucha. Sin mirar sacrificios. Sin medir consecuencias. Con patriotismo contagioso. Con fe en el ideal. Con fanatismo devoto por la revolución. Tanto patriotas como realistas le reconocerán una importancia capital en el positivo desenvolvimiento de la lucha. En su triunfo definitivo.

Con el presente estudio tratamos de efectuar objetivamente, un análisis de los sucesos y de los documentos consiguientes a objeto de buscar una conclusión que nos descubra el por qué Matasiete, cuáles son los motivos que obligan a Morillo, desde Nueva Granada, venir a Margarita, y cuál fue el resultado de su terca empresa.

Sujetaremos los sentimientos. Dominamos el impulsivo mandato del afecto. Miraremos desfilas los sucesos sin inmutarnos. Sepultaremos los

calificativos para cuando veamos víctimas y victimarios, perseguidos y perseguidores, derrotados y victoriosos, ni compadecernos de unos, ni alegrarnos de otros. Que ya los unos ocuparán el lugar de los otros. Nuestro lugar no está entre los que empuñan banderas de odio y actualizan rencores. Prejuiciados que construyen seráficos seres o demonios. Es oportuno detener la marcha. Lo andado es bastante. Hace falta un alto. Para pensar. Para reflexionar. Para extraer la lección no aprendida aún. Esa debe ser la meta. Por escabrosa, difícil de lograr. La historia espera. Toquemos la puerta. Entremos. Los hechos duermen empolvados. Los héroes descansan. Las armas oxidadas sirven de adorno. Una bandera flamea al aire, sin manos. Un caballo pasta, impasible. El nieto ahora, oye el cuento del abuelo. Los hijos al fin son hijos, no compañeros de armas. Ahora las mujeres sí rezan y lloran. Las casas desvencijadas signan, paredes rotas, su protesta. Hierve la sementera. Las flecheras ya no son flecheras. Nada interrumpe la quietud nazanera de los fortines. Los corsarios son hombres caritativos y piadosos, que mirando al mar, refieren aventuras... Gaspar Marcano desea no escribir más y por eso regala su pluma a Juan de Castellanos. Nacen estatuas. Pero las estatuas desean volver a hombres para vivir la Patria. Veamos cómo un mínimo país regional —¡porque Margarita es un país!— contribuyó a forjar la historia de Venezuela, el país nacional.

Ahora contemos cómo los hombres se transformaron en estatuas...

A pocos días de acontecidos los sucesos de Caracas el 19 de abril de 1810, se supieron en Margarita. Manuel Plácido Maneiro, rico comerciante insular, que se encontraba allí para la fecha, trajo la noticia. La Junta de Caracas lo había comisionado para que lograra el pronunciamiento de Margarita en favor del 19 de abril, Maneiro se puso de acuerdo con el Capitán de Milicias de Blancos Don Juan Bautista Arismendi y logran deponer al Gobernador Puelles y formar una Junta Provincial que “fue elegida popularmente el día 4 de mayo y reasumió el mando de la isla”. Ya antes se habían adherido al movimiento de Caracas, Barcelona el 27 de abril, Cumaná

el 30; más tarde lo harán: Barinas, el 5 de mayo; Guayana, el 11 del mismo mes; Mérida, el 16 de setiembre, y Trujillo el 9 de octubre.

La Junta Provincial de Margarita quedó integrada así: El Teniente Coronel de Ejército Don Cristóbal Anés, Presidente; Don Francisco Olivier, Vice-Presidente; Don Simón de Irala; Don Francisco Aguado; Don Juan de Aguirre; Don Vicente Totesaus; Don Domingo Merchán, Pbro.; Don Ignacio Ruata; Don Ignacio Sárraga, Sub-Teniente de Ejército; Capitán Andrés Narváez; Don Francisco Xabier Benal; Don Francisco Maneiro; Secretario Don Andrés Narváez. Francisco Javier Yanes apunta que sobre la Junta recayeron sospechas de estar en “inteligencia con el comisionado de Puerto Rico, Cortabarría”, por lo que se comisionó a los Coroneles Arismendi y Guevara para que le manifestaran “que los votos del pueblo, y de los jefes, oficiales y soldados, de los batallones de milicias eran que debían separarse de la Junta todas las personas que la componían”. Así sucedió aunque no hemos podido lograr los nombres de los nuevos componentes pese a las cuidadosas investigaciones que hemos hecho en este sentido. Sabemos, sí, que la Junta Suprema, visto lo acontecido en Margarita con la Junta Provisional, y las protestas que culminaron con su remoción, designó a Don Francisco Llanos para hacerse cargo del gobierno de la Isla.

Margarita, desde el momento inicial se pronuncia por la independencia. El 2 de marzo de 1811, al instalarse el Primer Congreso Constituyente de Venezuela, un hijo suyo, Manuel Plácido Maneiro, está presente. Más tarde, al suscribir el Acta de la Independencia, dirá enfáticamente:

“Soy el que llevó a Margarita la noticia de la revolución de Caracas el 19 de abril; los que entonces se adhirieron a ella ahora me han constituido su representante conocían entonces como ahora la caducidad de los derechos de Fernando; siguen a Caracas y la seguirán siempre, y yo a nombre de ellos suscribo la Independencia.”

En ninguna oportunidad a través de los aciagos días que le tocará vivir, ni de las persecuciones que se ensañarán con la Isla, veremos a sus hijos

adoptar una posición que contradiga en algo ésta adoptada por su primer representante ante el Congreso de la República.

* * *

El año 1812 se pierde la Primera República. El Generalísimo Don Francisco de Miranda se ve obligado a enviar sus representantes ante Monteverde para pactar la capitulación. Sus instrucciones en cuanto a Margarita son precisas:

“Se procurará eximir de la capitulación la Isla de Margarita, para que continuando allí el mismo orden de cosas establecido actualmente, puedan emigrar a ella los extranjeros y nacionales que no quieran tomar otro destino.”

Miranda intuye el trascendental papel que jugaría Margarita en el desarrollo de la guerra de independencia y su importancia estratégica; pero se frustraron sus intenciones ante las férreas cláusulas nominales de la capitulación impuesta por Monteverde.

Pascual Martínez, el gigantesco tirano, es designado gobernador de Margarita. Tan pronto se posesiona de su cargo, inicia las persecuciones contra los patriotas. A las prisiones de Puerto Cabello y La Guaira son enviados: Coronel Juan Bautista Arismendi, Coronel José Manuel Marcano, Coronel Rafael de Guevara, Contador Juan Antonio Silva, Teniente Coronel Juan Miguel de Lares, Teniente Coronel Cayetano de Silva, Capitán Toribio de Silva, Capitán Vicente Silva, Teniente Francisco Antonio Silva, Teniente Francisco Cedeño, Teniente Vicente Arismendi, Teniente Nicolás Guevara, Capitán Francisco Guevara, Teniente Pedro Guevara, ciudadano Marcos Silva, Teniente Juan Fernando Fermín, Teniente José de Lares, Teniente Antonio Lares, Capitán Andrés Marcano, Subteniente Antonio Anés, Subteniente Juan Plaza, ciudadano Juan Manuel Fermín, Sargento Francisco Fierro, Capitán Juan B. Irala, Teniente Coronel Simón Irala,

Presbítero Francisco Estéves, Presbítero Ceferino Melo, ciudadano Juan Defis, Capitán Juan Vicente Totesant, Capitán José María Frontado, Coronel Manuel Villapol, Guarda mayor Antonio Herrera, ciudadano Esteban Herrera, Teniente Ramón Silva, ciudadano Genaro Verde, Sargento Tomás Gómez, ciudadano José Lefebre, Capitán Luis Marcano, Capitán ayudante Blas Marcano, escribano Antolín del Campo, ciudadano José Julián García, ciudadano Agustín Gómez, ciudadano Marcos Marcano, Subteniente José Jacinto Varela, Subteniente Pedro Villapol, Sargento Juan Yáñez, Capitán Andrés Pérez, Capitán José Antonio Silva Natera, Coronel Manuel Plácido Maneiro, Subteniente José Villarroel, Capitán Pablo Ruiz, Subteniente José Ortega, Subteniente Juan Millán, Capitán Juan José de la Riba, ciudadano Juan Lugo, ciudadano José Rafael Reyes, ciudadano Pedro García, Tambor mayor Juan José Marcano y Capitán José Sanz.

Muchos patriotas lograron escapar de estas persecuciones. Pascual Martínez ofrece dádivas y prebendas a quienes le presenten algún patriota vivo o muerto. De los presos, algunos son puestos en libertad gracias a la influencia de amigos o familiares. Según informa González Valera, el obispo Juan Alejo de Arismendi intervino para lograr la libertad de su pariente el Coronel Juan Bautista Arismendi. Pero al llegar a Margarita es hecho preso nuevamente y encerrado en el Castillo San Carlos Borromeo de Pampatar.

Los margariteños organizan la resistencia. El Teniente José Rafael de Guevara despliega su actividad característica que ya lo hace sobresalir entre sus compañeros de armas. En Santa Ana del Norte, Apolinar de Lares, Mariano Figueroa, Francisco Higuerey, Francisco Benites, Félix Bastardo, Francisco González y José Marín se preparan para insurreccionar nuevamente la isla contra el poderío de Pascual Martínez. No son los únicos. Otros esperan la oportunidad. El llamado. La voz que los haga dejar el remo. El arado. Y transformarse en soldados de la Patria sin otra arma que sus propios instrumentos de pesca o labrantío. El 12 de junio en la noche estalla el movimiento en Santa Ana del Norte. Cae preso el comandante realista

Jaramillo y algunos miembros de su guarnición. San Juan hace otro tanto. Allí son detenidos Francisco Castañeda, Justo Alcázar y Narciso Alvert. Los revolucionarios de San Juan se trasladan a Santa Ana del Norte y unen las dos fuerzas bajo un solo comando. Francisco Esteban Gómez, estrena uniforme de oficial, arenga la tropa con encendida prédica patriota. Marchan contra La Asunción. Al frente va el Subteniente Antonio Anés.

Ocupan la Sala Capitular donde se había jurado la independencia de la Isla. En ella un lienzo de Fernando ocupa el sitio que fuera antes del tricolor mirandino. La soldadesca rabiosa y enseñoreada por el repentino triunfo, despedaza y pisotea la insensible pintura fernandina, saciando su reprimida sed de venganza. Pascual Martínez se encierra en el castillo Santa Rosa. No hay armas con las cuales atacarlo. Apenas trece fusiles. La mayor parte descompuestos. Un cañón que arregla, en la altura del Portachuelo, José Dolores Salazar. Pero vienen refuerzos. Desde el rico valle de Paraguachí traído por el viento de las playas del Tirano y Manzanillo sube un rumor de tropas que se acercan. Son los hombres del Capitán Pedro Arismendi que se hace presente al lado de sus hermanos en causa y sentimientos. De Santa Ana del Norte viene un nuevo contingente. Francisco Esteban Gómez, el Sacristán Mayor de la Iglesia de ese pueblo, ha elevado a Santa Ana su plegaria y como ayer agitara el incensario, hoy agita la espada. A la cabeza de los suyos llega a reforzar las tropas que se hacen fuertes en el Portachuelo.

Ante el levantamiento general de la Isla que lo hace prever una derrota inminente, Pascual Martínez opta por desocupar el Castillo de Santa Rosa. El día quince, a expensas de la noche, sigilosamente, se traslada a Pampatar y se encierra en el Castillo San Carlos Borromeo. El Teniente José Rafael de Guevara y el Subteniente Vicente Ortega ponen sitio a Pampatar. Durante tres días no se permite que nada entre en la ciudad sitiada. Las flotillas organizadas por Lucas Ortega y el Teniente José Joaquín Maneiro, cortan las comunicaciones por mar. Los sitiados nada pueden así esperar de Cumaná. Tampoco pueden evadirse. Se saben perdidos por tierra y por mar. Ya los

realistas de Pampatar están hambrientos. El fortín de Pan de Azúcar ha caído en manos de los patriotas. Con violenta arremetida desalojan a las tropas enemigas de los fortines Covián y Hosteriz. El fortín del Calvario también se rinde después de un recio combate. Por el camino de Los Robles vienen los refuerzos del Valle del Espíritu Santo y Porlamar. La tropa, entusiasmada, amenaza y canta. Los fortines enarbolan la enseña patria. Igual las casas de este puerto que las tenían ocultas desde aquel 6 de setiembre de 1811 cuando se juró la Constitución. Pascual Martínez se sabe perdido y apela al recurso de negociar interponiendo la seguridad del prisionero Juan Bautista Arismendi, que se encontraba preso en la Santa Bárbara de dicho castillo.

Los sitiadores temen por la vida del prisionero. Piensan que Pascual Martínez, en la desesperación de la derrota, puede sacrificarlo. Pascual Martínez propone capitular, bajo la expresa condición de que se le perdone la vida a cambio de la de Arismendi. La condición se acepta, Arismendi en libertad es aclamado por la tropa. Pero Pascual Martínez es ajusticiado: eran innumerables las tropelías y crímenes que había cometido en la Isla de Margarita.

* * *

En los albores de 1813, a excepción de Margarita, todo el país está dominado por los realistas. Como lo afirma con todo acierto el Dr. Salvador Villalba Gutiérrez:

“Fue, por lo tanto, imponderable y decisiva, tanto en su iniciación como en sus proyecciones, la tarea que realizaron los cuarenta y cinco invasores de Güiría el 13 de enero de 1813, en los destinos de Venezuela y América.”

Los comanda el margariteño General Santiago Mariño, quien desde el islote de Chacachacare, irrumpe contra el poderío español. Güiría, Irapa,

Maturín y Cumaná verán pasar por sus calles el tricolor de la Patria, que no la morada bandera de Cartagena.

Margarita estará presente en la toma de Cumaná con 600 fusiles y otros útiles de guerra que tan valiosos fueron para impugnar a esa importante plaza.

Mariño instaaura el Estado de Oriente formado por Barcelona, Cumaná, Margarita y Guayana. Arismendi no lo reconoce ni mucho menos se somete a su autoridad. Por su parte, Mariño amenaza con usar las armas para hacerse obedecer. El señuelo de la guerra civil se cierne sobre Margarita. El Libertador sabe que es necesario evitar que rivalidades sacrifiquen aun temprano una libertad recién conquistada. Tiene la convicción de que en acecho están

“nuestros enemigos que velan sobre las operaciones, que se prevalen de las circunstancias que le son favorables para subyugarnos, y cuyo principal intento es fomentar la discordia y hacer guerras civiles entre nosotros, se aprovechan de un acontecimiento fatal que debe seguir necesariamente a la división de los jefes de los diversos estados de Venezuela”.

Intuye, como militar, las consecuencias:

“La guerra civil es la más devastadora y sangrienta, y la de que se trata, si por desgracia se verificase, traería males incalculables y comprometería el honor y la seguridad de nuestro país.”

Bolívar finiquitó su intervención en la cuestión de Margarita, nombrando a Arismendi, Gobernador Militar de Caracas, y quedando la Isla como parte integrante del Estado de Oriente bajo la jefatura suprema de Mariño.

Con las campañas de Bolívar por Occidente y de Mariño por Oriente, queda Venezuela nuevamente libre. Breve fue este paréntesis. Llega el aciago

año 1814. Boves, al frente de los llaneros ensoberbecidos de triunfos. Acicateados por generosos ofrecimientos de repartos de tierras. De adquisición de riquezas. Y sobre todo de igualitarismo social. De guerra a los mantuanos. Caracas hambrienta. Se alivia con lo que le viene de Margarita: gallinas, carne salada de chivo, pescado seco, maíz y frijoles. Pronto ni esto recibirá. La Patria nuevamente en peligro. Bolívar sitiado en San Mateo. Ricaurte inmolido Mariño triunfando en Boca Chica. La heroicidad de Valencia. La orden nunca mejor obedecida:

“Ciudadano General, defenderéis a Valencia hasta morir”.

La primera victoria de Carabobo. Luego, La Puerta. Boves. El ocaso. El imperio del terror. La desolación. La destrucción. La muerte. Y luego las persecuciones. El ensañamiento con víctimas inocentes. Las cárceles. Las fosas cavadas en permanente espera. Inseguridad. El pánico. La oración entrecortada. Mútilos que exhiben con honra y con orgullo su doloroso cuerpo cercenado. La Patria nuevamente perdida.

Sólo en Oriente la libertad esplende. Hacia allá se encaminan: restos de tropas famélicas, oficiales cabizbajos que lucen las presillas de los recientes ascensos. Todo un pueblo demente de pavor. De Caracas a Oriente... Delante de los pasos fatigados está la libertad que presta fuerza y resistencia al músculo. Atrás queda Caracas. Los recuerdos. El hogar. El dolor. El vilipendio. La deshonra. El terror y la muerte. Entre la masa anónima que la historia no señala, se salva Luisa Cáceres. En ese mismo año de 1814, cuatro de diciembre, en Santa Ana del Norte, contrae matrimonio. En Margarita Luisa será historia y perderá su nombre, porque fue bautizada por ayer y por siempre, la heroína margariteña.

Al saberse en Margarita los apuros de Tierra Firme, se envían 350 hombres apertrechados, los cuales en su mayoría van a perecer en la encarnizada batalla de Aragua de Barcelona que se decide a favor de los

realistas. Los patriotas evacuan Barcelona. Bolívar y Mariño se embarcan en los buques de guerra “El Arrogante” y “La Culebra”. Persiguen a Bianchi quien

“valido de las apuradas circunstancias había cometido la negra perfidia de usurparse de los buques, fusiles, alhajas y demás intereses así del Estado como de particulares que iban a sus bordos”.

Logran apresarlos en Los Frailes. Lo traen a Pampatar del 29 al 30 de agosto, donde estaba de Gobernador el General Piar.

“Luego que dio fondo el bergantín “Arrogante” que tenía la insignia del Libertador, mandó hacerle fuego por la fortaleza de aquel puerto. El capitán del buque, Esteves, hijo de La Guaira, picó el cable y se dio a la vela poniéndose fuera del tiro de cañón de la plaza, pero con la muerte de dos o tres marineros”.

Cuando se pierden las demás provincias y el gobierno, por tanto, se disuelve, se convoca a una asamblea de notables que establecen el nuevo gobierno y designan a Juan Antonio Silva, Juan Miguel de Lares y el Licenciado Gaspar Marcano, como integrantes del gobierno político y al General Arismendi, como jefe de todas las fuerzas.

Los margariteños aportan donativos que se emplean en comprar pólvora, plomo y fusiles. Trabajan en organizar trincheras. En reparar armas. En construir flecheras. En una palabra se organiza mejor la defensa de la isla, lo que hará escribir a Moxó:

“La cosa de la isla es muy formal, las líneas de los enemigos están marcadas en regla, y las baterías perfectamente concluidas, lo que me hace creer que tienen algún oficial facultativo”.

Morales está en tierras orientales a objeto de terminar con los restantes focos de rebeldía. Los triunfos de Urica y Maturín le hacen creer aniquilada la resistencia patriota. Al terminar su campaña escribe al General Cajigal:

“Que no había quedado ni reliquias de aquella canalla en toda la costa y que con brevedad marcharía contra el rincencillo de la insignificante Margarita”.

Lo que confirma José Domingo Díaz:

“El general Morales, desde entonces, no pensó sino en prepararse para invadir la isla de la Margarita, último asilo de la rebelión”.

Pero Morales no se resuelve a atacar. Confía en que se le rinda sin resistencia. Piensa, erradamente, que al saber los defensores de la isla que solos se preparan para resistir, tendrían que entregarse. Estaba lejos de la verdad. Revelaba en su apreciación un desconocimiento total del fervor patriótico que animaba a los margariteños hasta hacerlos llegar al sacrificio.

Antes que invadir a Margarita, Morales envía en el mes de diciembre al padre Llamozas a objeto de intimidar la rendición. El padre Llamozas llega a Margarita en los primeros días de enero de 1815, impone a las autoridades de su cometido y en nombre del General Morales ofrece paz y unión, garantizando vidas y propiedades acondicionadas al reconocimiento del Rey Fernando VII. La contestación espartana no se hace esperar. En ella se le dice, para que informe a Morales:

“Que aunque los margariteños conocían la dificultad de constituir solos un Estado, y de resistir el poderoso ejército español, estaban en la inalterable resolución de perecer junto con sus mujeres, hijos y bienes, cuando la suerte no les proporcionase otro arbitrio para sostenerse contra sus enemigos y que jamás podrán tener confianza en las ofertas que se le hiciesen por medio de los sacerdotes españoles, por haber visto repetidas veces que faltaban a ellas, aunque fuesen con juramento, pedir muertes e incendios, derramar la sangre de sus semejantes, y cometer cuantos excesos inspira la venganza, el odio y el fanatismo”.

Inexplicablemente, Morales, impuesto de la contestación de los jefes margariteños, no se resuelve a atacar. Bien afirma Montenegro Colón:

“Esta pequeña isla tan insignificante para Morales fue a muy poco tiempo después el sepulcro de un gran número de expedicionarios y en donde quedó humillado el orgullo del pacificador Morillo, a cuya mala administración deberá atribuirse siempre la definitiva resolución que aquéllos tomaron de destruir la soldadesca que los oprimía, a eternizar la memoria, de que habían sabido perecer defendiendo la libertad sin otras armas que las que le proporcionaba su denodado valor, ni otros recursos que los que sacaban de su heroica e inimitable constancia”.

* * *

Fernando VII ha vuelto al trono español. Para dominar a los pueblos americanos organiza

“la más grande expedición que nunca antes había cruzado el Atlántico”.

Viene al mando de Don Pablo Morillo. El 16 de febrero de 1815 sale de Cádiz. El mal tiempo la hace regresar. Se hará a la vela nuevamente el 22. Parece de interés para lo que nos proponemos demostrar, conocer las instrucciones que en relación a la isla de Margarita, da el Rey de España a Morillo:

“Ocupada la isla de Margarita, se emplearán para su sosiego y buen orden todos los medios de dulzura, apoderándose tan sólo de las personas encontradas con las armas en las manos, y de los buques o efectos que no pertenezcan a vasallos de S. M. Por lo que al Gobernador que quede allí debe ser de buen juicio, activo y vigilante. La importancia de esta isla es por la proximidad de Cumaná y porque estando a Barlovento es la guarida de los corsarios y el asilo de los insurgentes arrojados del Continente. Es pues preciso dejar una

guarnición proporcionada, que se enlace con la de Cumaná por medio de alguna fuerza”.

Llamamos la atención acerca de cómo el Rey de España le da importancia a Margarita y las razones que justifica su dominación: proximidad a la Costa Firme; el corso que obstaculiza la navegación española en las costas de Venezuela y era una permanente amenaza para su normal desenvolvimiento. Ser corsario en Margarita era honroso, porque más que buscar la presa a beneficio personal, lo era para sufragar los gastos de la guerra de independencia.

“Ninguna comisión o patente de corso será concedida sino a ciudadano de Venezuela que goce de la estimación pública por sus virtudes civiles y morales”.

Por último, y en esto el Rey coincide con Miranda, Margarita, asilo de los insurgentes. Tierra siempre acogedora aun desde los albores de la conquista como lo comprueban documentos testimoniales de la época, y lo será mucho más si quienes vienen a ella son aventados del continente por defender los principios de libertad que en Margarita habían encontrado campo propicio. Porque

“ya era Margarita, con el recién llegado, ingenua y pródiga”.

* * *

El 5 de abril de 1815 arriba la flota de Morillo a Puerto Santo, en el Estado Sucre. Aquí se le une Morales con su ejército. Se dirigen a Margarita. El 7 de abril está la flota anclada en el puerto de Pampatar. Ya en la isla se tenían noticias de su aproximación por el capitán Juan Campos y demás oficiales del bergantín “Guatemala”. Los gobernantes de Margarita se dirigen a Morillo

“pidiendo a V. E. las seguridades que prescribe el derecho de gentes, para abrir los tratados que convengan a la benéfica intención de V. E., y a la felicidad de esta isla”.

Don Ramón Díaz Sánchez enjuicia a los gobernantes insulares y con razón señala:

“la actitud del precario gobierno isleño es impresionante, fabuloso casi, por su ingenua serenidad”.

A Morillo le extraña la posición adoptada por los margariteños. Disimula su enojo. Les contesta:

“A mi llegada a este punto me sorprendió en no ver dirigirse al buque de mi residencia con aquella alegría y sumisión de que he tenido repetidos ejemplos en España y en América, las autoridades que gobernasen en esta isla interinamente (...) No puede ya ignorarse de que jamás llegaron a estas orillas tropas más resueltas a cumplir la voluntad del Rey, ni monarca más benéfico del que dichosamente nos gobierna (...) El pliego del gobierno provisional de esa isla, me cerciora de que sólo ha habido temores en sus habitantes; pero que sus hechos son leales. En vista de esto arbólese desde luego el pabellón del Rey de las Españas y sus Indias en todos los fuertes de la isla, salúdense por ellos, y esta escuadra contestará (...) Contaré en el número de mis felicidades si se me proporciona evitar los furores de la guerra de una isla que marcará la época de mi llegada a las Américas, estableciendo el primer escalón de su prosperidad, la que se destruirá si no se cumple en el término fijo que llevo dicho lo que en esta contestación indico”.

En el bando patriota hay serias disputas acerca de la táctica que se debe seguir. Arismendi opina que la isla debe rendirse sin resistencia. Bermúdez, irascible, está con los que creen que hay que luchar. Triunfa la opinión de Arismendi. Morillo ofrece amnistía. Dice O’Leary que

“a pesar de esta amnistía, hubo algunos de los patriotas que, ya desconfiando en sus promesas, ya demasiado orgullosos para rendirse, burlaron la vigilancia de la escuadra y lograron escapar”

Uno de ellos fue Bermúdez quien la misma noche cuando arribó Morillo, salió en una flechera al favor de un oportuno chubasco, atravesó por entre la escuadra enemiga y fue a Granada de donde se dirigió a Cartagena y contribuyó valientemente en su defensa.

En una nueva proclama de Morillo, anuncia:

“Lejos de vosotros el temor: entregaos a la alegría más pura; hoy es el día más feliz de vuestra vida; perseguid y entregad al gobierno esos miserables que para elevarse contaban en poco vuestra desgracia. Arrojad las armas; descansad de vuestros trabajos y en paz entregaos al cuidado de vuestras familias”.

Morillo pasa de Pampatar a La Asunción donde hizo jurar al Rey y ordenó quemar todos los papeles producidos por el gobierno depuesto. Arismendi, personalmente, le hace entrega de la isla. No deja de tener importancia por la influencia que haya podido tener en el ánimo de Morillo y que quizá condicione los acontecimientos de 1817 en Margarita, el diálogo que se suscita entre Morillo y Morales en presencia de Arismendi, cuando éste cumplimenta a Morillo. El pacificador promete olvidar el pasado. Perdonar. Arismendi, parco, se refiere al acatamiento de la voluntad del soberano como el más obediente y sumiso de los vasallos. Morales está presente. No cree en olvido de lo pasado. Ni en perdón. Menos en la apariencia pacífica y en el vasallaje de Arismendi; por eso interviene violentamente: manifiesta que Arismendi a quien Morillo acababa de perdonar no está sinceramente arrepentido, y que sus crímenes han horrorizado hasta sus propios partidarios. Insiste en que hay que castigarle, no como un insurgente, sino como un reo de delitos comunes. Morillo lo desoye y Morales, desairado, predice el fracaso de la expedición como consecuencia del indulto de Arismendi.

Andrés Level de Goda por su parte escribe:

“Morillo perdonó, agasajó y honró al feroz asesino de febrero de 14, al monstruo Arismendi y a sus bárbaros cómplices, y los ingresos se alzaron con la isla Margarita por nueva insurrección”.

Cuántas veces en Ocaña, cuando Morillo dirigiéndose a los margariteños redactaba su proclama amenazadora, recordaría el consejo de Morales.

Morillo abandona Margarita. El 24 de abril, frente a la isla de Coche, se incendió el navío “San Pedro Alcántara”. Queda de Gobernador de la isla Don Antonio Herráiz

“hombre de alguna razón y de sentimientos humanos, y desde luego, se opuso y reprimió los excesos de los comandantes, oficiales y tropa que había dejado Morillo en la isla”.

Herráiz fue sustituido por Don Joaquín Urreiztieta. O’Leary dice:

“La isla de Margarita, donde habían quedado 800 hombres después de su aparente sometimiento a Morillo, se vio antes de mucho tiempo en la necesidad de sublevarse, exasperado por la conducta tiránica de sus gobernantes”.

Porque tan pronto Urreiztieta se hace cargo del gobierno de Margarita, inicia las persecuciones hasta contra los sospechosos de ser patriotas. Se embargan sus bienes. Las mujeres no escapan al ensañamiento. En Santa Ana del Norte Eusebia González muere casi demente después de haber sido paseada por el pueblo amordazada y enjaezada como una bestia. Una mujer en avanzado estado de gravidez es victimada por un soldado. Urreiztieta se ingenia para apresar a Arismendi. Con este propósito simula un banquete para conmemorar la prisión de Bonaparte. Lo organiza en su casa para efectuarse el 24 de septiembre. Invita a los notables de la isla, entre ellos a Arismendi. Este recibe informes confidenciales de lo que se trataba y huye inmediatamente con su hijo mayor.

Era el 22 de septiembre cuando Arismendi desapareció de su casa situada en Santa Ana del Norte. Se oculta en las serranías del valle de Paraguachí con tanto sigilo que llegó a pensarse que había abandonado la isla. Urreiztieta ordena al Comandante del Apostadero de Marina Don Vicente Pedraza, para que pasara a la isla de Coche a detener a Don Cayetano de Silva y a Don Felipe Villalba. Estos también logran huir y esconderse en la península de Araya. Urreiztieta se siente burlado. Entonces se recrudecen las persecuciones. Luisa Cáceres, la joven esposa de Arismendi, cae prisionera. La trasladan de Santa Ana del Norte a La Asunción. Primero la dejan en custodia en casa de la familia Anés. Luego la condenan a la sordidez de un calabozo del castillo Santa Rosa

“sin suministrarle otro alimento que pescado y frijoles, no obstante su estado de preñez y la ignorancia en que también se hallaba del paradero del marido”.

En los primeros días de noviembre de 1815, desde su escondite, escribe Arismendi a diferentes amigos de la isla. Hace ver que se encontraba en la isla de La Blanquilla. Se acoge a la estrategia de hacer creer que poseía una flota y además 2.500 hombres de desembarco. Los incita a reunirse el 15 en la vecindad de los Martínez. Muda de escondite. Tramonta la serranía del valle de Paraguachí y llega a Santa Ana del Norte. Acuerda con sus amigos las nuevas operaciones. Se oculta en la cueva del Gato, situada en la Vecindad. Nadie lo visita durante el día. Se reúnen por la noche: Mujeres que aparentemente van al monte en busca de leña, le llevan alimentos. Dos soldados españoles son muertos en Laguna Honda, cerca de Juangriego, y ya se tienen dos fusiles. Pero se devela el movimiento y Arismendi se oculta en San Juan. No obstante todo está preparado. Arismendi, cuya presencia en la isla ha sido descubierta, cree llegado el momento de reiniciar la insurrección. Según Montenegro y Colón:

“Reunió 30 hombres con tres fusiles y 120 cartuchos, marchando inmediatamente a sorprender la guarnición de Juangriego, como lo

consiguió el 16, después de haber hecho creer a su gente que era indispensable ocupar dicho puerto para que se acercara la expedición anunciada. Destruídos en el asalto a golpe de machete los españoles que guarnecían sus fortificaciones se apoderó de ochenta fusiles”.

De seguidas se combate en Santa Ana del Norte. Los españoles se atrincheraron en la casa fuerte. El fuego es nutrido. De pronto, un grito estentóreo, se deja oír sobrepasando el traqueteo de los fusiles: “¡Arriba con ese cañón!” Los realistas creen que van a ser volados. Cunde el pánico y apresurada mente abandonan la casa fuerte.

De nuevo comienza la rebelión en Margarita. José Domingo Díaz, exclamará:

“Esta isla miserable y cubierta de arenales y de espinos fue desde entonces el apoyo de los sediciosos y en donde se nutrió la pérdida ulterior de aquellas provincias”.

A su vez, José Austria:

“La revolución de la isla de Margarita, su heroica resistencia y continuos combates contra sus aguerridos y crueles enemigos, llevaron la esperanza y estimularon el valor de los pechos republicanos, no sólo de los que suspiraban entre cadenas por la libertad, careciendo de los medios de conquistarla por las armas, sino también de los que habían hecho hasta entonces estériles esfuerzos y sacrificios, sofocados por la activa e incesante persecución, no ya de los vándalos de Boves, Morales, Antoñanzas, Yáñez y Puy, sino de Jefes, oficiales y tropa de verdadera instrucción y disciplina militar, acostumbrados a la guerra ordenada, metódica y regular de Europa”.

En oficio del 10 de octubre, Morillo ordena la prisión de Arismendi. Con anterioridad Urreiztieta lo había dispuesto. La situación de Margarita hace escribir a Moxó:

“Muy tarde conoció el General Morillo el error que había cometido al perdonar a Arismendi (...) Yo manifesté oportunamente al General en Jefe los desastres que se preparaban en Venezuela, con el incendio que probablemente había de introducirse en ella desde Margarita, donde se hallaba el depósito de los revolucionarios más encarnizados”.

Urreiztieta, ante los ataques continuos de Arismendi, pierde toda noción de clemencia. Luisa Cáceres, en avanzado estado de gravidez, recibe el duro trato de los inhumanos carceleros. Con estudiado ensañamiento la llevan cada día a la explanada del castillo para que crea llegado el momento de su muerte. Arismendi, desde los cerros vecinos, contempla la escena. La heroína en potencia cuenta apenas 16 años. Padece la estrechez del calabozo; la soldadesca: sólo rostros amargos. Espera el primer alumbramiento. Sola. Es el momento crucial en la vida de Luisa Cáceres. Aquel cuando pudo convertirse en una mujer común o en el personaje que conscientemente supo construir para colocarse en la historia. Se eleva al heroísmo cuando prefiere encontrar la muerte hundida en el calabozo, antes de proponer al marido que se rinda. No solicita clemencia. Marcha al sacrificio a conciencia de lo que hace. El 26 de septiembre es el momento clave. Alguien le ha servido de comadrona. El pudor cierra los ojos. La niña nace muerta, y junto con la madre el sol de Margarita llora recostado a Matasiete. Risas. Gritos. Sarcasmos. Bufas. Alguien toma la recién nacida y salvajemente, la lanza al vacío. Cuando la madre se repone del duro y terrible trance, y pregunta por su hijo, la dura respuesta no se hace esperar. Ya era pasto de los zamuros. A Luisa Cáceres la trasladan a Pampatar, a La Guaira, a España; pero no logran que

“deshonre a su marido, su deber es luchar por su Patria y libertarla”.

Por eso es en la letra del himno

“Luisa la mártir, la egregia heroína”.

Los combates se suceden. Fracasa el asalto al castillo Santa Rosa. Más de cuarenta muertos quedan al pie de los muros. Al finalizar el año 1815, los realistas permanecen ocupando el castillo de La Asunción y las fortificaciones de Pampatar.

Moxó escribe a Morillo:

“Manifestándole los auxilios que había prestado a Margarita, la necesidad de que se me socorriese sin pérdida de instante, porque de lo contrario no solamente iba a perderse la isla; sino que en toda Venezuela llegarían a sentirse los efectos de semejante acontecimiento”.

Para conocer cómo eran nuestros ejércitos, bien vale citar lo que escribió Charles Brown, miembro de la Legión Británica:

“Con excepción de un batallón de doscientos, no llevaban uniformes y casi puedo decir que iban desnudos. El orden de llegada fue de dos o tres en fondo. Padre e hijo marchaban juntos y en pos de ellos, y muy cerca, iba el nieto con las provisiones, etc.; gran número de ellos carecía de mosquetes y los muy pocos que los llevaban, se hallaban en posesión de las bayonetas que les correspondían”.

El propio Morillo escribió también:

“Los rebeldes, con la ventaja del terreno de que son tan prácticos, y que, sin duda, es el peor del mundo, pues toda la isla se halla cubierta de los mismos áridos y espinosos bosques, se batieron con un denuedo y osadía de que apenas hay ejemplo, si se considera una reunión de habitantes de todas clases y condiciones que, en rebelión han tomado las armas”.

Sin embargo estas tropas fanatizadas por el patriotismo, fueron en el decir de O’Leary:

“Las que estimularon las partidas de guerrillas en los llanos de Venezuela, a redoblar sus esfuerzos”.

* * *

Es necesario traer a colación ciertas instrucciones impartidas por los jefes realistas en relación al trato que debía darse a los pueblos y habitantes de Margarita, para calibrar el ensañamiento cruel con que se les trató y el valor de quienes supieron resistir con denuedo, sin dejarse dominar, ni menos resquebrajar su moral ni implorar clemencia. Tan pronto llega Morillo al puerto de Pampatar, su primera proclama envuelve una amenaza, tiene fecha 9 de abril:

“se destruirá si no se cumple en el término fijo que llevo dicho lo que en esta contestación indico”.

El 15 de abril recrudece la intimidación:

“Pero temblad si así no se cumple, porque descargaré todo el rigor contra vosotros.”

De Moxó para Urreiztieta:

“Prevengo a Ud., que deseche toda humana consideración. Todos los insurgentes, o los que lo sigan con armas o sin ellas; los que hayan auxiliado o auxilién a los mismos, y en fin, todos los que hayan tenido parte en la crisis en que se encuentra esa isla, serán fusilados irremisiblemente, sin formarles proceso ni sumario, sino un breve consejo verbal de tres oficiales.”

Por su parte Urreiztieta escribe al Capitán Juan Garrigó:

“No dará Ud. cuartel a ninguna persona, y permitirá el saqueo a la tropa luego que llegue. Si Ud. cree que los enemigos son débiles, seguirá su marcha a San Juan; pero para esto me dará Ud. parte cuando llegue al Norte. Dará Ud. fuego al pueblo de San Juan, y se retirará cuando esté todo tranquilo. La Villa del Norte será también

quemada, cuando vuelva Ud. de San Juan. Tome Ud. todas las medidas que le parezcan a fin de dejar bien puesta la opinión del cuerpo.”

De Moxó para Morillo:

“El Gobernador, pues, dispuso sorprender 600 hombres que habían avisado existían en el Valle del Espíritu Santo, para lo que salió con las compañías de la Unión; pero no habiendo logrado este intento, la tropa empleó su saña en 200 personas de ambos sexos que fueron entregados al acero, y a las llamas...”

Desde Ocaña escribe Morillo:

“Escoged entre vuestro exterminio, o el arrepentimiento. Para el traidor y perjuro Arismendi, no hay ya clemencia: su cabeza caerá como la de los Carabaños y Castillos; la tierra no puede sufrir ya un monstruo semejante. Vosotros lo visteis temblar, llorar y prosternarse vilmente cuando olvidó sus crímenes y juró al rey.”

En otra añade:

“No hay remedio, es preciso que la Corte se desengañe, pues no cortando la cabeza a todos los que han sido revolucionarios, siempre darán que hacer; así es que no debe haber clemencia con estos pícaros.”

Del Gobernador Pardo:

“En fin, General, ésta es una población numerosa y decidida y no hay otros medios para vencerla y destruirla, que fuerzas veteranas respetables.”

De Moxó a Morillo:

“...Cuyos habitantes manifiestan estar resueltos a quedar sepultados entre las ruinas (...) Siguen los rebeldes de Margarita

obstinados y resueltos siempre a morir con las armas en la mano (...) Tengo por cierto que la reducción de la isla costará mucha sangre.”

De Moxó al Ministerio de la Guerra:

“Los rebeldes son más de 4.000 de armas resueltos a morir entre las ruinas de la Isla.”

De Morillo al Comandante de las fuerzas de Margarita:

“...Pudiendo asegurar que sin amenazar vanamente, ni hacer ostentación de mi poder será tan ejemplar el escarmiento de esta Isla que no quedará uno solo que no sufra el castigo de sus crímenes, ni conserve la memoria de los hechos sangrientos y terribles que sufrirán ellos y sus familias.”

Del Brigadier Pardo a Moxó:

“Los naturales de Pampatar se van pasando a los enemigos y los pocos que quedan, y mujeres nos venden. He pensado mandar desocupar el pueblo a todos los vecinos y mujeres: los que quieran, siendo buenos, irse a la Costa Firme, que lo hagan, y los malos echarlos a... espero que me diga Ud. su parecer. Los enemigos envían continuamente mujeres con niños pequeños a llevar y traer noticias, y como es lastimoso matar a unos y otros se les echa otra vez, y esto puede costarnos caro; espero me diga Ud. también si todos los niños, sus madres, han de morir, o qué se ha de hacer con ellos.”

El historiador José Austria escribe:

“Convencidos los españoles, no menos que admirados, de no poder triunfar del incontrastable valor de los margariteños, a pesar de que en continua pelea les disputaban el valor a hombres sin disciplina militar, sin armas, sin recursos pecuniarios; vueltos en sí con desesperada rabia, y en el furor de sus pasiones, no cesaban, además

de la pelea, de emplear medios de represión tan extravagantes como bárbaros, que repugna la civilización y condenará la posteridad.”

No es menos elocuente un Boletín del Ejército Libertador:

“El cuadro que presenta la ciudad de La Asunción no es otro que el de una población evacuada por una banda de bárbaros. No han dejado piedra sobre piedra: todo ha sido devorado por el fuego, y podemos predecir que el sistema de destrucción que han adoptado los españoles va a hacerles una guerra aún más terrible que la de nuestras armas.”

El legionario inglés James Hackett nos deja esta descripción de un pueblo margariteño:

“A nuestra llegada a Margarita nos sentimos conmovidos por el aspecto desolado del lugar, el cual es miserable y árido por sobre toda ponderación, con la tierra agostada por completo, y sin gota de lluvia en los últimos ocho meses. Los realistas habían estado allí más o menos un mes antes de nuestra llegada y habían destruido todo a su paso por la isla. No había una sola casa que tuviera el techo sin destrozos; solamente dos o tres con las paredes desnudas; las demás habían sido totalmente destruidas junto con todos los seres humanos que en ellas encontraron. Mujeres, niños, todos indiscriminadamente compartieron el mismo destino y algunos con las torturas más atroces. Los sacerdotes fueron cortados en pedazos al pie de los altares a donde habían corrido en busca de refugio y las iglesias fueron despojadas de cuantos objetos de valor poseían. De igual manera fueron destruidos los conventos, y las monjas que escaparon de la matanza, fueron llevadas para hacerlas víctimas de su brutalidad. En algunos lugares se discernían los restos de la carnicería por los huesos de las víctimas. Unos pocos infelices que habían logrado escapar de la matanza por su oportuna retirada a las montañas, veíanse allí casi consumidos de hambre y medio desnudos entre las ruinas de sus moradas.”

Desde Santa Fe de Bogotá y fechada el 16 de setiembre de 1816, le escribe Morillo a Moxó:

“...Para todo evento, repito a V.S. con firmeza, lo que le tengo prevenido sobre el modo con que se ha de proceder con los infames habitantes de dicha isla, que no merecen consideración alguna y cualquiera que con ellos se tenga por efecto de humanidad, debe ser contraria a la misma humanidad. Bien claro y sabido es que si no hubiera yo usado de conmiseración con el monstruo Arismendi y otros criminales que existían en ella se hubiera economizado mucha sangre española, muchos dispendios al erario, y la guerra interior de este continente hubiera sido menos dura, o no la hubiera habido. V.S. sabe las razones en que me fundé para proceder con tan extraordinaria benignidad; y así jamás me arrepentiré de haber procedido en tales términos a mi llegada a estos dominios, para afirmar el concepto de las armas del Rey; pero ya bastan las pruebas dadas a los habitantes de la Margarita, a los de toda América, y del mundo entero de las piedades, y beneficencias del Soberano, y bastan también las que han dado los rebeldes de su perfidia, e ingratitud sin ejemplar, y de que es mal aplicada toda indulgencia que se use con ellos.

La Margarita, desde tiempo inmemorial ha sido un asilo y semillero de piratas que han causado en todas épocas considerables daños a la humanidad, y al comercio: en los presentes ha patentizado más la infamia que cubre a sus habitantes, no prometen éstos la menor esperanza de una sólida reconciliación, han demostrado que siempre serán infames y rebeldes, y están pidiendo de justicia su exterminio. Mucha sería la responsabilidad del que por su condescendencia, o humanidad mal entendida, diese lugar a que se repitiesen en aquel territorio, las sangrientas escenas y atrocidades con que se han señalado aquellos caribes en su horrorosa carrera criminal.”

A ningún pueblo como al margariteño se le amenazó y trató con tan encarnizada saña, sin embargo siempre la libertad ondeando en el tope del mástil.

* * *

Hay unas notas que no podemos silenciar. La una es de Moxó para Morillo y en ella leemos este elocuente párrafo:

“Como la isla es de la mayor importancia al comercio, y si se dejaba perder se incendiaría este continente, resolví mandar allá al Brigadier Don Juan Bautista Pardo con la fuerza de López, y al valiente Comandante de Dragones Don Juan Solo, cuyos nombres solo son un refuerzo.”

Otra: Mientras en Margarita ondee la bandera de la rebelión, está en peligro la paz de América.

Las notas citadas plantean un mismo asunto: el peligro que significaba para la paz de América, no ya de Venezuela, una Margarita en estado de rebeldía. Era tal el patriotismo de los margariteños, su amor a la libertad, su fervor, que eran capaces de llevar la revolución a las más apartadas regiones de América.

El mismo Morillo plantea ante la Corte su disgusto porque las flotas pasan cerca de Margarita y van a recalar a Panamá donde no se necesitan, mientras dejan atrás a esta Isla. Mucha sangre, añade, nos costará dominarla.

José Domínguez Díaz, al criticar que el Capitán General enviara tan pocos refuerzos a Margarita para sofocar la rebelión, enjuicia esta actitud diciendo que:

“Se olvidaron de que la rebelión es un fuego de tal naturaleza que por pequeña que parezca la chispa, es necesario para apagarla sepultarla bajo el peso de la mayor masa posible.”

Y añade:

“la rebelión ocupaba los ánimos de casi todos los habitantes de la Isla”.

* * *

Las amenazas no logran domeñar el espíritu de lucha de los margariteños. Para extraer recursos llegan a lo inverosímil. Son pocos pero la desesperación los multiplica en muchos. La muerte por la patria se tomaba con espartano ejemplo. Hombres, mujeres y niños ofrendaban su sangre sin inmutarse. Se había reprimido el sentimiento. Había insensibilidad ante el dolor. La patria lo merecía todo. Lo pedía todo. Se le brindaba todo. Cada quien quería extraer de su brazo el esfuerzo mayor, rendir más, sin pensar en más. Ejemplar competencia: rivalizaban por brindar el mayor sacrificio. Cada quien pretende ser el más valiente. El más digno servidor. El que asombra a los otros. Del que puedan narrarse sus hazañas. Ser cantado por el coplero popular. Estará acaso en estas hazañas heroicas el origen de la fuerza telúrica que enorgullece al margariteño y lo apega a su isla...

En 1816, el Libertador se encuentra en Haití. Los margariteños lo incitan a venir a la isla. El 2 de mayo se libra el combate naval de los Frailes. La goleta “Rita” y el bergantín “Intrépido” caen en poder de los patriotas. El 3 de mayo desembarca el Libertador en Juangriego. El 6 se efectúa en la Iglesia de Santa Ana del Norte una Asamblea de Notables. Esta Asamblea es trascendental en los anales históricos de Venezuela, porque en ella no sólo se reconoce al Libertador por Jefe Supremo de la República y a Mariño por su segundo, sino porque unánimemente se proclama a la República de Venezuela “una e indivisible”, terminando con la vieja querrela que amenazó con hundirnos el año 1813, en los desastres de una guerra civil.

Fecha el 8 de mayo, el Libertador lanza una proclama que dice:

“Simón Bolívar, Jefe Supremo de la República y Capitán General de los Ejércitos de Venezuela y Nueva Granada. Venezolanos: He aquí el tercer período de la República... La inmortal isla de Margarita, acaudillada por el intrépido General Arismendi, ha proclamado de nuevo el Gobierno independiente de Venezuela, y le ha sostenido con un valor sublime contra todo el imperio español.

Nuestras reliquias dispersas por la caída de Cartagena, se reunieron en Haití. Con ellas, y con los auxilios de nuestro magnánimo Almirante Brión, formamos una expedición que, por sus elementos, parece destinada a terminar para siempre el dominio de los tiranos en nuestro patrio suelo.

Venezolanos, vuestros hermanos y vuestros amigos extranjeros no vienen a conquistaros: su designio es combatir por vuestra libertad, para ponerlos en actitud de restaurar la República sobre los fundamentos más sólidos. El Congreso de Venezuela será nuevamente instalado donde y cuando sea vuestra voluntad. Como los pueblos independientes me han hecho el honor de encargarme la autoridad suprema, yo os autorizo para que nombréis vuestros diputados en Congreso, sin otra convocación que la presente; confiándoles las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República.

Yo no he venido a daros leyes, pero os ruego que oigáis mi voz: os recomiendo la unidad del Gobierno y la libertad absoluta, para no volver a cometer un absurdo y un crimen, pues que no podemos ser libres y esclavos a la vez. Si formáis una masa sólo del pueblo, si erigís un Gobierno Central, y si os unís con nosotros, contad con la victoria.

Espanoles que habitáis a Venezuela, la guerra a muerte cesará si vosotros la cesáis; si no, tomaremos una justa represalia y seréis exterminados.

Venezolanos, no temáis la espada de vuestros libertadores: vosotros sois siempre inocentes para vuestros hermanos.

Cuartel General de la Villa del Norte, a 8 de mayo de 1816.—
Simón Bolívar.”

También dirige una proclama a los demás venezolanos, concebida en los términos siguientes:

“Habitantes de la Costa Firme: Vuestro suelo fue la cuna de la libertad americana el 19 de abril de 1810, sin que desde entonces hayáis dejado de combatir constantemente por vuestra Patria. El

mismo espíritu que ha guiado vuestras operaciones, guía las de vuestros hermanos de Margarita, a quienes hemos venido a socorrer. Ya es tiempo de completar la obra de vuestros esfuerzos.

Mis numerosos y bravos compañeros, con un inmenso parque de armas y municiones, parten mañana conmigo para vuestro país. Nos lisonjemos que os uniréis con nosotros para destruir juntos a los tiranos. Cooperad eficazmente y seremos invencibles.

La Patria os reconoce como a sus hijos beneméritos, y en su nombre os congratulo por vuestros distinguidos servicios.

Los pueblos libres me han honrado con la autoridad suprema. Yo la ejerceré sólo en vuestro favor. No habrá, pues, más esclavos en Venezuela que los que quieran serlo. Todos los que prefieran la libertad al reposo, tomarán las armas para sostener sus derechos sagrados, y serán ciudadanos.

Cuartel General de la Villa del Norte, en la isla de Margarita, a 23 de mayo de 1816.—Simón Bolívar.”

Mariño está en Santa Ana del Norte junto con el Libertador, escribe varias cartas, una de ellas a su compadre Andrés Rojas, otra a Monagas y una tercera a Cedeño. Tienen fecha 7 de mayo de 1816. La que envía a Cedeño dice:

“Cedeño, mi estimado amigo y compatriota: Nuevos acontecimientos, nuevas cosas útiles y provechosas, se presentan en el día, dignas todas de que Ud. sea impuesto de ellas. Había sucumbido la República casi por todas partes, se perdía a primera vista la esperanza de restablecerla; y en medio de esta incertidumbre la vimos renacer en la provincia de Guayana, a esfuerzos de sus dignos caudillos, en la de Cumaná o en sus Llanos, y en Margarita, con indecibles sacrificios. Vacilantes. La victoria anduvo en todas partes indecisa a causa de la escasez de elementos o recursos para la guerra; mas ahora se acerca ya el tiempo de la decisión. El incesante trabajo de los amantes de la libertad ha podido levantar maravillosamente una escuadrilla compuesta de 22 buques bien armados con su tripulación y gente de desembarque. Nos hemos dirigido a esta Isla, en donde

después de haber tomado un bergantín de 14 cañones y una goleta de 5 que bloqueaban el puerto del Norte, hemos desembarcado nuestra tropa, y hemos dirigido los buques al bloqueo de Pampatar para atacar por tierra brevemente. Realizado este punto, marcharé a Cumaná como segundo Jefe de la expedición: allí espero aviso de Ud. para operar con mejor acierto del cual depende nuestra felicidad. Tenemos 12.000 fusiles, 1.800 quintales de pólvora, y demás necesario para hacer la guerra mucho tiempo, auxilios extranjeros que hasta ahora no habíamos conseguido, y sobrado fundamento para esperar sea pronto reconocido el pabellón de la República. El ciudadano Simón Bolívar ha sido en sesión celebrada en esta Isla aclamado por General en Jefe, y como es bien conocido su valor y patriotismo, excuso referir su merecimiento. Ahora toca a Ud. dar parte a los demás compatriotas que trabajan por sacudir el yugo, de estos sucesos y convidarlos para a la posible brevedad procuren todos comunicarse con nosotros, que haciéndolo así, caminaremos con paso firme y lograremos abatir la audacia de los tiranos. Creo que cumplo en esto con los deberes de nuestra amistad.”

El Libertador sale de Margarita. Fracasa en Ocumare. Luego es desconocido por algunos compañeros de armas. Regresa a Haití, sin haber logrado sus propósitos. Los margariteños insisten en volver a llamar a Bolívar. En tal sentido el 22 de setiembre de 1816 enviaron a Francisco Oliver, en la balandra “La Bruja”, con el encargo de buscar al Libertador y traerlo a Margarita.

Arismendi organiza la defensa de la Isla. Se hacía necesario la adquisición de armas y de otros implementos de guerra. En Margarita nadie tiene dinero. Aportan, en cambio, burros. Arismendi logra reunir una partida de ellos y los envía a San Tomas. A trueque le traen harina y diez piezas de coleta. Con ésta se construyen 200 sacos. Se llenan de sal. Una nueva estrategia en práctica. Los vecinos de Pampatar se prestan voluntariamente a cumplir una orden que a todos por igual acarreará perjuicios. Sigilosamente vacían la sal en los pozos de donde se surtían de agua las tropas realistas acantonadas en ese puerto.

Arismendi intimida nuevamente a Pardo. Lo amenaza con 5.000 hombres bien armados. Ante la situación general del oriente, Moxó convocó una Junta de Guerra para discutir la alternativa de abandonar Pampatar o a Cumaná. Tomando en cuenta que:

“Del abandono de Cumaná resultaría un desmayo general a la guarnición de Pampatar. Nuestros buques tendrían que proveerse de víveres y agua en la Guayana, y si se mandaban algunos a Pampatar para proteger a aquella guarnición, quedaban sin apoyo y expuestas a ser batidas, si torna Brión como es de presumir.”

Moxó dará como razones al Secretario de Estado, para justificar abandonar a Pampatar, en la isla de Margarita, las siguientes:

“La necesidad en que me vi de abandonar la expresada Isla, por la escasez de tropas, con que me hallaba para auxiliarla; por la carencia de víveres y ninguna facilidad de conseguirlos, para acudir al sostenimiento de la guarnición existente en ella; y por la imperiosa necesidad en que se encontraba la Capitanía General de mi cargo, de reunir cuantas fuerzas le fuesen posible para oponerlas a la porción de caudillos, que por todas partes se habían descolgado desde lo interior y avanzaban sobre las capitales de las Provincias, con reuniones numerosas y capaces de hacer de nuevo arder el no apagado fuego de la rebelión,”

A pesar de que el abandono de Pampatar se había resuelto con fecha 12 de octubre, Pardo todavía está en Margarita el 23 de octubre, Desde aquí escribe al Capitán General:

“Ron no tengo ni aun para curar los heridos; las raciones todavía podrán durarme hasta el 15 de noviembre. El agua escasea ya, y estamos a ración de ella y se lava con agua de mar, medicina no hay absolutamente”.

El 3 de noviembre en la noche empezaron a embarcarse. Pardo informa al Capitán General:

“Básteme decir a V.S. que embarcando ya a la una de la noche el último veterano, quedó en tierra el teniente comandante de artillería Don José Arizábalo, acompañado únicamente del alférez de fragata Don Juan Calvete, con el objeto de emprender la delicada y peligrosa operación de volar el castillo de San Carlos; efectivamente, incendió el mixto que tenía media hora de tiempo para que pudiesen salvarse los buques de la explosión; y al mismo tiempo embarcarse en el bote estos oficiales entraron los enemigos en el pueblo, haciendo fuego de fusil, y arrojándose sobre el expresado castillo, quitaron el mixto que hacia medio cuarto de hora estaba ardiendo. Nada, mi General, ha quedado útil al enemigo en Pampatar, sino el Castillo por la indicada casualidad; pero éste, nada vale: la artillería gruesa se inutilizó la de hierro, y me he traído dos hermosos cañones de bronce calibre de a 18 y toda la artillería ligera con cuanto había; pues a todos ha causado la admiración del cómo en tan breve tiempo, y con tan cortos recursos se ha podido conducir tanto.”

El Libertador, al tener noticia de este suceso, le escribe a Arismendi:

“Reciba V.E. la más cordial y sincera enhorabuena por la libertad absoluta de esa isla inmortal, y tenga V.E. la bondad de transmitir mis sentimientos de gozo por tan feliz suceso a cada uno de los ilustres margariteños. Cuantos lean la historia verán con admiración al Jefe y habitantes que han hecho tantos prodigios de valor, constancia y sufrimientos. Nadie le disputará la tranquilidad que han reconquistado con tanto heroísmo. Yo confieso francamente a V.E. que al recibir la noticia de la evacuación de los españoles del puerto de Pampatar, ha experimentado mi corazón una sensación tan extraordinaria de placer como la que habría experimentado si me anunciaran la absoluta libertad de América.”

El 21 de diciembre salió Bolívar de Jacmel con destino a Juangriego, donde arribó el 28. A su llegada a ese puerto no encontró a Arismendi, pues había partido el 20 del mismo mes con 400 hombres “bien armados y pertrechados” a socorrer a Barcelona. En su lugar era Gobernador el Coronel Francisco Esteban Gómez. El Libertador lanza la proclama siguiente:

“Simón Bolívar,

Jefe Supremo de Venezuela, Capitán General de sus ejércitos y de los de Nueva Granada.

Venezolanos:

Los pueblos, los generales y los ejércitos, por el órgano del General Arismendi, me han llamado. Vedme aquí. Vengo a la cabeza de una cuarta expedición, con el bravo Almirante Brión; a servirlos, no a mandarlos.

Venezolanos: Vosotros me habéis confiado la autoridad en los últimos períodos de la República. Vosotros me habéis obligado a subir al tribunal y a combatir en el campo. No he podido llenar a la vez tan opuestos destinos. La Patria ha sufrido en la Administración y en la guerra. Vencedor, no he podido alcanzar los frutos de la victoria, por atender a los cuidados del gobierno. La justicia, la política y la industria, han sufrido cuando me he ocupado en defenderos. Así, una necesidad imperiosa exige la inmediata instalación del Congreso, para que tome cuenta de mi conducta, admita la abdicación de la autoridad que ejerzo y forme la constitución política que debe regiros.

Venezolanos: Vosotros habéis sido convocados por mí desde el mes de mayo para constituir el Cuerpo Legislativo, sin prescribiros restricción alguna, autorizándoos para escoger la época y el lugar. No lo habéis hecho: los sucesos de la guerra os lo han impedido; pero ahora debéis apresuraros a ejecutarlo como las circunstancias lo dicten. La Patria ha estado y estará frecuentemente en orfandad en tanto que el magistrado sea un soldado. Las vicisitudes de la guerra son tan varias y terribles, que apenas pueden preverse, mucho menos evitarse: las transacciones del gobierno exigen un establecimiento más constante. Un hombre mismo no puede moverse y estar en reposo. Vosotros, pues, debéis dividir las funciones del servicio público entre muchos ciudadanos, que posean las virtudes y el talento que se requieren para el ejercicio del poder.

Si aquellos que fueron legítimamente constituidos por los representantes de los pueblos en el primer período de la República,

existiesen libres y entre nosotros, les veríais ocupar las dignidades que les fueron conferidas; pero la más deplorable fatalidad nos priva de los servicios de estos funcionarios. Los más que se hallan ausentes, muchos oprimidos, muchos muertos y otros son traidores. No obstante que su autoridad ha prescrito, habiendo terminado sus funciones, yo los habría convidado a continuar el nuevo gobierno de la República. Ellos no aparecen en el seno de la Patria libre; es, pues, indispensable reemplazarlos.

Venezolanos: Nombrad vuestros diputados al Congreso. La Isla de Margarita está completamente libre: en ella, vuestras Asambleas serán respetadas y defendidas por un pueblo de héroes, en virtud, en valor y en patriotismo. Reuníos en este suelo sagrado, abrid vuestras sesiones y organizaos según vuestra voluntad. El primer actor de vuestras funciones será señalado por la aceptación de mi renuncia.

Cuartel General del Norte de la Margarita, diciembre 28 de 1816.—Simón Bolívar.”

El Libertador necesita dinero para la adquisición de armas y las damas margariteñas le regalan sus joyas. La Cofradía del Santísimo Sacramento de Santa Ana del Norte presta al Libertador doscientos pesos y deja firmado un vale contra el Tesoro de la República.

Los margariteños quieren que El Libertador permanezca en la Isla. Su opinión es contraria. Por eso le escribe a Brión:

“Nuestra situación aquí es puramente pasiva, y sólo puede cambiarla el movimiento que hagamos sobre la Costa Firme. Yo insisto en mi primera idea de continuar la expedición a la Costa Firme. Si yo en persona no voy a ella, no podrá tener todo el carácter que se necesita para que logre un suceso completo: todos nuestros esfuerzos serán perdidos y los sacrificios de Ud. más aún.”

De Margarita partió el Libertador para Barcelona a reunirse con Arismendi y continuar la guerra en Tierra Firme.

Andrés Level de Goda escribe desde Burdeos el 29 de noviembre de 1821:

“En 1816 se perdió la Isla de Margarita que hoy sirve de rochela a los revolucionarios y de escalas a los extranjeros que vienen a tomar partido con ellos.”

* * *

El 8 de mayo de 1817 se reúne el Congresillo de Cariaco. Ante la amenaza de la expedición de Morillo se disuelve. El Congresillo designó a La Asunción como

“capital provisional de la República por estar más proporcionada en las actuales circunstancias”

y por su

“fácil y libre comunicación”.

Trasladan a Margarita tanto el Poder Ejecutivo como el Judicial, los cuales se instalaron en Pampatar en una casa que desde entonces se denomina “la Casa Amarilla”. En el Palacio Federal de Pampatar lanzaron varios acuerdos, entre ellos: uno decretando la Ley Marcial, otro el uso en la bandera de los buques de guerra de la República de Venezuela de

“siete estrellas azules en campo amarillo en representación de las siete provincias y los mercantes sólo la tricolor”,

un tercero concediendo privilegios al comercio con Estados Unidos de Norteamérica e Inglaterra, otras medidas de orden interno y el que bautiza a Margarita con el nombre de Nueva Esparta, firmado por los honorables presidentes Cortés, Mayz y Zea y que dice:

“Palacio de Gobierno, Pampatar, 12 de mayo de 1817. En atención a los distinguidos servicios hechos por los habitantes de esta isla en la lucha que han sostenido para la destrucción del enemigo y gloria de la República se decora a la misma isla con el título de Nueva Esparta por la semejanza de su heroísmo con el de la antigua República de este nombre en Grecia”.

La Ley Marcial decretada el 13 de mayo dice en su primer artículo:

“Todos los individuos que se hallen en esta isla desde catorce hasta sesenta años son soldados de la República, y como tales se presentarán a los respectivos comandantes militares dentro de veinticuatro horas precisas, los cuales tomarán razón de sus nombres, edad, vecindad y ocupación para pasarlo inmediatamente al supremo Gobierno”.

De nuevo los margariteños se aprestan a la defensa de su isla.

* * *

Antes de continuar historiando los sucesos que tuvieron por escenario la isla de Margarita, es necesario esbozar primeramente, lo que, para el momento, se sucedía en otras regiones del país. Lo uno condiciona lo otro. El 9 de enero de 1817 Bolívar y Arismendi son derrotados en los Barrancones de Clarines. De 700 hombres que entraron en combate del lado patriota, pocos son los que logran salir con vida. Ahí quedaron tendidos alrededor de 400 margariteños que marcharon a un viaje sin retorno.

Al Libertador le preocupa la situación de las tropas. Hay dificultades. Amenazas. Bolívar llama a Mariño en su auxilio. Espera, angustiada espera. Desconcierto. Nueva solicitud. Los enemigos andan rondando cerca. El 20 de enero se pone Mariño en marcha desde Cumaná. Lo acompañan a más de 1.200 hombres de tropa, el Mayor General Rafael de Guevara, Bermúdez, Valdés y Armario. Unos vienen por mar, otros por tierra. Punto de reunión:

Pozuelos. El 8 de febrero, el español Real se resuelve a atacar a Barcelona; pero es rechazado. En los días subsiguientes se libran duros combates. El Libertador insiste en trasladarse a Guayana. Los defensores de Barcelona se oponen, quieren permanecer en su ciudad. No abandonarla a la rapacidad del enemigo.

El 7 de abril Aldama ataca:

“Todos los que se hallaban en el recinto de la Casa Fuerte, no sólo republicanos sino algunos prisioneros realistas, fueron pasados a cuchillo, sin otra excepción que la de tres o cuatro mujeres que los vencedores condenaron al oprobio”.

Piar ha marchado a Guayana. El 12 de enero de 1817 establece su cuartel en El Juncal. Anda activo. Sabe que de la toma de Guayana depende el futuro de la revolución de independencia. El 8 de febrero marcha a ocupar las ricas misiones del Caroní. Los españoles han organizado una buena línea defensiva. Pese a esto, a los nueve días, caen las misiones en manos de los patriotas. El 17 entra Piar en Upata.

A mediados de enero regresó Morillo a Venezuela pero

“entonces, escribe, tuve noticias sinceras y exactas del estado en que se hallaban: no era la misma Venezuela que yo había dejado con fuerzas suficientes para mantener su integridad”.

El General La Torre se adelanta a Morillo con el batallón Cachiri, algunas compañías del Victoria y ochenta húsares. En Guasualito aumenta sus fuerzas con 300 caballos. El 28 de enero se encuentra con el General Páez en el sitio de Mucuritas. Se libra la batalla de este nombre con un rotundo triunfo para el caudillo llanero.

El 30 de enero en el paso del Frío se reúne Morillo con La Torre. Juntos llegan a San Fernando de Apure el 9 de febrero. José Domingo Díaz dice que:

“allí tuvo un verdadero conocimiento del estado de unas provincias que a su partida para Cartagena, año y medio antes, había dejado en perfecta tranquilidad y con fuerzas suficientes para conservarla. Hallaba perdida la isla de Margarita, casi en el mismo estado las provincias de Cumaná y Barcelona, invadida por Piar la Guayana y ocupado el principal territorio, dominado el Apure por Páez con una gran fuerza de caballería, dominado el Llano Alto de Caracas por Zaraza e inundadas de partidas la provincia de Barinas. Hallaba, en fin una baja considerable en los cuerpos del ejército y un disgusto universal con el orden de cosas que había existido y existía”.

Agreguemos de O’Leary que:

“supo también la irritación que había producido en los pueblos la arbitraria conducta de algunos de sus tenientes, principalmente Morales y Moxó. De éste, sobre todo, se quejó en términos duros de haberle engañado con falsos informes acerca del estado del país y ocultándole la inminencia del peligro”.

Morillo ordena a La Torre que se embarque para Angostura al mando del batallón Cachiri. Que tome el mando de las tropas. Que busque a Piar y lo arroje de la provincia. Tarea esta última difícil de cumplir y de cuyo resultado milagrosamente el General La Torre pudo salvarse para contarle. Dispuso también fortificar a San Fernando. Toma medidas tendientes a resguardar la seguridad de Barinas y los Llanos Altos y marcha a Barcelona.

Según Lecuna:

“El proyecto de Morillo consistía en seguir sobre Guayana a pesar de la distancia, de más de ochenta leguas hasta Angostura, y del país semidesierto y desolado por donde debía transitar, pero al acercarse a Santa María empezó a sentir el rigor de la estación lluviosa y estando en el pueblo constantes y copiosos aguaceros materialmente le cerraron el paso hacia el Orinoco. Tal fue la razón expuesta al gobierno de Madrid para justificar el abandono de Guayana (...)

Cuando todavía vacilaba recibió la noticia de haber arribado a Barcelona la expedición de Canterac, y desde este instante resolvió definitivamente dirigirse a la costa. Dejó por el momento la división de Aldama en el Chaparro pensando fortificarlo con obras de campaña y siguió a Cumaná a disponer la recuperación de Carúpano y la reconquista de Margarita”.

De acuerdo con José Domingo Díaz, Margarita era el principal apoyo de la sedición.

La Torre que había ido a Guayana con el encargo de echar a Piar de esa provincia, se encuentra con él en San Félix y libran la batalla de ese nombre el 11 de abril. En el campo quedaron 593 muertos de parte de los realistas y 497 prisioneros. La Torre se salvó con apenas 17 compañeros.

“Este brillante triunfo que dio a Piar hombres, municiones, armas, vestuarios y dinero, no dejaba sin embargo, indefensa a Angostura, mientras que los patriotas careciesen de fuerzas navales con que batir las del enemigo y hacerse dueños del curso del Orinoco”.

El Libertador va al encuentro de Piar. El 2 de mayo hace su entrada en el campamento de El Juncal en la Mesa de Angostura. Hay expresiones de júbilo. De estimación. De respeto. De acatamiento a la Autoridad Suprema. El mismo día se presentan en dicho campamento Arismendi, Valdés, Zaraza y Soubllette.

Bolívar estudia las medidas para dominar la entrada del Orinoco. Ordena a Brión traer la escuadra de Margarita. Hace construir flecheras a la usanza margariteña y encomienda a Arismendi el cumplimiento de este encargo.

Por su parte, Morillo, llega a Chaguaramas el ocho de mayo. Aquí recibe dos noticias cuál de ellas más funestas a sus planes: la una, la destrucción de las fuerzas de Bayer en Casanare quien tenía la importante misión de cubrir

las vías de acceso a Nueva Granada; la otra, la derrota infringida por Piar al General La Torre.

Con fecha 18 de abril de 1817 el Libertador se dirige al Almirante Brión, desde Ipire:

“Tenemos aun fuerzas suficientes para salvar la República. Esta división incorporada a la que obra contra Guayana no bajará de 2.500 infantes, y más de 1.500 caballos, con la que es infalible la rendición de Angostura antes de ocho días. Con este objeto, pues, marchó rápidamente a aquella plaza y ordeno a V.E. que a la brevedad posible haga que nuestras flecheras y todas las fuerzas marítimas vengan al río Orinoco: que V. E. no de licencia ni permita salir de esa isla ni pólvora, ni plomo, ni fusiles, ni ninguna especie de elemento militar sin expresa orden mía; enviándome los fusiles de la última contrata de “la Diana” y la pólvora de Pardo que V. E. me habló en su último oficio que recibí en Barcelona el 25 del próximo pasado al acto de montar a caballo”.

De nuevo le escribe el 13 de mayo del mismo año: Cuartel General de la Mesa, frente a Angostura:

“...Poseemos la provincia entera de Guayana, excepto sus dos capitales Nueva y Vieja, y sólo en ellas nos queda un resto miserable que someter (...) En consecuencia, pues, ordeno a V. E. que en el acto que reciba esta orden emplee toda su actividad, celo e interés en destinar al río Orinoco todos los buques mayores y menores de la República y todas las flecheras y piraguas armadas y que se armen, autorizando a V. E. para que tome cuantas medidas sean necesarias para tan importante objeto”.

Brión obedeciendo las instrucciones del Libertador sale de Pampatar el 31 de mayo, cerrando oídos a quienes le aconsejaban permanecer en Margarita en espera de la anunciada invasión de Morillo. Llega al Orinoco. Destaca tres de sus flecheras a recorrer el Caño Macareo; pero, escribe Baralt:

“se encontraron con las fuerzas sutiles del Apostadero de la Vieja Guayana en número de once embarcaciones de porte superior. Allí se empeñó un combate en que los patriotas se batieron con su valor acostumbrado; pero, muy inferiores en número, fueron al fin derrotados y pasados a cuchillo, excepto muy pocos hombres que en un esquiife se salvaron y fueron río abajo a encontrar la escuadra. Y aconteció que como marchase a la vanguardia Antonio Díaz con otras tres fustas, al recibir la nueva de aquel desastre en que había perecido un hermano suyo, resolvió seguir forzando de velas en busca de los enemigos, sin consultar para ellos al jefe de la escuadra. Los realistas, enorgullecidos con su triunfo, bajaban ya y a poco se encontraron con Díaz en Pagallos. Allí nuevo combate en que el audaz margariteño y su gente, colocados en medio de los buques enemigos, hicieron prodigio de valor. Por algún tiempo tuvo dudoso el resultado, porque los españoles se batían con denuedo; pero Díaz, haciendo fuego a todas partes, abordando ya a un buque, ya a otro, y degollando cuanto caía en sus manos, recobró sus tres buques, apresó algunos bajeles realistas y a los restantes causó tanto daño e inspiró tanto horror que no pararon en su fuga hasta guarecerse en la fortaleza de la Antigua Guayana. Su pérdida total habría sido irremediable si Díaz pudiera perseguirlo; pero su armadilla quedó averiada en sumo grado y hubo de retirarse a Güiria con el fin de repararla. Este glorioso combate abrió empero la navegación del Orinoco a los patriotas, y Brión con sus naves le subió hasta Casacoima a donde fue Bolívar a encontrarle”.

La Torre supo en Angostura que Brión estaba en el Orinoco con la flota que condujo a Margarita. Que las tropas sutiles españolas se habían retirado después del combate de Pagallos. No le queda otra alternativa que evacuar Angostura y luego la fortaleza de Guayana la Vieja. Era el 17 de julio cuando La Torre se retiraba de Angostura. El 18 entraban en ella las tropas de Bermúdez.

La que hemos descrito a grandes rasgos era la real situación de la guerra en Venezuela, hasta la fecha que historiamos. Nos interesa conocer la opinión de O’Leary cuando anota:

“De todos los puntos ocupados o amenazados por los patriotas, Margarita y Guayana reclamaban con preferencia la atención del General español por su posición topográfica; pero en sus cálculos dio más importancia a la primera. Este fue un error de grave trascendencia, y para adoptarlo influyó principalmente en su ánimo el odio que profesaba a Arismendi”.

No podemos silenciar la opinión de Baralt al referirse a la segunda invasión que preparaba Morillo contra Margarita, escribe:

“Mientras los españoles perdían con Guayana la posición militar más importante o, digámoslo así, la llave del país, completaba Morillo su inconcebible desacierto estrellando inútilmente sus mejores fuerzas contra la indomable Margarita. Ciego con el deseo de la venganza, se había encaprichado en considerarla como el foco y baluarte de la revolución, y afirmaba que una vez destruida, sería la ruina de ésta inevitable. En verdad aquella pérfida isla, según él la llamaba, había dado la primera el ejemplo de la resistencia y del triunfo contra sus valientes tropas: le había obligado a separarse de las que en el Juncal perdió Morales: había dado acogida, socorro y fuerza moral a Bolívar: le había hecho a él mismo regresar de la Nueva Granada; era, en fin, si no el baluarte de la revolución, uno de sus más firmes apoyos. Que se burlase aquella pobre tierra de sus amenazas, que con cuatro paredes mal artilladas resistiese al impulso de sus huestes, que su gente bisoña y sin armas le afrentase del otro lado de un canal estrecho, eran ideas para su orgullo y su valor insoportables. Así, ningún medio perdonó para marchar contra la isla, acompañado de un ejército lucido y numeroso, prometiéndose hacer de ella un escarmiento formidable que sonase en el mundo”.

Muy especiales han debido ser los motivos que impulsaban a Morillo a preferir venir a Margarita antes de dirigirse a Guayana, como lo indicaba el más elemental dictado de la estrategia militar. Mientras Morillo viene desde San Fernando de Apure a Margarita y nada osa detenerlo; Bolívar va de Margarita a Guayana y no sesga en su empeño ni ante las reiteradas peticiones de algunos compañeros de armas.

Las proclamas de Morillo dirigidas a Margarita, nada aclaran acerca de las razones que lo asistían para querer dominarla. Ellas sólo expresan odios, venganzas, amenazas. Así tan pronto desembarca por segunda vez en Margarita, cuando manifiesta:

“Desde Ocaña os prometí en abril del año último que vendría sobre estas costas para castigar a los sediciosos y restablecer el orden alterado (...) El hipócrita y despreciable Arismendi decía que os engañaba y que la presunción y el orgullo dirigía mi voz desde las orillas del Magdalena (...) Ese Arismendi, nacido para vuestro mal, tan cobarde como ruin, no vendrá en vuestro auxilio, ni tampoco la multitud de miserables que han blasonado, cuando nada temían cerca: ahora todos emigran, os abandonan con diversos pretextos; y el pirata Brión, concluye con saquear la isla y fugarse con sus buques”.

Bolívar, por el contrario, es el estadista, el militar, el político, el estratega, el táctico, por eso sus conceptos son claros, sus razones lógicas, sus principios básicos, sus ideas, precisas; sus pensamientos guiados por el interés nacional; despojado de odios, de parroquialismos, busca la libertad de la Patria y todo su esfuerzo está en lograrla. Así escribe:

“Guayana libre, nos dará no sólo mil recursos sino una importancia política extraordinaria, y con qué satisfacer los créditos que hemos contraído y contraigamos en lo venidero”.

Antes había escrito:

“Esta provincia (de Guayana) es un punto capital, muy propio para ser defendido y más aún para ofender. Tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santa Fe y poseemos un inmenso territorio en una y otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca. Además poseemos ganados y caballos y como en el día la lucha se reduce a mantener el territorio y a prolongar la campaña, el que logre esta ventaja será el vencedor”.

Se nos hace difícil deducir conclusiones exactas acerca de las razones que influyeron en Morillo para venir el año 1817 a Margarita, cuando sabía que Guayana se estaba perdiendo y con ella los dominios de Tierra Firme, O’Leary lo califica “de error de grave trascendencia” y opina que en Morillo “influyó principalmente en su ánimo el odio que profesaba a Arismendi”. Baralt, por su parte, lo considera un “inconcebible desacierto”. Añade:

“Ciego con el deseo de la venganza, se había encaprichado en considerarla como el foco y baluarte de la revolución, y afirmaba que una vez destruida sería la ruina de ésta inevitable”.

Sería acaso “ese capricho” o mejor esa creencia ya hecha en él convicción de que Margarita era el corazón de la rebelión y que muerta aquí aquella desaparecería.

Si pudiera comprobarse que a Morillo lo guiaba el considerar a Margarita como fuente nutricia de la revolución, se tendría una explicación clara, precisa.

Pero si al contrario, es la venganza lo que le induce a volver a Margarita, si es el hecho de sentirse burlado por Arismendi –y aquí se actualiza inevitable la vivencia recordatoria de la anécdota con Morales–, Morillo se minimiza hasta convertirse en un obnubilado por el ansia reprimida de venganza. Además no podemos pensar que “influyó principalmente en su ánimo el odio que profesaba a Arismendi” porque si esto fuera el origen, no se hubiera dirigido a Margarita sino a Guayana, donde sabía se encontraba al lado de Bolívar. A menos que quisiera saciar en los margariteños una sed de venganza, o pretender herir a Arismendi en sus caros sentimientos destruyendo a Margarita. Opacaría Morillo su hoja de servicio, si llevado por estas ideas, pospusiera los intereses que el Rey había confiado a los dictados de su mando, por satisfacer aquellos ruines, mezquinos y bastardos. Nos abstenemos de admitir la venganza como motivadora de la

conducta de Morillo, aunque hubiera podido condicionar los procedimientos vindicativos que empleó. El mismo Morillo descarta la venganza como móvil de su venida a Margarita, cuando escribe, primeramente refiriéndose a la campaña del año 1815:

“Nada fue exceptuado en mi olvido: muchos jefes de la Revolución allí estaban y se presentaron: todos fueron respetados, y hasta el mismo Arismendi que un año antes había sido el instrumento de correr la sangre de 800 españoles del modo más inhumano: aquel Arismendi quedó en su Patria, en el Ayuntamiento, en su casa y sus bienes: de mí recibió atenciones: lo senté a mi mesa; le traté con distinción; y nada omití que fuese capaz de dar con él y sus compañeros los primeros y más elocuentes ejemplos públicos de mis intenciones y de la voluntad y deseos de S. M.”

En relación a la campaña del año 1817, a que nos venimos refiriendo escribe:

“Mi presencia ni mis deseos eran los de un hombre que iba a tomar venganza de la sangre de sus inocentes compañeros de armas indignamente sacrificados en aquel ingrato suelo por el primero de todos los hombres ingratos”.

Tampoco podemos descartar lo subjetivo, lo anímico, lo psíquico, aquello que nos hace adoptar posiciones y asumir aptitudes sin que intervengan en ellas el dominio de lo volitivo. Morillo estaba convencido de la importancia estratégica de Margarita, de su valor, de su fe en la libertad, de que la rebelión sepultada en otros predios, renacía en Margarita. De que Margarita es el centro de la rebeldía. Por eso viene a la isla. De obnubilado podría calificarse a Morillo. En cierta forma lo fue. A lo mejor es posible encontrar en ello el origen de su ensañamiento con Margarita.

Carecemos de elementos de juicio suficientes para juzgar hasta donde en el ánimo de Morillo privaba lo que en alguna oportunidad le escribiera

Moxó de que si Margarita “se dejaba perder se incendiaria este continente”. Cabe recordar aquí aquello de que mientras en Margarita ondee la bandera de la rebelión está en peligro la paz de América. Quien podría negar, en parte, que Morillo, enfrentado ante dos alternativas: Guayana y Margarita, escogiera esta última por la dificultad de trasladarse a aquélla en plena estación de lluvias y con el señuelo de las enfermedades rondando su campamento; amén de las faltas de recursos para avituallar sus tropas en tan larga y desolada ruta. Por otra permanecer en Santa María hubiera sido condenarse a la inacción, cuando los días eran valiosos y otro frente de combate requería con urgencia su presencia. Ante la disyuntiva de esperar que cesara la estación lluviosa para marchar a Guayana o dirigirse de inmediato a la costa donde su presencia era necesaria, para dominar los pueblos costaneros e intentar reconquistar la Isla; Morillo cree ganarle la partida al tiempo y a los elementos confabulados en su contra, y se decide por marchar contra ella. Esto se justifica si fue tomando en cuenta razones de táctica y estrategia militar cuyos resultados posteriores no estaba en él predecir ni menos sospechar.

Morillo no ignoraba la importancia estratégica de Guayana. Así lo escribe al Rey:

“La ocupación de Guayana ponía a los rebeldes en aptitud de dirigir las fuerzas, con que allí había hecho la guerra donde fuera más ventajoso”.

¿Por qué, podría preguntarse, no evitó cayera en manos de los patriotas? ¿Por qué no destinó sus recursos con que contaba, para reconquistarla, antes de venir a Margarita? Porque creía ciegamente que dominando la isla, acabaría con la rebelión. Pero Margarita se salva del furor de Morillo y con ella, la libertad de Venezuela.

* * *

Nuevamente la guerra se cierne sobre Margarita. Morillo viene contra ella. Canterac ha traído refuerzos de España. Ni con éstos se amilanan los insulares. Ahora los comanda Francisco Esteban Gómez. Arismendi le dejó el mando de la isla y está al lado del Libertador en Guayana. Los hombres del Congresillo de Cariaco que se encontraban en Pampatar, resuelven trasladar el gobierno a Maturín. Así se lo ordenan a Brión, quien a su vez ha recibido instrucciones de Bolívar para conducir la escuadra al Orinoco. El 31 se hace a la vela la escuadrilla en el puerto de Pampatar. Son 19 buques entre mayores y menores. Fueron los bergantines “América libre” e “Indio libre”; bergantines goletas: “San José”, “Decatena” y “El Fortunato”; goletas: “Diana”, “Favorita”, “El Tártaro” y “La Matilde”; balandras: “Aurora” y “San José”; pailebot: “El Juncal”; flecheras: “Santa Ana”, “El Valle”, “El Rosario”, “La Venganza”; la cañonera “El Carmen”, y los esquifes: “San José”, “Las Animas” y “El Félix”. Ya se tienen noticias positivas de Morillo y su pronta venida contra la isla, una vez aumentado su ejército con el traído por Canterac. La salida de Brión con la escuadra origina encendidas protestas. Los margariteños se abstienen de admitir las razones de Brión para abandonar la isla cuando se encontraba ante tan seria amenaza. No hay reposo que permita pensar en la necesidad urgente de limpiar las bocas del Orinoco de enemigos.

Gaspar Marcano que se encontraba en Trinidad y temerariamente arrostra los peligros viene a Margarita convenido de que

“sería un delincuente si viendo mi patria en peligro, no volase en su auxilio y así estoy resuelto a seguir para participar de la suerte que se le prepare”.

escribe:

“Quedó pues Margarita la infeliz,
Como cosa perdida, abandonada,
De ser presa del León casi un triz,
De horfandad llorosa y desolada,

De la disculpa, aquí el falso barniz
De los causantes, tendrá jamás entrada:
Nadie cuidó de la preciosa **Perla**,
Antes creyeron todos, mas no verla”.

Morillo se hará eco de esta sorda protesta. Tratará de alentarla para sacarle partido en provecho de su causa. En su proclama a los margariteños, les dirá:

“Ahora todos emigran, os abandonan con diversos pretextos; y el pirata Brión concluye con saquear la isla y fugarse con sus buques”.

Francisco Esteban Gómez, al saber las intenciones de Morillo, lanza un importante manifiesto a las naciones del mundo. La pequeña Margarita denuncia ante las naciones del orbe la guerra que asolará su territorio. Trata de justificar la razón de su lucha. Del auxilio que pide. De la protesta que eleva. Deja oír su voz de República soberana para que la escuchen internacionalmente. Nada logra; pero queda el documento atestigüador del gesto. Empieza por referirse al movimiento inicial de independencia, haciendo un recuento histórico:

“El 19 de abril entonó el himno sacrosanto de la libertad, y en tres períodos remarcables ha hecho los más fuertes sacudimientos para obtener su completa emancipación. Jornadas muy gloriosas, acciones brillantes y distinguidas son las pruebas más ineluctables del valor venezolano. La isla Margarita, parte integrante, y hoy muy principal de los pueblos confederados, levantó igualmente el estandarte del honor y de la gloria, y siguió los pasos de sus conciudadanos. El cuatro de mayo de aquel año depuso con la mayor moderación al mandatario peninsular, el mismo que a la entrada de Monteverde en Caracas fue el cómitre destinado para afligir en las bóvedas y pontones de Puerto Cabello, entre otros americanos, a los hijos de Margarita”.

En seguida se refiere a la Tercera República que en suelo insular proclamó Bolívar:

“Una tercera época de redención se presenta en favor del pueblo disperso; el mismo redentor triunfa de los opresores en el mar, y en esta tierra de libertad; pero nuevos acontecimientos hacen que no se crea cerrado el círculo de la revolución. La furiosa lava de este volcán continúa sus erupciones, mas los amantes de la independencia, deseosos de este bien, y ambiciosos de su libertad; queriendo tomar asiento entre las naciones que cubren la tierra, y a gozar de todos los beneficios que emanan de ésta, se ha resuelto a todo por conseguir tamaños bienes, y así la muerte no les espanta, y sólo la consideran como un descanso que pondrá fin a una vida agraviada con la servidumbre, y cubierta de ignominia”.

Luego enjuicia los hechos de Cariaco:

“La ciudad de Cariaco ha sucumbido de un modo inconcebible y sus desórdenes pueden trascender a los pueblos comarcanos. La Margarita por conservar la unidad que salva a los estados, recibió en su seno al Gobierno Supremo de Venezuela convocado por el General Mariño; y el 31 de mayo último a los doce días de su instalación se ausenta en nuestra escuadra con dirección a Maturín”.

“La isla fluctuando sola en los peligros, bloqueada en el día por dos corbetas y cinco bergantines; amenazadas en fin por un grande ejército y nuevas fuerzas navales ha ratificado sin embargo el juramento que hizo el 17 de noviembre, y no hay duda que tendrá ahora el buen éxito, que entonces cuando en diez acciones campales batió la formidable fuerza del General Morillo”.

Resalta al ejército con el cual cuenta y la resolución adoptada por los margariteños de resistir:

“Tres mil republicanos que han admirado al mundo por su constancia y valor se hallan en el día con las armas en la mano decididos a resistir a todo trance las pretensiones y choques de la tiranía. La Margarita podrá ser reducida a cenizas, pero no esclavizada”.

Al final hace un patético llamamiento a las naciones:

¡Naciones grandes y generosas! No permitáis que las falanges de nuestros asesinos acaben de consumir la obra de iniquidad y exterminio que pretenden, ni que cubran de llanto y luto a los pacíficos moradores de Margarita sólo porque no quieren ser esclavos de la nación más bárbara del globo. Conduélanse los hombres justos y filantrópicos de este siglo de luces y razón de un pequeño y pobre pueblo que ha sabido dar al mundo culto lecciones sublimes de civismo, en el concepto que si le dispensaren los auxilios de que necesita para la defensa a que se prepara, jura a presencia de los cielos y la tierra que los ejemplos que la valerosa Grecia, con todo el brillo con que se hizo admirable en el Universo, poco excederán a los que se prepara dar el pueblo margariteño, y no habrá sacrificios que no tribute a la justa libertad que en siglo XIX ha proclamado el Nuevo Mundo”.

Con fecha 26 de junio le escribe Morillo a La Torre:

“...De oficio digo a V. lo que ha motivado que ya no esté yo por ahí, las nuevas fuerzas que han llegado de España, los triunfos alcanzados en estas provincias, y mi próxima marcha a Margarita, donde están llenos de terror, y estoy seguro nos costará muy poco someterlos, pues todos la abandonan, emigran y desaparecen con la sola idea del riesgo que los amenaza. Mas en breve será asunto concluido, y aseguramos para siempre este importante puesto a Barlovento de estas costas, que se perdió por la impericia y abandono de los que aquí quedaron”.

Morillo está en Cumaná. Le apremia invadir Margarita cuando

“en esta isla reina la estación seca y sana de las brisas y es la más a propósito para la guerra”.

Lo detiene la falta de víveres. Está impaciente por este inconveniente. Cree no llegado el momento de invadir “la isla pérfida”. Pide una y otra vez el envío de raciones. Se queja de

“que en efecto nos hemos detenido todos en Carúpano bastantes días mantenidos con carne de burros, caballos, perros y gatos, sufriendo con la mayor constancia toda clase de privaciones y trabajos”.

Hace embarcar en Carúpano el batallón de Burgos y la columna de cazadores que estaban a la orden de Canterac. El punto de concentración es la isla de Coche. También se reunirá en esta isla el regimiento de Navarra. La primera división del ejército del coronel Aldama vendrá posteriormente.

El capitán Francisco Topete al mando de la corbeta “Descubierta” y otros transportes de guerra conducen a Coche a las tropas de Canterac. El 13 de julio en la isla de Coche cuenta Morillo con el regimiento de Navarra, el batallón de Burgos, y dos compañías de la Unión y Barbastro. Según Montenegro y Colón la flota de Morillo se componía de 3 corbetas, 5 bergantines, 5 goletas, 1 falucho, 4 flecheras y 2 cañoneras, que conducían 3.000 hombres. Se dan las instrucciones para desembarcar en Punta de Mangles. El 14 sitúan las fuerzas navales españolas a lo largo de la bahía del Guamache.

La corbeta “Diamante” se acerca a la playa en disposición de proteger el desembarco. Las cañoneras amagan en varios puntos con fuego vivo para llamar la atención y simular desembarco. Así se pasa todo este día.

Francisco Esteban Gómez ha designado a Joaquín Maneiro que comande las tropas patriotas que se enfrentarán a las de Morillo tan pronto desembarque. Los vigías habían denunciado la presencia de la flota realista. Las tropas de Maneiro constante de 400 hombres de infantería y 150 de caballería, están en la playa. Y desde ella excitan a los españoles “con sus ademanes, voceríos e insultos” a que salten a tierra.

El 15 de julio, al rayar el día, comenzó el desembarco. Los patriotas “no tardaron mucho en aparecer y atacar intrépidamente nuestras guerrillas”,

afirma Morillo. La columna de cazadores, cuatro compañías de Navarra al mando del Brigadier Canterac y Morillo con el de Burgos se empeñaron en la lucha, mientras el resto de la división continuaba desembarcando. Durante cuatro horas se sostuvo un vigoroso combate que obligó a Morillo a permanecer en la playa y cerro de la Vela. Los españoles se acantonan en las alturas de las Cuicas y Banco Largo.

Morillo no esperaba la obstinada resistencia de que fue objeto, menos el coraje y valentía con que se empeñaron los margariteños en el combate. No oculta su sorpresa. Así escribe:

“Estos malvados, prevalidos de la aspereza del terreno y de los multiplicados inconvenientes que la naturaleza ha puesto en su desleal suelo, hicieron la defensa más obstinada y sangrienta, defendiendo el terreno palmo a palmo, el cual fue regado con sangre de ellos y de nuestros valientes”.

Se refiere luego a:

“Las matas esparcidas por el suelo, las que cruzan entrelazadas en todas direcciones; las hojas, y el tronco, todos son espinosos, con puntas agudas que taladran el zapato, las botas y el vestido. Por entre ellos, hiriéndose y destrozándose el cuerpo, fue menester penetrar para ir desalojando a los rebeldes que, como prácticos de algunas pequeñas veredas por donde apenas se puede pasar a la desfilada, se retiraban haciendo un fuego vivísimo y a quemarropa, siempre encubiertos y sin que tuviésemos otra dirección que sus tiros y el humo”.

El 17 envió Morillo al Alférez de Húsares de Fernando VII don José Portero como parlamentario. En la nota de intimidación que portaba, entre otras cosas decía:

“Si hacéis desarmar a los habitantes; si os sometéis con ellos a la obediencia de nuestro amado Soberano el Señor Don Fernando VII cesará toda hostilidad; se olvidarán los acontecimientos pasados; y

podéis contar con la protección del gobierno de S. M. Los jefes o personas leales que os acompañen a este servicio importante serán atendidos igualmente y recompensados a proporción del mérito que contraigan (...) No se me culpará en lo sucesivo de los desastres que puedan seguirse si la obstinación y la infidelidad es vuestro partido; pudiendo aseguraros que sin amenazar vanamente ni hacer ostentación de mi poder, será tan ejemplar el escarmiento de esta isla, que no quedará uno solo que no sufra el castigo de sus crímenes ni que conserve la memoria de los hechos sangrientos y terribles que sufran ellos y sus familias”.

En más o menos iguales términos y con la misma fecha dirigió una proclama a los habitantes de Margarita.

Al enterarse Francisco Esteban Gómez del contenido de la intimidación que le hacía Morillo, le contestó en los términos siguientes;

“El General en Jefe del Ejército Libertador de la isla de Margarita. Al Excelentísimo Señor General en Jefe de las Tropas del Rey.

Excelentísimo Señor: Los espartanos de Colombia han visto con bastante admiración el parlamento inesperado que vuestra excelencia les envía: extraña el bárbaro estilo de intimar la rendición de esta isla, después de haber hostilizado atrevidamente sus costas sin preceder aquel requisito, y se complacen al ver que ha conocido su yerro, cuando ya todos se hallan irritados y revestidos con las nobles insignias del valor para vengar los nuevos ultrajes que se les irrogan”.

“Las tropas del Rey que tiene V. E. bajo su mando nada han adelantado con haber pisado otra vez las áridas playas de Margarita, y el esperar por esto que vuelva a la tiránica dominación española, es tan difícil como que V. E. cumpla las promesas que hace bajo la mentida frase de que su palabra es inviolable”.

“Si V. E. conoce los comprometimientos de la masa general de esta isla, debe también sacar por consecuencia, que no es ya la causa

de un particular la que defendemos y que el General Arismendi a quien V.E. atribuye el origen de nuestras desgracias, lejos de traernos esos supuestos males puso en nuestras manos el precioso don de la libertad y supo conducirnos a la cumbre de la gloria dejándonos a su partida sabias lecciones para defendernos y fieles modelos para vencer españoles”.

“La sangre que se ha derramado y la que se derramará, emana del intimo impulso que tiene todo hombre de defenderse de su enemigo y del implacable odio que profesan los margariteños a sus opresores y no de las ideas perversas de nuestro héroe; del entusiasmo que a todos nos anima para sepultarnos entre las ruinas de nuestro país con cuantos objetos amables poseemos, antes de dejar a la posteridad el confuso lunar de la humillación y vasallaje en el brillante cuadro de nuestras victorias”.

“Cierto es que V. E. es bien conocido de nosotros y jamás borrarán de su memoria los margariteños la duración, aunque efímera de sus pasadas promesas: males de toda especie cayeron sobre nosotros en vez de los prometidos beneficios: un grito general se oyó en toda la isla, y este lastimoso clamor fue el que instigó al pueblo a usar el derecho de insurrección que le permite la ley de la naturaleza y de todas las sociedades”.

“Desde entonces ratificó el juramento que antes había hecho por su independencia y libertad y tomando por divisa morir o vencer borró para en adelante las palabras de perdón y olvido de lo pasado con que todos los jefes españoles ocultan y abrigan sus verdaderas intenciones y disfrazan sus tramas para sacrificarnos”.

“Así, pues, está por demás repetir estas promesas, como también el paso que V. E. ha tenido la bondad de dar en favor de la humanidad, enviándonos su proclama e intimación, no pudiendo dejar de advertirle que hemos fijado muy atentamente la consideración en la amenaza que nos hace V. E. de la total desolación de la isla si no convenimos con lo que soberanamente nos intima. Por tales expresiones de V. E., por los comprometimientos primitivos, y por los que en virtud de la conducta de los agentes de V. E., en esta isla, tomó el pueblo resolutivamente, acabará de conocer los uniformes

sentimientos de estos habitantes, para el último arreglo de su conducta, debiendo añadir, que si V. E. fuere vencedor se hará dueño de los escombros, de las cenizas y de los lúgubres vestigios que a su pesar quedarán de nuestra constancia y valor con más brillo que los de Sagunto y Numancia. Si la fuerza y los medios que están a disposición de V. E. son tales cuales nos los pinta, bien podrá coger por triunfo, para satisfacer la tirana ambición de su soberano, y complacerse en ello, la área estéril y desolada de la isla Margarita pero jamás podrá decir que se le rindieron sus ilustres defensores”.

“Cuartel General de la Sabana Grande a 18 de julio de 1817.
7mo. Francisco Esteban Gómez”

* * *

El brigadier Canterac al decir de Morillo:

“Se encontró en la crítica situación de haber de penetrar por una estrechísima senda donde apoyados los rebeldes entre las tunas, le cerraban el paso con el mayor denuedo, haciendo tanto daño que a los primeros tiros le mataron varios granaderos de Navarra y le hirieron muchos otros”.

Para formarnos una idea más precisa de la forma como las tropas de Maneiro, le opusieron resistencia a las veteranas de Morillo, leamos lo que, desde el sitio de los acontecimientos, escribe el propio general español:

“Fatigada la tropa en una penosa marcha de más de legua y media en que vinieron batiéndose, clavados y destrozados por las espinas del bosque, muertos de sed con la fuerza del calor, y sin haber aun llegado el resto de los batallones que estaban desembarcando, mandé hacer alto, después de apoderarme de todas las casas y alturas donde los enemigos se habían abrigado el día anterior, Ahí se reunió toda la división y se dieron órdenes para desembarcar víveres y aguada”.

“Los rebeldes con la ventaja del terreno de que son tan prácticos, que, sin duda, es el peor del mundo, pues toda la isla se halla cubierta

de los mismos áridos y espinosos bosques, se batieron con un denuedo y osadía de que apenas hay ejemplo, si se considera una reunión de habitantes de todas clases y condiciones que, en rebelión, han tomado las armas”.

“La retirada la verificaron con el mayor orden, y no hubo mata ni árbol en que no se sostuvieran con tanto valor como las mejores tropas. El fuego fue muy sostenido y empeñado y estos desleales prueban con demasiada evidencia que están decididos a defenderse, y que sólo podrán tomarse por la fuerza”.

La retirada de que habla Morillo no fue otra que una táctica empleada por los patriotas que al ver

“inmóvil al enemigo en sus posiciones por espacio de dos días, trataron de retirarse dos leguas al centro del Valle de San Juan, para que adelantando aquél su marcha en persecución de nuestro ejército, lográramos darle una lección en la Sabana Grande donde pudiese operar la caballería; pero el temor le hizo faldear los cerros y nunca aproximarse al llano”.

Cinco días permanece Morillo en Los Barales según él,

“Por la absoluta falta de agua y de prácticos que me enseñasen la dirección de algunos pozos o jagüey donde suelen conservar la”.

Para las tropas españolas el abastecimiento de agua era un serio problema. Los pozos que encontraban en su ruta, estaban secos. A esto hay que añadir que

“era muy arriesgado moverse sin marchar a un punto determinado en que encontrase agua sin exponerse a perder muchos soldados ahogados del calor en los secos y desiertos arenales que habríamos de atravesar, mayormente si los enemigos se oponían a nuestra marcha”.

El 20 de julio recibe Morillo un nuevo refuerzo. Desembarca el coronel Juan Aldama con parte del regimiento de la Unión y el batallón de cazadores de la Reina. El 21 se ponen en marcha para Porlamar las tropas realistas. Acampan en el hato de Marcano. Se posesionan

“de un jagüey abundantísimo de agua en que se pudo refrescar la tropa, y nos libertó por la primera vez de la escasez y penalidad con que desde a bordo se nos surtía de agua”.

El ejército patriota se sitúa en Caranay:

“En la Cruz del Pastel, dice el parte emanado de estas tropas, tuvo un encuentro con nuestra caballería y a la entrada de Porlamar con una división que al mando del comandante, Teniente Coronel Luis Gómez, guarnecían aquel punto. Esta se sostuvo hasta que su comandante salió herido, que se retiró en orden a la ciudad.”

Morillo envía al Teniente Coronel Eugenio Orana sobre el Valle del Espíritu Santo. Este pueblo cae en poder de Orana al ser desocupado por los patriotas, quienes tramontan la montaña, llevándose con ellos la milagrosa Virgen y recalán al pueblo de El Maco, de donde pasan a Santa Ana del Norte.

El grueso de las tropas españolas continúa su avance sobre Porlamar. Morillo marcha por la playa, mientras que por mar las flecheras atacaban al fuerte y Canterac lo hace por la izquierda en una maniobra envolvente. Ante la imposibilidad de defender esta plaza, los patriotas la abandonan y se retiran a La Asunción.

A Morillo lo mantiene obsesionado el problema del agua. Así, cuando llega a Porlamar y se encuentra con el río que baja de las montañas del Valle del Espíritu Santo, con gran contento escribe:

“Aquí ya encontramos un pequeño arroyo que nos sirvió del mayor contento a todas las divisiones, porque pudieron refrescar y

templar el calor abrasador que nos había consumido los días anteriores sobre la seca arena de estas playas.”

El 24 de julio salió Morillo de Porlamar con la intención de apoderarse de Pampatar:

“Las fortificaciones de éste y la de los cerros inmediatos son formidables; hay un castillo, la batería de la Caranta, el cerro de Pan de Azúcar, el fuerte del Calvario, la batería de Hosteriz, la de los dragones y una porción de reductos y trincheras que circunvalan la población.”

Morillo envía al Coronel Don Juan Aldama con el batallón de la Reina Doña Isabel y el regimiento de la Unión por Los Robles, para sorprender a los defensores de Pampatar por detrás del fuerte de Pan de Azúcar, cortando al mismo tiempo las comunicaciones con La Asunción. El propio Morillo marcha por el camino viejo que conducía de Porlamar a Pampatar, pasando por Puerto Moreno. El General Canterac avanza por el camino directo de Los Robles a Pampatar a fin de atacar las fortificaciones situadas en los cerros que están al Oeste de dicho pueblo. Por su parte, las flecheras y lanchas obuseras al mando del teniente de fragata Andrés Tosta, atacan al castillo San Carlos de Borromeo y a la batería de la Caranta. La lucha es encarnizada. La batería del Calvario causa daños al regimiento de Navarra. Aldama avanza, también lo hace Canterac. Los patriotas se repliegan ante la imposibilidad de toda resistencia. Aldama no logra interceptar a los patriotas que se retiran camino de La Asunción. Canterac se apodera de los fuertes de los cerros de Pampatar. Morillo, siguiendo la ruta de Puerto Moreno a Pampatar, toma la parte baja de esta población.

“La guarnición que se hallaba allí, viéndose atacada por todas las fuerzas del General Morillo el 24, defendió el punto con empeño y se retiró en este día a la capital.”

El 30 de julio aún permanece Morillo en Pampatar. Se avecina el momento decisivo en la vida política margariteña. Donde dará la prueba de

su heroísmo. De que en verdad estaban dispuestos a sacrificarse por la Patria. Gómez resuelve resistir en La Asunción. Los fuertes, baterías, reductos y trincheras los reconoce personalmente para cerciorarse de cómo se encontraban, al mismo tiempo con su presencia ánima a la tropa.

El Comandante Juan Fernando Fermín ha elaborado los planos defensivos de la ciudad. Se espera un combate sangriento si Morillo se atreve a atacarlos. En “La Caranta” y “La Libertad”, se han depositado no sólo municiones sino víveres. En el “Número Uno” y el “Número Dos”, los soldados están vigilantes como en los otros cerros que rodean el valle de Santa Lucía. La mayor parte de la población se refugia en la montaña de El Copey. La caballería está tendida desde el convento de San Francisco hasta el pie del reducto de La Caranta.

El 30 en la noche nadie duerme. El Capitán Figueroa, aunque enfermo, está en su puesto de mando. Otro tanto hace Mata. Hay expectativa general. Todos están inflamados del más noble y ardiente patriotismo. Quieren precipitar el momento de la lucha, del holocausto. La impaciencia no presta oportunidad para el sueño. Muchos ojos escudriñan el camino que desde Pampatar conduce a La Asunción queriendo prestar claridad a la noche para descubrir si desde allá vienen soldados furtivos queriendo sorprender sus avanzadas. Morillo, efectivamente, se propone tomar el Portachuelo del Norte. Sale de Pampatar con las divisiones de Canterac y Aldama en la noche del 30 de julio. Al llegar a la altura de la casa de Cazorla efectúa un movimiento de flanco y va a situarse en Matasiete. Morillo da descanso a su tropa y ordena acampar en los cocales que se encontraban en las faldas de Matasiete, mientras él se sitúa en las alturas. Ahí lo verá Gaspar Marcano:

“Aquel que ves allá de tapasol
Relucir de la cúspide en la cima,
Él es, Morillo, a quien el Español
En mucho aprecio tiene y grande estima...”

Al lado de Francisco Esteban Gómez encontramos a Joaquín Maneiro, Pablo Ruiz, Policarpo de Mata, Rafael Picaso, Juan Bautista Cova, Pancho Antolín, Sarmiento, Figueroa, Villalba, Espinosa, tantos otros más y hasta

“Mujeres Amazonas de estos días
Cargando los heridos en hamaca,
Aquí y allí llorando las veías,
Alimentando la persona flaca;
Y en esta confusión gritar oías:
“Si el enemigo vence y nos ataca,
Tomaremos fusil, espada y lanza
De vencer o morir con la esperanza.”

Copiemos a la letra lo que sobre el sangriento y heroico combate de Matasiete escribe el Dr. José Manuel Restrepo en su “Historia de la Revolución de la República de Colombia”:

“Todos sus proyectos se dirigían contra La Asunción. Era harto difícil el acceso a su territorio por los bosques de tunales y las fortificaciones de reductos, zanjas, parapetos y fosos con que los insurgentes habían rodeado la ciudad y sus alrededores. Sin embargo de tamaños obstáculos y de lo escabroso del terreno, el ejército real se puso en movimiento el 31 de julio con el objeto de colocarse entre la Villa del Norte y La Asunción, por donde el terreno parecía más llano y accesible, sin que pensara Morillo trabar entonces un combate serio, pues más bien intentaba hacer un reconocimiento. Al efecto ocupó sin resistencia el cerro Matasiete, desde donde podía descubrir la ciudad y su cercanía; entretanto su escuadra llamaba la atención por los puertos de Manzanillo, Constanza y Juangriego. Mas habiendo bajado del cerro hacia La Asunción, en su marcha las guerrillas independientes fatigaron a los españoles, obstruyéndoles el paso con un fuego continuado; así poco a poco se fue trabando la acción, hasta empeñarla los 2.000 infantes y 600 caballos que componían aquel día las divisiones de Canterac y Aldama. Sobre todo fue muy crudo el combate en las lomas, bosques y coteles que rodean la ciudad. A las ocho y media de la mañana se dio principio a aquella sangrienta pelea que se terminó a las cuatro de la tarde: ella fue gloriosa para los habitantes

de Margarita, que hicieron célebre el nombre de Matasiete donde fuera lo más crudo del combate. De una y otra parte se peleó con mucho valor; pero conociendo los patriotas el terreno a palmo, obtuvieron grandes ventajas con sólo 300 hombres de infantería y algunos pocos de caballería; sobre todo la división de Canterac sufrió en extremo. Las tropas de Morillo tomaron algunas posiciones, pero ninguno de los puntos fortificados de la Caranta y Libertad que eran los principales.”

El propio Morillo informa:

“El combate fue sangriento y tenaz; los rebeldes se batían desesperadamente siempre protegidos bajo sus baterías, haciendo fuego de cañón al mismo tiempo desde las de Caranta y Libertad, y estuvieron tan obstinados, que, a pesar de las repetidas pérdidas que sufrían en las cargas de sus caballerías, volvían a los ataques con tal furia que muchas veces estuvieron mezclados entre los cazadores.”

El parte patriota dice:

“El resultado de esta larga acción fue que sólo 300 hombres de infantería protegidos por una corta caballería y por la Caranta derrotaron completamente a los 3.000 valientes con que Morillo nos amenazaba con total exterminio; acción gloriosa para las armas de la República, para timbre de los margariteños y lección que puede servir de escarmiento a los tiranos. Nuestra pérdida fue de cinco oficiales muertos de caballería e infantería, y diez heridos de las dos mismas armas, incluyéndose también sesenta soldados fusileros, y veinte de caballería que rindieron sus vidas cubiertos de honor y gloria. La del enemigo no bajó de quinientos entre muertos, heridos y dispersos.”

Don Napoleón Narváez anota:

“A las cuatro de la tarde dispuso Morillo su retirada hacia Pampatar, que fue tan desastrosa para él como el combate porque caída la noche sin baqueano del terreno y perseguido de cerca, una parte de las fuerzas erró el camino de Pampatar y siguió el que conducía a la playa de Guacuco, donde la laguna fangosa de Gasparico,

unida al mar, les impedía el paso para Pampatar, teniendo que retroceder hasta el Apostadero en donde fueron alcanzados por la caballería patriota pereciendo mucha tropa realista, entre ellas aquel célebre José María Garrigó alcalde famoso que fue de Urreiztieta.”

En lo reñido del combate el propio General comandante de las tropas patriotas Francisco Esteban Gómez recibió dos balazos en la vaina del sable, uno en el plumero que tenía en el sombrero, otro balazo en la grupera de la silla y por último le mataron su caballo. Igual le sucedió esto último tanto al Jefe del Estado Mayor como al sub-jefe.

El Dr. Horacio Bianchi trae un relato que copiado a la letra dice:

“En una casa próxima al viejo convento franciscano, convertida en cuartel, los voluntarios patriotas celebran la victoria con repetidas libaciones y se acaloran las discusiones disputándose las credenciales a los ascensos. Los soldados famélicos se arrebatan la escasa ración de pescado que le servía de sustento por toda la jornada. Las riñas a puñal y sablazos eran frecuentes por diferencias baladíes, a tal extremo que el bravo Coronel Joaquín Maneiro desenvainó repetidas veces el machete para imponer el orden, pero nadie le prestaba obediencia, pues eran difíciles en tales momentos normas de disciplina para aquellos hombres envalentonados por el triunfo.

Varias damas, de fina gracia andaluza, abrigadas con oscuros mantones de seda, se lanzan a la calle y piden auxilio a los vecinos, atemorizados de inminente peligro por haber sido delatadas de tener ocultos en sus domicilios a enemigos de la causa republicana. Hombres armados con lanzas o fusiles las miran con gesto amenazante. De pronto se presenta en escena, lleno de polvo y sangre, el afamado hijo de la villa norteña, enronquecido de tanto dar órdenes en el fragor de la contienda, demacrado el rostro por las continuas vigiliass, más el rudo batallar de largas horas, y blandiendo el espadín que ese día inmortalizó su memoria, increpa con estas palabras muy dignas de Catón a quienes estuvieron a punto de mancillar la proverbial hidalguía neoespartana: “Retiraos a los cuarteles y tened muy en cuenta que la Patria aborrece a quien irrespeta la dignidad de la mujer, o es cruel ante la desgracia ajena.”

El 5 de agosto escribe Morillo a La Torre:

“La división expedicionaria venida de la Península, y del Coronel Don Juan Aldama primera del ejército; se hallan conmigo en esta isla en donde nos apoderamos ya de los pueblos de Porlamar y Pampatar, habiendo batido en diferentes encuentros a los rebeldes. Estos miserables prevalidos de la aspereza del terreno y de sus posiciones piensan defenderse, pero las valientes tropas que tengo a mis órdenes y las medidas que he tomado los reducirán en breve al último extremo.”

Morillo en Pampatar continúa en su empeño de tomar el Portachuelo del Norte. Con este fin se dirige a San Juan por la ruta de Porlamar. Toma el pueblo de San Juan, y quiere forzar la entrada a El Maco; pero es sorprendido por las tropas insulares. El torrencial aguacero que cae ese 7 de agosto impide que la violenta lucha continúe. Morillo pretendía tomar El Maco para caer sobre el Portachuelo del Norte; pero no traspasa el Portachuelo San Juan-El Maco. Ante este obstáculo, Morillo se repliega a su izquierda para entrar a Juangriego por Pedregales. Las tropas margariteñas le salen a su encuentro y tras encarnizada lucha, se refugian en el Fortín donde resisten. Aquí actualizarán la acción de las Termópilas. Nadie quiso sobrevivir a la derrota. El indio Francisco Adrián, que quedó solo en Pedregales, se lanza al mar desde la Puntilla y a nado atraviesa la bahía burlando la escuadrilla española que bloqueaba el puerto, para ir a compartir la suerte que esperaba a sus compañeros de armas. El ya citado Restrepo escribe:

“Al día siguiente (8 de agosto) el ejército español continuó sus movimientos, siguiendo la división de Canterac por la izquierda del Portachuelo mientras que la del Coronel Aldama la apoyaba en su marcha. En breve los independientes fueron atacados con el mayor rigor, pericia y constancia en todas sus posiciones. Los espartanos de Margarita, que apenas eran 200 en aquel día, regidos por el Coronel Fermín, hicieron la más heroica y tenaz resistencia, especialmente en el fuerte de Juangriego, colocado en una altura. Varias veces obligaron a retroceder a las huestes españolas, que sin embargo de sus grandes

pérdidas tornaban al combate. En medio de esta reñida acción incendióse el parque de municiones de los margariteños, lo que provino de la explosión de una mina que tenían preparada para prenderla en el último extremo. Incautamente se le puso fuego antes de tiempo: muchos soldados volaron, se introdujo el desorden y el desaliento en los demás, que huyeron por varias direcciones. La caballería española, que estaba preparada y que tenía a su frente al mismo General Morillo, los persiguió en una laguna de poco fondo, a donde se refugiaron muchos dispersos. Allí todos fueron degollados sin que ningún patriota diera la menor muestra de debilidad ni implorara clemencia del vencedor (...) Todo lo que había en Juangriego cayó en poder de los españoles que incendiaron y saquearon este pueblo: destruyeron también cuanto existía en él que pudiera ser útil a sus moradores, en odio, según decían, de su rebelión. El pueblo de San Juan tuvo la misma suerte.”

José Domínguez Díaz afirma:

“El cerro de Juangriego, formidable posición atrincherada, estaba ya tomado y cubierto de cadáveres; la laguna situada a su espalda, y donde se habían retirado los restos de los que lo defendían, estaba tenida de sangre; el mismo general en jefe se había precipitado en ella con el agua al pecho de su caballo y había hecho exhalar el último aliento a 18 sediciosos...”

Charles Brown, legionario británico, por su parte afirma que:

“Ochocientos esqueletos fueron dejados bárbaramente sin sepultura.”

El propio Morillo, al referirse a la defensa del Fuerte de Juangriego, dice:

“Desde aquel momento presentó el ataque de aquel Fuerte el aspecto más espantoso. Pasaban de quinientos rebeldes de la canalla más atroz y desalmada de la isla, los que le defendían, hombres feroces y crueles, famosos y nombrados entre los piratas de las flecheras, el

terror de las costas de Venezuela, y facinerosos, que cada uno contaba muchos asesinatos y estaba acostumbrado a mirar la vida y la existencia con el mayor desprecio. Estos malvados, llenos de rabia y de orgullo, con su primer ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo (...) Estos llegaron al último extremo de la desesperación y agotaron todos los medios de defensa. No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras de gran tamaño, y como eran hombres membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme con la misma facilidad que si fuese una pequeña. Así tuvimos algunos muertos y muchos heridos a pedradas (...) Nuestra caballería, que para el momento de ocupar el reducto ya estaba prevenida, recibió a los que salieron de él, en unas lagunas poco profundas, donde todos se arrojaron, y allí pereció a sablazos aquella banda de asesinos feroces que ni imploró la clemencia ni hubo uno que diera señales de timidez en medio de la carnicería que en ellos se hizo (...) De esta suerte se concluyó una acción tan sangrienta y empeñada, que allí quedaron tendidos más de quinientos forajidos, que ni aún en el último momento quisieron rendirse.”

Morillo pretende forzar el Portachuelo del Norte; pero no lo logra. Siguen los encarnizados combates. Ante la desesperación originada por la pérdida de Juangriego, por su total destrucción, se sucede un hecho insólito. Francisco Esteban Gómez, desde las salinas de Juangriego reta a Morillo a dirimir la contienda en un duelo singular, con estas palabras:

“General, si la división y vuestros partidarios os abrieron las puertas de Cartagena y os presentaron víctimas que vuestra rabia ha devorado; no es así en este pueblo que tengo el honor de mandar, en donde sólo reina la unión y más acendrado patriotismo. La efímera ventaja que habéis adquirido este día no abate a los margariteños, al contrario aumenta más su coraje. A presencia de vuestras tropas estoy para que sean testigos de vuestro valor, si admitís el desafío que os hago.”

Al no tener contestación se retiró. Morillo permaneció en Juangriego hasta el 10, de donde partió a Pampatar, dejando en Juangriego:

“destruidas la fortaleza y casas que había en este puerto, como también todos los animales y efectos que no pudo cargar y llevar consigo, después de haber cometido excesos y violencias que el pudor prohíbe expresar con la pluma y después de haber ejecutado robos y saqueos aún en aquellos que podían creerse sus favorecidos...”.

Al propio tiempo que Morillo destruía a Juangriego, Francisco Campo derrotaba a 200 hombres que Morillo había hecho desembarcar en el puerto de El Tirano, para que obrasen sobre Paraguachí obstaculizando así todo auxilio a Juangriego.

Morillo llega a Pampatar donde recibió, según él:

“Parte del General La Torre, en que desde la isla de la Granada me anunciaba la funesta y desagradable ocurrencia del abandono de la capital de Guayana y de las fortalezas.”

Así le escribe a La Torre, con fecha 16 de agosto:

“He recibido el Oficio de V. de 10 del actual y quedo por él enterado, así como por la exposición del capitán de artillería, Jefe del Estado Mayor de la 2ª División Don Esteban Díaz, de los últimos desagradables acaecimientos del abandono de las fortalezas de Guayana, y número de buques, tropa y marinería con que V. se halla en esa isla.

“Un buque de guerra de esta escuadra sale inmediatamente para escoltar a V. y a los que le acompañan, y su comandante instruirá a V. verbalmente de las disposiciones que debe tomar.

“La dirección de V. debe ser sobre Cumaná a donde yo me dirijo con el ejército a fin de seguir las operaciones sobre el Centro de las Provincias de Venezuela, que empiezan a verse amenazadas a causa de los resultados de Guayana.

“Si logro reunir caballería suficiente marcharé sobre los enemigos para destruirlos, pues sin este recurso no podrá adelantar un

paso por la inundación de las aguas en los Llanos que imposibilitarán la marcha de la infantería y sin el auxilio de la primera sabe Ud. no se puede emprender ninguna operación.

“Esta isla queda en el mayor estado de impotencia, han perdido más dos mil hombre en siete acciones de guerra, las cuatro flecheras que salieron de Guayana, fueron cogidas, toda su gente degollada en tierra, habiéndoles destruido y cogido todos sus buques, efectos de marina, pesquería y cuanto tenían en las playas y fuertes de Juangriego; sin los acaecimientos que me obligan a suspender las operaciones, estarían muy pronto reducidos estos habitantes o exterminados.”

Con la misma fecha de la anterior le escribe otra carta a La Torre:

“Esta isla hubiera sido reducida a cenizas con quince o veinte días más, pues habían perdido la mitad de su gente y a la mejor; pero los asuntos o las Provincias llaman mi atención, y marchó volando a socorrerlas.”

José Domínguez Díaz es terminante:

“Así pues, o la cobardía, o la imprevisión, o una prudencia mal entendida, dictaron un aviso que salvó a Margarita y que tanta influencia tuvo en la pérdida de las provincias.”

Ante la interrogante que algunos se formulan acerca de que entre los patriotas y los realistas a quién realmente corresponde el título de vencedor en la contienda de Margarita; opinamos que fue a los patriotas, toda vez que Morillo no logró su objetivo que consistía en dominar a Margarita y sofocar su rebelión. Morillo abandona a Margarita y la deja más ardiente de patriotismo que cuando desembarca en sus playas.

El triunfo de Matasiete fue decisivo. Ahí comprobó Morillo la inutilidad de su empeño por vencer a los margariteños. Después de la acción de

Matasiete y el consiguiente retiro de Morillo a Pampatar, las tropas patriotas quedan en estado de continuar la lucha. El 3 de agosto hacen una demostración de las fuerzas con que contaban. Mandan de La Asunción por el camino de Los Robles, 300 hombres de caballería y 200 de infantería. Estos en el Cerro de la Ermita derrotan a una partida realista y toman 17 prisioneros. Después del desastre de Juangriego los patriotas mantienen las importantes plazas de La Asunción y Santa Ana del Norte. La férrea resistencia de los margariteños, la imposibilidad de dominarla y la toma de Guayana, precipitan el que Morillo abandone la Isla. El 17 de agosto de 1817, a las nueve de la mañana, abandona Morillo con las tropas bajo su mando el puerto de Pampatar. Desde esta fecha queda Margarita totalmente libre de toda extraña dominación. Las tropas realistas jamás volvieron a poner su planta en ella.

Level de Goda escribe:

“Morillo en Margarita estaba perdido cuando llegó allí el presbítero Máximo Pérez Matamoros, exaltado realista, con la noticia de la desgraciada batalla de San Félix, y pérdida de la provincia de Guayana con la retirada de todas las fuerzas y la mayor parte del vecindario de Angostura evacuando del todo el Orinoco y yéndose para la isla inglesa Granada, de cuya terrible noticia se aprovechó Morillo para su retirada, dejando a Margarita porque ya tenía que dejarla, y viniéndose a Cumaná, donde hizo desembarcar una parte de los dos mil heridos que traía, y siguió para La Guaira, desembarcando allí, mayor número y remitiendo a Puerto Cabello el resto, que era la parte más gruesa. Vino a esta ciudad y en ella lamentaba los muchos heridos, aunque rebajando lo menos dos tercios del verdadero número, y en sus lamentos confundía y asombraba que todos los heridos lo estuviesen en las piernas. Avergonzado por esa multitud de gente con las piernas taladradas y huesos rotos, siendo esta acaso la única vez que tuvo vergüenza en toda su vida, ocultando con mucho esmero el verdadero número de aquellos infelices, y no quería que fuesen vistos en Caracas, que se supiese nada, por lo cual los repartió en tres puntos referidos (...) No puedo menos que explicar el fenómeno de más de 2.000 hombres

heridos en las piernas, cosa que a Morillo traía sin sombra. Todo margariteño es labrador, marinero y cazador tan fino que donde fija el ojo en puntería pone la bala, y en una de las juntas de guerra que tuvieron en Margarita cuando Morillo se acercaba, reflexionaron que cuando un enemigo caía muerto en acción, solo quedaba uno fuera de combate, sin ocuparse nadie del cadáver, y sin hacérsele caso durante la pelea, los soldados pasaban sobre él, hasta que concluida la acción se recogían del campo los muertos para dárselos sepultura o quemarlos o se dejaban allí abandonados; pero cuando un enemigo era herido, quedaban tres fuera de combate, uno el herido, y dos que le cargaban para llevarlo al hospital o a retaguardia, y el enemigo lo era en las piernas caía, y era mayor el trabajo y la fatiga para sacarle de las filas. Por estas reflexiones acordaron que solamente se tirase a matar oficiales, y se apuntase a todos los demás en las piernas, a herirlos de gravedad. Así me lo comunicaron a mi salida de Puerto Cabello tres margariteños respetables a quienes merecí esta confianza y en las fatigas de algunos expedicionarios sin saber a qué atribuir tantas piernas heridas, les oía yo con calma, remitiéndome a lo depositado en mi pecho”.

El General Francisco Esteban Gómez, en las anotaciones que hace a la Historia de Margarita de Francisco Javier Yanes, escribe:

“Libre la isla de enemigos, el gobernador reunió el ejército en los gloriosos campos de La Pedrera, y después de darles las gracias por la heroica defensa de la isla, por el noble interés con que todos simultáneamente habían cooperado a ella, y por los grandes sacrificios prestados por nuestra libertad e independencia, les dijo: “¡Soldados! Llegó el tiempo que llenos de triunfos y consideraciones volváis al seno de vuestras familias a descansar de las tareas pasadas. Mucho os encargo el cuidado de vuestras armas, y que siempre que la Patria os necesite de vuestros servicios, voléis en su auxilio”; y por último les dijo: “¡Soldados! Tened presente y decid con orgullo, que os encontrasteis en la memorable acción del 31 de julio, y gloriaos siempre de pertenecer al ejército de Margarita, que en el año de 17, supo humillar la arrogancia y altivez de Morillo. ¡Viva la Patria! ¡Viva la libertad! ¡V...!”, fue la conclusión de este acto”.

Entre los héroes margariteños se distinguieron: Santiago Mariño, Juan Bautista Arismendi, Francisco Esteban Gómez, Manuel Plácido Maneiro, Joaquín Maneiro, Juan Miguel y Saturnino Lares, Celedonio Tubores, Nemesio Malaver, Juan Fernando Fermín, Francisco Campos, Pablo Ruiz, Domingo y Ceferino González, Luis Gómez, Cayetano Silva, Juan Bautista Cova, Manuel Rodríguez, Vicente González, Juan Rodulfo, Andrés y Juan Galindo, Juan Manuel Fermín, Policarpo y Andrés Mata, Apolinar Lares, Gaspar Marcano, Juan Manuel Fermín, Francisco Adriano, Juan Bautista Espinosa, Manuel Lego, Benítez, Tenias, José Manuel Navarro, Agustín Reyes, Nicolás Cova, Andrés Subero Noria, Manuel Gamboa, Juan Trinidad Yáñez, Gabriel Silva, Francisco Javier Gutiérrez, Felipe Villalba, Rafael Picaso, José María Paz, José María, Mateo y Gabriel Guerra, Pbro., José Tadeo Rey y Perurena, Loreto Arismendi, Juan Simón Marcano, José Jacinto Rodríguez, Marcos, Gabriel, José Antonio y Joaquín De Silva, Francisco Cedeño, Benito Jiménez, José María García, José Ricardo Mesa, Diego Piñerúa, Manuel Maneiro, Ramón Gómez, Juan Plaza, Nicolás Guevara, José Sarmiento, Rafael y José Rafael de Guevara, Ramón Camejo, Juan José de la Riva, Lucas Ortega, Manuel Rivas, Marcos García, Julián Méndez, Gerónimo Rodríguez, Juan Manuel Aguilera, Francisco Clemente González, Cleto Rodríguez, Félix Bastardo, Juan Bautista y Simón Irala, Pedro Bejarano, Pedro Sánchez, José González, Domingo Rosas, Juan Esteban Figueroa, José Dolores Salazar, Miguel Arocha, Félix González, Juan Lugo, Carlos González, Lucas Lares, Cristóbal Tenías, Diego Rojas, José María Carantoña, José María Bohada, Francisco Barandica, Hermenegildo Moreno, Manuel Hidalgo, José Sarmiento y muchos otros.

* * *

Tanto la llegada de la expedición de Morillo como los acontecimientos que se suceden en Margarita posteriormente, dieron motivo al desborde del humorismo insular. El humorismo margariteño no ha sido estudiado aun.

En el poema de Gaspar Marcano relativo a la guerra de independencia de Margarita en 1816 y 1817, Don Manuel Segundo Sánchez, incluye dos de estas valiosas producciones en verso. Así escribe:

“Ambas proclaman el espíritu jocos y valiente de la raza que, en medio de extremos peligrosos hace fisga de los poderosos contrarios y desprecia la muerte. La que insertamos primero intitúlase “El encuentro del español Pablo Carrera con el patriota Francisco Machuca en las alturas de Matasiete”. Está autorizada simplemente por una rúbrica y nos inclinamos a pensar que ese diálogo proviene de la pluma de Marcano. Cúmplenos hacer constar que la letra con que está escrita esta humorística producción, es del señor José Jesús de Guevara, Vocal Secretario, para 1818, de la Corte de Vicealmirantazgo de la Villa del Norte (...) En cuanto a la segunda sátira, Urreutieta Chamuscado, se halla firmada en el valle de Pedro González, por Patricio Liberato. Aluden estas redondillas a hechos que se realizaron en 1816 durante la dominación del feroz Urreiztieta, cuyo apellido aparece en ellas deformado. Para entonces Marcano no se encontraba en Margarita y no hemos podido averiguar quién fue el patriota que veló su nombre con ese significativo seudónimo”.

Don Arístides Rojas en sus “Pasquinadas de la Revolución Venezolana” trae, relativa a Margarita, una cuarteta y tres décimas, faltando una. La cuarteta dice:

“Regina se está muriendo
Patricia se está casando:
Margarita es la madrina
Zaraza viene bailando.

Según el autor citado, las décimas que dan pie a esta cuarteta, aparecieron contra los realistas en las calles de Cumaná en 1817, después del triunfo de Margarita.

Los realistas también usaban los pasquines, el mismo Arístides Rojas trae el siguiente que hace referencia a Margarita:

“De la Margarita
Gutiérrez salió
Buscando el chinchorro,
Pero se amoló.
Qué conga, qué conga,
Qué conga, señó.
Se amoló Gutiérrez
Por ser un traidor
Fue tanto el machete
Que aterrorizaba
Y dijo Gutiérrez:
Muchachos, al agua
En donde pensaban
Encontrar socorro
Les llegó Guerrero,
Les echó el chinchorro”.

Nosotros reproducimos aquí un diálogo enviado por Moxó, en copia, a las autoridades españolas. Se refiere a la expedición de Morillo del año 1815. Ignoramos las referencias que hiciera Moxó en relación a dicho diálogo. La copia que reproducimos proviene del Archivo General de Indias, Sevilla, Sección Estado, Legajo 69. Irónicamente dice que fue “dado a luz por un genio amante de la causa de España en la América”

“Diálogo entre el Coronel de un Regimiento español, y el Guayquirí Anselmo; a bordo del navío San Pedro Alcántara anclado en la isla de Coche.

Coronel.—¿Qué te parece, Anselmo, este buque, su numerosa tripulación, la multitud de tropa que trae a su bordo, y todos los tesoros que contiene?

Anselmo.—¡Ah, mi señor! Qué grande es. Por acá no hemos visto esto. Mire Smd. la hechura del señor Juan Fermín. Smd. ¿no la conoce? la que apresó la corbeta de doce cañones, parece una hormiguita junto al navío.

Coronel.—Pues toda esta escuadra; los quince mil hombres que conduce, la Inquisición, los frailes, el General Morillo, que viene en ellos traen la paz, el orden, la justicia y la felicidad que no gozábais con los insurgentes.

Anselmo.—¡Bendito sea Dios! Con que mi señor, ¿yo iré a trabajar mi conuco, y mis hijos podrán pescar a la hora que quieran? y mi señor, ¿qué es la Inquisición?

Coronel.—¡Oh! El Santo Oficio: es el Sagrado Fusil, que quema los herejes.

Anselmo.—¿Y también a los patriotas?

Coronel. —Pues; eso es, a los patriotas.

Anselmo.—¿Y los frailes son así como nuestro Padre Coronil, Smd. no lo conoció? Qué santo padre. Mire Smd. andaba su paternidad en un buen caballo allá en Barcelona, con su sable, su trabuco, y sus pistolas matando patriotas.

Coronel.—Esos son los verdaderos defensores de la Religión, y por sus consejos os debéis seguir.

Anselmo. —Y mi general Morillo, es tan buen hombre como Boves? Smd. sabe señor Boves era un blanco muy templado. Cuando su Merced entró en Cumaná mató patriotas que dio miedo; tomo la iglesia por la fuerza, y no hubo chico ni grande, que no cayó.

Coronel.—Nuestro general Morillo es tan buen español como el comandante Boves. Él lo compondrá todo: no tengas cuidado: pocos insurgentes se escaparán, porque está empeñado en pacificar la provincia y ya ves cómo se ha portado con Arismendi y otros.

Anselmo.—Es verdad mi señor, Arrijoja, sino Arismendi, y quince patriotas más fueron empleados en la Ciénaga de Barcelona.

Coronel.—¿Quién te ha dicho eso, Anselmo?

Anselmo.—Un soldado de la fragata que ayer tomó conmigo la mañana.

Coronel.—Cuidado no digas eso; pero tal será el destino de cuantos caigan en nuestras manos.

Anselmo.—¿Y los que están en las Colonias también los cogerá Smd.?

Coronel.—Sí; muy pronto. Ya ha ido a ellas la goleta Fernando VII principalmente traerlos todos a Santomas

Anselmo.—Mi señor, ¿y los dará el señor Gobernador?

Coronel.—Cómo no; si se niega a ello, nuestro general bloqueará la isla, y el Fernidad Ilustrísimo le hará la guerra.

Anselmo.—Pero, mi señor, yo he oído decir que en Santomas hay más de mil patriotas.

Coronel.—Tanto mejor; son unos insurgentes cubiertos de miedo: con los veinticinco hombres que desembarque la goleta basta para amarrarlos a todos.

Anselmo.—Sí, señor; ¿y si se resisten, o los muchachos del pueblo los apedrean?

Coronel.—Entonces será prudente, que se embarque, (y que a medianoche se escape la goleta, quedándose al frente de Santomas para bloquearlo, pero esto no puede ser, el derecho de gentes, y el poder de España exigen se entreguen los insurgentes.

Anselmo.—¿Y se vendrá la goleta sin ninguno?

Coronel.—En caso de resistencia sólo traerá a los verdaderos vasallos de S. M. que entre los insurgentes de Santomas hay algunos que aman su Soberano y la Religión; y ya el General sabe quiénes son. Pero Anselmo, es tarde; vete a tierra; y acuérdate siempre que los que

aman y sirven con lealtad a su Rey son los que únicamente entran en el Cielo, donde van los españoles.

Anselmo.—Los españoles ¡Jesús, mi señor! por eso mi compañero Mateo antes de morir estaba metido en no ir al Cielo porque... pero, adiós, mi señor.

Coronel.—Oye, Anselmo, ¿qué decías?

Anselmo.—Adiós, mi señor, adiós.

Dado a luz por un genio amante de la causa de España en la América.

Es copia, Moxó”.

Margarita queda libre desde el 17 de agosto de 1817. Se disuelven las tropas. Unos van a sus hogares; pero portando el fusil, por si fuere necesario volver a utilizarlo en defensa de la isla. Otros van a Tierra Firme a continuar la lucha hasta el triunfo definitivo. Oficiales y soldados margariteños están en Carabobo y Ayacucho. En el Callao, último baluarte de la dominación española en América, soldados margariteños cambian su muerte por la libertad de un continente.

Libre Margarita, se multiplican los corsarios para obstaculizar la marina realista. Se intensifican las relaciones con las islas extranjeras. Aquí arribará la Legión Británica y la isla contribuirá con sus recursos a socorrer otras regiones de la Patria.

El triunfo de Matasiete no queda sólo como un hecho histórico, como una batalla heroica, como gesto de valientes. Sus consecuencias tienen vigencia en la forja del carácter peculiar margariteño, evidenciado en las tareas de la guerra y prolongado en las fecundas tareas de la paz.

Los margariteños hemos heredado una manera de ser que tiene profundas raíces en la historia y que constituye con nuestras formas sociales y espirituales, el máspreciado acervo tradicional. Sugerente tarea para el sociólogo sería investigar el origen, conformación y permanencia de la inmanencia telúrica del margariteño.

Conservar la tradición histórica del carácter margariteño es una seductora invitación y al mismo tiempo un insoslayable compromiso. Mucho más aun en esta época que entre tantos aportes negativos, tiende a destruir la fisonomía de los pueblos y el carácter de los individuos. Por fortuna –y valga el adagio insular– Margarita, para mantenerse indemne ante la época tiene como elemento de positiva renovación, la fuente inagotable de su historia. Junto con ello la honradez, la modestia, la hospitalidad, la franqueza, el sacrificio, el amor al trabajo y, sobre todo, la consecuencia con esa “Margarita preciosa” de Felipe III, que como dijo el poeta hermano, “de tanto amarla no la dejamos un momento tranquila en nuestro corazón”.

APÉNDICE DOCUMENTAL

1.—Original).

Excmo. Señor Presidente del Estado de Cartagena.

Señor:

Aunque sin oficios del Gobierno de Margarita, por haberlos tirado al mar los capitanes de las goletas Vengadora, Armonía y Carlota, que sucesivamente han ido llegando á este puerto con multitud de emigrados de la Isla de la Margarita que ha sido tomada por una escuadra española que se presentó allí el día 7 del corriente, creo mi deber comunicar á V. E. un acontecimiento de tanta consideración, que puede envolver en infinidad de males esos países, si no se trata inmediatamente de tomar las medidas más activas y eficaces para contener y destruir dicha expedición que seguramente no perderá momento en sus marchas. Al efecto, he tomado de los emigrados más respetables y fidedignos la nota que firmada acompaño. Crea V. E. que es cierta y que no tiene nada de exagerada, según me han dicho todos y muy particularmente los ciudadanos J. Vicente Totesan, Carlos Soublette, Gaspar Maneiro, D. Urbaneja, T. Rivas, M. Plaza y otros muchos.

Por otro buque procedente de La Guaira que llego aquí el domingo pasado, sabemos que parte de la misma expedición estaba entrando ya en La Guaira el día de su salida, que fue el 8 ó 9.

Por la goleta Teresa que llegó a la Margarita cuando ya estaba ocupada por los españoles, y que pudo escaparse afortunadamente, en medio del fuego que se le hacía de la fortaleza, he sabido que los Generales Bermúdez y Arismendi fueron tomados en la misma isla, al tiempo de su entrega, según lo dijo un pescador: dudo que sea verdad, pero con todo, por lo que pueda importar, la pongo en conocimiento de V. E., como también que hasta ahora nada más he sabido sobre la conducta que hayan observado los españoles en aquella isla. Si supiere algo lo comunicaré a V. E.,

De quien con el mayor respeto es su más atento servidor,

M. TOVAR.

San Tomás, Abril 18 de 1815.

N. B.—El buque portador de ésta es la goleta Vengadora, del Estado de Margarita, su capitán Camejo, á quien no se ha gratificado con nada, según entiendo, por la miseria de los emigrados y mía, lo que aviso á V. E. para su inteligencia y que se le premie competentemente su servicio.

M. TOVAR

Es copia.—Cartagena, Mayo 12 de 1815.—5°

Revollo.

Noticias abreviadas por los sujetos más fidedignos que han venido de Margarita sobre la expedición española contra Venezuela y demás partes de esta América disidentes, según los papeles aprehendidos en el bergantín Guatemala, tomado por las flecheras de Margarita, declaración del capitán del buque Don Martin Garrañaga, y otros de los oficiales prisioneros, en especial Don Juan Campos, Comandante de la Compañía de Zapadores.

El 30 de Abril, como a los once del día, hizo señal la vigía de bergantín por Barlovento, enemigo, y que maniobraba como haciendo por el puerto. El Comandante general Arismendi, que se hallaba en Pampatar haciendo alistar una escuadrilla de doce flecheras para salir por la noche para Carúpano, Cumaná y Barcelona, dispuso que en el momento ocho de ellas fuesen contra el buque avistado y le tomasen a la fuerza en caso de resistencia. En efecto, a poco de haberse alejado del puerto abordaron el bergantín, que creyendo al principio fuesen pescadores, las dejó acercar, no tuyo lugar para resistir cuando le hicieron fuego. Aunque sin haber hecho armas, ni demostración alguna de defensa los guaiqueríes saltaron con cuchillo y machete en mano, y sin poder contenerlos sus capitanes mataron tres soldados, un oficial e hicieron al Comandante Don Juan Campos, un sargento y seis soldados.

Después de apresado el bergantín, lo condujeron al puerto de Pampatar, y los prisioneros, en número de sesenta y cinco o sesenta y seis soldados, seis oficiales, quince marineros, capitán y piloto, fueron traídos por la noche a la ciudad y asegurados en la cárcel pública. Acabada esta

operación, se dio principio a la lectura de los papeles que se habían tomado, que eran un libro impreso con el plan de señales de la escuadra, número de buques que la componían, regimientos y demás tropas que conducían, sin especificación de su totalidad, ni las armas, municiones, ni pertrechos. Un libro en que se asentaba el diario de la navegación, las órdenes reservadas y algunas cartas para Buenos Aires.

Por el libro de señales, se componía la escuadra de sesenta y ocho buques, veinte de guerra y los otros de transporte. Los de guerra eran un navío de ochenta, nombrado San Pedro, dos fragatas de cuarenta, una goleta y diez y seis bombarderas. Los regimientos siete, todos de línea, dos o cuatro escuadrones de caballería y compañías sueltas de Zapadores, Obreros, Húsares de artillería, artillería volante y de a caballo. Por las órdenes reservadas se venía en conocimiento que la expedición se dirigía sobre Costa Firme, pues según las reglas prescritas a los buques que se dispersasen, no podían ir para Montevideo, según se decía en Cádiz, y según creían los capitanes de los buques de transporte y aun oficiales de las tropas. Las cartas indicaban la marcha de la escuadra para Buenos Aires, aunque, por una escrita en Cádiz por el amo del bergantín al capitán Garrañaga el diez de Febrero, se traslucía el cambio de la dirección de la escuadra.

Por declaración del capitán Garrañaga, el convoy se componía de sesenta y nueve a setenta velas; el número de tropas que conducía podía ascender a siete mil hombres asaltantes o atacantes, es decir, listos para saltar en cualquier punto, como hasta diez mil entre asistentes, agregados y hombres sueltos, pero dispuestos para hacer la guerra, y como el de quince a diez y seis mil, entre tripulación y dotación de los buques de guerra. Los soldados de infantería traían tres vestidos, su fusil y su sable. Los de caballería sable pistolas y carabina, y a más de la montura de los escuadrones venían hasta el número de dos mil, y los de artillería sables y carabinas. Ignoraba qué pertrechos traían, pero sabía que traían artillería gruesa volante y de montaña. Cinco bergantines cargados de pólvora y un tren completo para pacificar los países que estaban en revolución.

Por el Comandante Campos y demás oficiales se supo que la expedición iba para Buenos Aires, pero que pocos días antes de su salida había llegado el General español que estaba en Montevideo, había pasado a Madrid y trastornándose la dirección de la escuadra. Que ésta venía al mando de Don Pascual Enrile, y que el General de las tropas era el Mariscal de Campo Don Pablo Morillo; que su objeto era el de pacificar la América del Sur y terminar la guerra que nos destruía; que venían varios empleados, una comisión militar compuesta de tres Brigadieres, para juzgar los revolucionarios y pedir cuenta de sus operaciones a los jefes españoles que han hecho la guerra en este territorio; órdenes de Fernando VII, para que todo se olvidase, se restituyesen las cosas al estado que tenían el año de ocho, y cada uno se ocupase en sus anteriores ejercicios, que ninguno sería juzgado por sus opiniones políticas; pero que dos gobernantes o los que habían puesto mano o dilapidado los caudales de la Hacienda real, serían responsables a su reintegro, como igualmente a satisfacer todos los perjuicios que hubiesen hecho a los españoles y demás leales durante la revolución, y salvo el derecho de tercero.

Con estas noticias, no quedando duda sobre la venida de la escuadra, se esperaba por momento; pero no se presentó hasta el día 7 de este mes, entre once y doce de la mañana.

Llegada toda al frente de Pampatar se formó una línea desde la Caranta hasta el Morro, se contaron hasta sesenta y ocho velas mayores y empezaron a echar botes al agua. En esta disposición anochecieron y permanecieron hasta las once del día 8, en el que después de varias señales se hicieron a la vela todos los buques y dejándose correr para abajo, dieron fondo enfrente de Puerto Moreno, extendiendo su línea desde el Farallón hasta cerca de Punta de Mosquitos. Hizo la Comandanta señales de desembarcar los artilleros. Húsares y el Regimiento de Barbastro de línea.

Varias bombarderas y faluchos sondeaban el puerto y una de ellas tiró a nuestra caballería, que estaba a la falda de un cerro, cinco granadas reales.

En este estado anochecieron el 8, y el 9, como a las siete y media de la mañana, una fragata de las de guerra, saliendo de la línea con dos bombarderas se aproximó todo lo posible a tierra y presentó el costado a una sabana, como en actitud de cañonearla para proteger el desembarco; antes de esto el vigía de la parte del Norte había hecho señal de escuadra enemiga por aquel lado.

En tan crítica situación, el Gobierno, palpando la imposibilidad de resistir la enorme fuerza enemiga, determinó abrir negociaciones con el General, y al efecto, haciendo fijar bandera parlamentaria, dirigió un bote con oficio al navío, de éste salió otro bote, y encontrándose, en el tránsito se llevó el pliego: como a las tres horas tiró el navío un cañonazo, enarboló el pabellón blanco y envió el mismo bote, a su encuentro salió el nuestro y se lo entregó al oficial que iba la contestación.

El oficio del Gobierno se dirigía a pedir rehenes al jefe español para entrar en tratados de acomodamiento y convenir en los pactos con que debía rendirse la isla. La contestación de éste, concebida en un lenguaje imperioso y amenazador, desatendiéndose de la petición de garantes, ordenaba que en la misma tarde se enarbolase el pabellón de Fernando VII y se saludase por todas las baterías, a que contestaría la escuadra; que los gobernantes, el Cabildo, los curas y dos hacendados de los más pudientes viniesen a la fragata, que estaba fuera de la línea, a prestar juramento de fidelidad: que todas las armas se recogiesen en las casas consistoriales; que ningún buque saliese del puerto, y que el bergantín Guatemala con su tropa y enseres se incorporase en el momento a la escuadra. Continuaba diciendo que aquel era el lenguaje con que los vasallos suplicaban al Rey, quien siempre benigno y siguiendo la inclinación de su bondadoso corazón había echado un velo sobre los crímenes cometidos contra los hombres, y terminaba felicitándose por no haberse visto en la dura necesidad de hacer derramar la sangre de los margariteños y hacer que el país sintiese los horrores de la guerra.

A este oficio, en que se descubría el carácter orgulloso y fiero de la nación española, sin la más pequeña mutación, determinó el Gobierno se

contestase suplicando tiempo de un día para practicar las órdenes que se prescribían, e insistiendo en la petición de una audiencia a dos emisarios de la isla, para tratar sobre la seguridad presente y futura de las vidas, sobre la conservación de las propiedades y sobre otros puntos interesantes a la felicidad del pueblo y a la tranquilidad de los que entrasen en el gobierno de la isla.

Lo tarde de la noche y el mucho viento en el mar, hizo retroceder el bote que conducía la dicha contesta, y los que no creían en las promesas de los españoles, trataron de aprovecharse del flanco que el enemigo había dejado libre, y salirse en la misma noche.

Hasta aquí lo que puedo informar de la expedición española y de sus operaciones en la Margarita; en el sobre de la contesta del Jefe español se titulaba General del ejército expedicionario y Capitán general de las provincias de Venezuela. Otras noticias corrían en el pueblo, pero estaban faltas de autenticidad o al menos no las oí de boca de los oficiales, ni se encontraban en los papeles tomados. Tales son las de que venían capuchinos, la Audiencia, gobernantes y empleados para toda Venezuela.

M. TOVAR.

Nota.—De las órdenes reservadas a los buques dispersos constaba la dirección de éstos al Este de la isla del Tabago, donde permanecerían cruzando sin dejarse ver hasta cumplir 35 días contados desde la salida de Canarias; que cumplido este tiempo, si no hubiese llegado la expedición ni menos hablado con buques de guerra que debían cruzar en aquel punto, se dirigirían, sin dejarse ver de la Costa Firme, al Nordeste de la isla de la Margarita y de allí al puerto de Pampatar, donde recibirían ordenes; que si esta isla no estaba por los leales se dirigiesen a La Guaira sin entrar antes de haber examinado si el territorio estaba por los españoles, tomando informes en las haciendas y puertos de Barlovento. Si no pudiesen verificar esto, ni encontrado buques de guerra de la escuadra, y sospechasen que el puerto

estaba por los enemigos, se dirigiesen a Santa Marta, tomando antes informes en los pueblos de Barlovento que siempre habían permanecido leales.

San Thómas, Abril 18 de 1815.

M. TOVAR.

Es copia.—Cartagena, Mayo 12 de 1815.—5°—Revollo

2.—Original).

Copia de noticias de Margarita, venidas de Cartagena últimamente.

Para noticia del Gobierno de Cartagena creo de mi deber el informe, que la goleta Tetis (que ha llegado este día) tocó en Curazao el lunes último (17 del corriente) que el que suscribe fue a tierra en un bote para adquirir noticia, y supo de Mr. José Foulke, negociante en aquella plaza, del Capitán del puerto, y de otras varias personas, que el próximo sábado (17 del corriente) hizo una semana que arribó a la isla de Margarita una escuadra española compuesta de un navío de línea, algunas fragatas y corbetas de guerra y transportes, por todo, sesenta y siete buques, trayendo a su bordo, a lo que decían los españoles, diez mil hombres de tropa; pero según otros de Curazao tal vez éstos no pasarían de cinco o seis mil.

Un pequeño buque llegó a Curazao de La Guaira el domingo último, con noticia de que una fragata perteneciente a la mencionada escuadra había llegado a aquel puerto y desembarcado trescientos hombres.

En la isla de la Margarita, según informaron algunos de los emigrados de que dos buques pequeños llegaron llenos a Curazao, había capitulado; pero no fiándose ellos de la capitulación, se escaparon: otros han dicho que se rindió sin capitular. El que escribe tuvo esta noticia de Mr. Foulke, del Secretario del Gobierno y otros dos; y habiendo sabido con mucha satisfacción que ningún buque de aquella escuadra había pasado aun a Sotavento, y que

probablemente se detendría a refrescar en La Guaira, se determinó a continuar el viaje a este su destino. Es lo que tengo el honor de informar.

C. G. BARUTER,
Sobrecargo de la goleta Tetis

P. D. —Se decía que una expedición estaba para salir contra Margarita de La Guaira y Puerto Cabello, hacia el tiempo en que oyó de la llegada de la escuadra española.

C. G. B.

Bocachica, 20 de Abril de 1815.—5º—Es copia. —Revollo.

Es copia.—B. Méndez.

22. —Del Archivo).

ALEJANDRO PETION, PRESIDENTE DE HAITÍ, AL GENERAL MARION,
GOBERNADOR DEL DEPARTAMENTO DE LOS CAYOS.

Mi caro General:

Deseando el General Bermúdez pasar cuanto antes a su patria, a fin de cooperar a libertarla del yugo realista, os suplico le ayudéis a aprovechar la primera oportunidad que se presente para transportarse en unión de los oficiales compatriotas suyos que quieran seguirle, sea por vía de las islas vecinas de la Costa Firme, o sea por la misma Costa Firme directamente: y os suplico de tratarlo durante su permanencia en los Cayos con las más altas consideraciones, recomendándolo como un Jefe de la más alta y digna consideración del Gobierno.

Os saludo amistosamente.

Puerto Príncipe, Abril 22 de 1816.—Año 13 de la independencia.

PETION.

23.—Del Archivo).

BOLETÍN DEL EJÉRCITO LIBERTADOR DE VENEZUELA,
NÚMERO 1°

Cuando la desgraciada caída de Cartagena hizo creer a nuestros tiranos que iba a terminarse la contienda con los defensores de la independencia de la América del Sur, se vio continuar con asombro el fuego de la libertad en la isla de Margarita.

Los restos dispersos de Venezuela y Cartagena se reunieron en la ciudad de los Cayos, República de Haití, y el Capitán General de los ejércitos de la Nueva Granada y Venezuela, Simón Bolívar, concibió el grandioso proyecto de auxiliar a aquella isla, y libertar a toda Venezuela. Los magnánimos sentimientos del Comandante General de marina, Capitán de navío, Luis Brión, contribuyeron eficazísimamente a allanar todas las dificultades; y el 31 de Marzo dio la vela la escuadra independiente, a sus órdenes.

Después de una navegación sumamente feliz, reconocimos el 1° de Mayo las islas de los Testigos, y a las 6 de la tarde del mismo, estando al O. de ellas, a distancia de ocho leguas, se puso la escuadra en facha para esperar el amanecer del siguiente día.

Luego que amaneció, hizo la escuadra derrota al O.; y a las 7 de la mañana se vieron las islas de los Frailes y al mismo tiempo las alturas de la Margarita. A las 9, cantó el vigía vela enemiga al O., que salía por abajo de la tierra, corriendo con las amuras a estribor, y se reconoció ser una goleta grande de gavia. Poco después se avistó un bergantín, también enemigo, corriendo la misma vuelta que la goleta, ciñendo al viento: y entonces dispuso el Comandante que siguiese la escuadra el mismo rumbo que los buques mencionados, así para llevarlos fuera de la tierra, como para reconocer con mayor facilidad el fondeadero de donde habían salido. Verificado esto, se hizo formar la línea de batalla; y clavando el pabellón nacional al palo mayor, dejó la Comandante correr sobre el bergantín y la goleta, que al momento tomaron

caza, largando alas y todas las velas que pudieron, corriendo al N. O. La goleta, cuya marcha era superior a la del bergantín, quiso ceñir más el viento, cuando el Comandante dispuso que las goletas General Mariño, Júpiter y Conejo le dieran caza, y que los demás buques siguiesen las aguas de la Comandanta sobre el bergantín.

A la 11 del día, habiendo llegado a tiro de fusil, dispuso el Comandante que la goleta Constitución atacase al bergantín por babor, y la Comandanta rompió sus fuegos de artillería con sus gruesas piezas por estribor del bergantín, el cual nos correspondió con su artillería y fusilería y con bastante actividad.

La goleta Constitución dirigía sus fuegos de artillería por la codera de babor del enemigo; y luego que estuvieron muy inmediatas rompió el fuego nuestra infantería, continuando el de artillería; en pocos momentos se desmanteló al enemigo que resistía siempre con la mayor tenacidad: en este tiempo fue herido el Comandante de Marina, y el Capitán de Fragata Renato Beluche tomó el mando de la Comandanta y de la escuadra y sufriendo un fuego terrible abordó la Comandanta al enemigo que infructuosamente intentó rechazarlo; pero nuestros valientes marineros, habiendo tomado posesión del alcázar de popa, hicieron retirar a los enemigos a la bodega y arriaron la bandera española. Se encontró al Capitán de dicho buque muerto en la cámara de un balazo en la cabeza, al piloto y al cirujano; y sobre la cubierta y bodega, 42 muertos y 31 heridos, ahogándose muchos por haberse arrojado al mar. El bergantín es el de guerra nombrado Intrépido, de 14 cañones de a 8, entre los cuales 6 culebrinas de bronce, con 140 hombres de tripulación y su Comandante, el Teniente de fragata, Don Rafael La Iglesia.

A las 5 de la tarde, después de algún tiroteo de ambas partes, arrió la goleta el pabellón a la nuestra, General Mariño, que estaba en actitud de abordarla, y se encontró al Capitán gravemente herido, 16 entre muertos y heridos. La goleta es la de guerra nombrada La Rita, armada con una pieza de a 18 en colisa, dos carronadas de a 24 y dos cañones reforzados de a 8, con

90 hombres de tripulación; su Capitán, el Alférez de fragata, Don Mateo Ocampo.

Por nuestra parte sólo tuvimos a bordo de la Comandanta siete muertos, entre ellos el bravo oficial de marina Barthelemy, y ocho heridos; y a bordo de la General Mariño dos, levemente heridos.

El Comandante General de Marina y el Capitán de fragata Renato Beluche se condujeron en el combate de este día, con toda la bravura y habilidad que justamente se esperaba de su valor y conocimientos; y el Capitán General altamente satisfecho, elevó en el acto al primero al carácter de Almirante, y al segundo al de Capitán de navío: los capitanes, oficiales y tripulaciones de los buques que entraron en combate, llenaron satisfactoriamente su deber; y los demás quedaron con el sentimiento de no haber encontrado enemigos que combatir.

Nuestras operaciones de este día han terminado el bloqueo puesto a la parte Norte de la isla, cayendo en nuestro poder las únicas fuerzas que lo hacían, como habría sucedido con cuantas se nos hubieran presentado; y en el mismo instante habríamos entrado en comunicación con la heroica isla de Margarita, si la aproximación de la noche no hubiera obligado al Comandante General interino de Marina, a ponerse en facha para aguardar el amanecer del día siguiente, en el que lo verificamos a las 8 de la mañana.

Cuartel General de la Villa del Norte, en la isla de Margarita, a 3 de Mayo de 1816.

SANTIAGO MARIÑO,
Mayor General.

30.—Del Archivo)

JUAN BAUTISTA ARISMENDI, GENERAL EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS
DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA, ETC. ETC.

A los habitantes de Margarita y sus ilustres defensores.

El Jefe Supremo de la República no ha podido contener la efusión de su corazón al contemplar vuestras virtudes y vuestro valor: tantos sufrimientos y sacrificios no se sepultarán en el olvido.

Margariteños:

Vuestro Libertador no os abandona: parte con nuestros hermanos a romper las cadenas de los venezolanos que gimen oprimidos, y a forzar a las tropas de Pampatar a abandonar sus fortificaciones, o perecer de miseria. Si no ha dado el asalto, es por economizar vuestra sangre.

Nos ha dejado municiones y fusiles para armar toda la isla, y va satisfecho de que los intrépidos republicanos, que desarmados sacudieron el yugo, y arrollaron las mejores tropas veteranas en cuantas funciones le han presentado, no pueden ser vencidos por sus reliquias refugiadas en Pampatar, ni por fuerza dobles o triples.

El bloqueo queda levantado, el comercio expedito, y Margarita con el orgullo de haber sido primera que en el tercer período de la República enarboló el pabellón tricolor, lo sostuvo sola por seis meses contra todo el Imperio español; y a la llegada del Capitán general de los ejércitos de la Unión, lo puso en sus manos cubierto de triunfos.

El destino de la República se ha fijado en nuestro suelo: el poder se ha centralizado: las divisiones territoriales, que en las épocas pasadas nos debilitaron hasta hacernos sucumbir, se han abolido. Ya no hay en Venezuela más que una familia, una República, un Supremo Jefe. Este fue el voto general de la Asamblea del 6 de este mes.

Valientes margariteños:

Mi ambición está satisfecha con haberos acaudillado en tan gloriosa empresa, y con haber merecido la aprobación del Supremo Jefe. Redoblemos, pues, nuestros sacrificios: sigamos con ardor la senda que nos abre nuestro inmortal Libertador: sus huellas nos conducirán a la gloria: su espada pondrá en nuestros pies la cerviz del español soberbio; y muy pronto veremos vengada la República en todos los ángulos de Venezuela.

Cuartel general de la ciudad de Margarita, Mayo 26 de 1816, 6° de la Independencia.

JUAN BAUTISTA ARISMENDI

32.—Original).

JUAN BAUTISTA ARISMENDI, GENERAL EN JEFE DE LOS EJÉRCITOS DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA.

A las tropas que militan en Pampatar.

Desgraciados margariteños que gemís en Pampatar bajo el yugo feroz de la iniquidad española; acaba de llegar a mis manos la Proclama del General Morillo fechada en Ocaña el 24 del Marzo último y obedecida por el General Pardo el 24 del corriente. Las descubiertas que obran sobre el pueblo de la Mar las descubrieron ayer. Su risible y ridícula narrativa, está reducida en primer lugar: a alucinaros asegurando que para aquella fecha había marchado ya en vuestro socorro el Coronel Morales con sus tropas, coronadas de nuevos laureles.

Que pronto le seguiría él mismo con el resto de su ejército.

Que su escuadra estaría para aquel día sobre estas playas y que nuevas tropas de España llegarán a sus puertos.

En segundo lugar, repite sus cansadas y fastidiosas intimaciones a los defensores de la Libertad e Independencia de Margarita, para que, o arrojen las armas y se presenten al Jefe español que les amparará, o se decidan a parecer. Añade que antes dejará de existir la España, que dejar de exterminar los asesinos y perjuros contumaces que abriga esta isla.

Y en tercera, se dirige a pintarme con los colores más negros de traidor y perjuero, declarando que no habrá para mi clemencia, y que mi cabeza caerá como la de otros.

No hay cláusula que no sea una fanfarronada, característica en lo general de la nación española y muy favorita de los cabos y sargentos de su ejército. El señor Morillo cree sin duda que las Américas subsisten en el mismo estado de inocencia y candor en que las hallaron sus descubridores. Entonces un eclipse del sol proporcionaba un imperio. Mas ahora un ejército de muchos miles no sofoca un solo pequeño Estado. Testigo sois vosotros mismos de esta verdad con el ejemplo que han dado un puñado de impertérritos hombres de Margarita.

El señor Morillo sólo trata de sacrificaros, convirtiéndoos en juguete de su ambición. Si no podía ignorar su impotencia física y moral, y el tiempo que es el mejor testigo, había de convencer Su maldad, ¿para qué aventuró tantas ofertas? ¿Dónde está el Coronel Morales y sus tropas, que para el 24 de Marzo habían marchado ya en vuestro socorro? ¿Qué se ha hecho el señor Morillo que le seguía con el resto de su ejército? ¿Qué rumbo ha tomado la escuadra de S. E. que para aquella fecha la suponía sobre estas playas? ¿Y qué suerte, en fin, han corrido las nuevas tropas de España que debían llegar a sus puertas. ¡Qué! ¿En tres meses que van corriendo no han podido remontar? ¿Cómo es que ha llegado primero que el ejército la proclama en que se da por remitido, aunque a los dos meses de su data? O yo no lo entiendo, o el señor Morillo es un...

Margariteños: los españoles, cuando impunemente invadieron el Nuevo Mundo, a pretexto de la Religión santa de Jesucristo que ellos mismos han

destruido profanando el santuario, y hasta el Sacramento del Altar, asesinaron 15 millones de habitantes. Su impotencia entonces robusteció la tiranía, porque con ellos al frente no podían gozar lo que usurpaban. Lo mismo hacen ahora. Tocan como imposible continuar poseyendo las Américas, por el grito general levantado en todas ellas; y resuelven de común acuerdo hacer la misma carnicería que en su descubrimiento, asesinando a todo humano viviente, sin perdonar los niños que aun existen en el vientre de sus madres. Vosotros lo sabéis muy bien. Sería ofender vuestros oídos si repitiese ejemplares. Basta sólo recordaros un Zuazola, un Rosete, un Boves, Yáñez. Martínez y otros monstruos que abortó la tierra.

El mismo ejemplo siguen el Capitán General de Caracas Maxó y el Gobernador de ese desgraciado pueblo, Urreistieta.

El primero manda al segundo deseche toda humana consideración y fusile irremisiblemente a todos los que sigan con armas o sin ellas la causa porque luchamos, sin formar proceso ni sumario, sino un breve Consejo verbal de tres oficiales. Lo mismo había decretado seis días antes el segundo, ordenando no se diese cuartel a ninguna persona y que se quemasen los pueblos. ¿Queréis ver mayores monstruos, ni pruebas más convincentes de sus inicuos designios? No es invención: así consta de los pliegos tomados a Don Juan Garrigó en una de las derrotas que han sufrido, y que acompaño impresos bajo el número 1º.

Son unos cobardes, indignos de competir en campaña, ni fuera de ella con el carácter y bravura americana. Todas sus esperanzas las libran en vosotros mismos, con la bien fundada idea de que si perecéis en la lid, logran de este modo el total exterminio porque se desvelan. Sin vosotros, es tan precaria su existencia, que al momento que les faltéis abandonarán su torpe empresa. Detestad para siempre esas fieras, y no temáis un solo momento volver a vuestro seno, en donde padre, parientes y amigos os recibirán franca y generosamente, dándoos la hospitalidad de que por tanto tiempo y que por un equivocado concepto de opiniones políticas habéis estado privados. No os

dejéis alucinar por más tiempo, ni permitáis continúe el sentimiento de que están poseídos vuestros hermanos por el desvío.

Es una astucia criminal imperdonable del General Morillo, la de los ofrecimientos que os hace para divertirlos y obligaros a perecer en la empresa. Este aventurero está tocado del frenesí. Iguales insinuaciones hizo desde Mompos el 1º de Marzo, asegurando que parte de su ejército venía a ayudar a Venezuela y que su escuadra navegaba ya a sus puertos.

Yo lo compadezco en sus delirios. Para robustecerlos, invoca al Todopoderoso, a quien pone por testigo de sus iniquidades y recomienda la humanidad de su monarca, con otros juegos de palabras con que pretende sacar partido.

Al paso que por una parte este nuevo pacificador de la América del Sur ha sido recientemente derrotado, en términos que sólo por la oscuridad de la noche pudo escapar y refugiarse en Ocaña, dejando a discreción del enemigo todo su ejército, por otra la España arde en una guerra civil la más sangrienta. Sobre la desgraciada suerte en que se hallaba el 26 de Abril de 1815, que reservadísimamente comunicó desde Madrid su Ministro General de Indias al Inspector General de las mismas en Cádiz, manifestándole que sólo el matrimonio del Rey y el Infante Don Carlos, con la segunda y tercera hija de los Príncipes del Brasil, era la única ánora de que podía asirse la nave para no perderse (habla de la España); pues estaba por momentos amenazada de irse a pique, porque allí no hay piloto a quien obedezca, ni se puede esperar sobre el estado de miseria en que yacía el Tesoro real, en términos que apenas se habían podido conseguir, cuarenta y cinco mil pesos para habilitar los buques que habían de transportar a sus Altezas; lo que obligó a implorar de la Junta de Cádiz supliese lo que faltase. Sobre el temor prudente del Inspector, reproduciendo el triste cuadro de la España y del porvenir que el mismo aseguró, debía temerse sobre todos estos antecedentes que más por menor constan de las misivas de aquellos Ministros que impresas os acompaño bajo el número 2º, recomendándoos su nota ilustrativa: en el día están interceptadas en la Península todas las comunicaciones: no hay

seguridad pública: sus habitantes se ven sujetos al capricho de los salteadores o asesinos que invaden el territorio y conspiran contra el partido de la tiranía y el liberal. Hoy mismo he recibido auténticamente estas noticias.

Deducid, pues, qué socorros podrán venir de la España, cuyo Gabinete ruega ya al de la Inglaterra no se analice su situación en los papeles públicos.

Igual de que podrá proporcionar el señor Morillo reducido a Ocaña, dictando órdenes severas para que de Maracaibo y Caracas se le remitan socorros. Cada uno de estos Jefes los necesita para sí; en circunstancias de haber ya el último oficiado a Curazao y San Tomás, a fin de que se le envíen cuantos buques de transporte haya, con el objeto de salvar las familias comprometidas. Este conflicto no lo debéis extrañar.

Desde el 23 de Noviembre último en que aquel Gobierno envió al de Pampatar la compañía del batallón de la Corona, manifestándole eran todos los auxilios que estaban a sus alcances, le previno que luego que calmasen los sucesos de esta isla se la remitiese, porque se hallaba amenazado por todas partes, y le hacía suma falta. Así consta del impreso número 1 citado.

No hay Jefe español que no claudique, figurándose que con solo el imperio de su mando puede avasallarlo todo. En aquella época se veía el de Caracas amenazado por todas partes, y sin duda creía defenderse o sostener con la compañía que remitió, y pedía se le devolviese. En efecto, habrá ido en cenizas, porque sus cadáveres, todos muertos por nuestras armas en el campo de batalla, los dimos al fuego. Si tal era el conflicto en aquel entonces, ¿cuál será en el día, que la República tremola sus estandartes en el Llano, Barinas, Trujillo, Mérida y el resto del Occidente? La solicitud de buques de transporte lo manifiesta claramente. Todo tirano es cobarde y jamás espera al enemigo.

Vosotros no necesitáis de transportes, porque presentándoos a nuestro ejército seréis en todos tiempos bien recibidos; pero estad en cuenta que esos protervos inicuos os abandonan en el momento más preciso, encargándoos la defensa de esa plaza para contentaros. Creen que de este modo os dejan

convertidos en blanco de nuestras iras. No tardará mucho este abandono, pues para la fecha estará ya ocupada por las armas de la República toda la Costa Firme, fronteriza desde Güiria hasta las inmediaciones de Cumaná. Todos sus habitantes se han presentado voluntariamente a tomar las armas, con otros muchos que vivían en las espesuras esperando este momento.

Además, sabemos por cartas fidedignas que habiendo tenido el Gobernador de Guayana la osadía de salir a batir nuestras tropas, compuestas de 2.700 hombres al mando del General Cedeño, con sólo 500 fusileros, fue cortado y destruido enteramente. Logró salvarse este nuevo asesino y refugiarse en sus trincheras; pero en breve perecerá en ellas o se rendirá a discreción.

¡Margariteños! No os dejéis burlar más: manifestad con firmeza que sois americanos, y que componiendo todos una familia, debemos odiar para siempre a nuestros enemigos. No es ya el tiempo en que se os engañaba con las sombras como cuerpos permanentes. Son muchos y repetidos los desengaños que habéis tenido de las iniquidades del Gobierno español, y recientemente más que en otros tiempos. Los españoles jamás han respetado la buena fe, la ley, ni su palabra.

Estos convencimientos, calificados de un modo irrevocable y lo justo de la causa que se defiende, han uniformado en tal manera la voluntad general, que todos y cada uno de los guerreros que militan bajo mis órdenes, están resueltos a morir en la empresa antes que sucumbir ignominiosamente.

Ellos desprecian altamente aun la realidad de esos fingidos socorros; olvidándose del imposible físico en que se hallan los caudillos principales para remitírselos, quisieran tuviese efecto, para que de este modo, saliéndose a batir en el campo del honor, viesen su último exterminio. Pero si de este modo abandonarán los españoles sus posiciones. Temen, y con razón, correr la incauta suerte que todos los demás que ha sacrificado nuestro valor. Por siete veces se les ha auxiliado, y sólo les quedan unos tristes restos de los 2.000 hombres que desgraciadamente han militado bajo sus órdenes.

Si en la misma presente lucha, con sólo 21 fusiles batieron y derrotaron a toda la guarnición enemiga, compuesta de 600 soldados de línea que les presentó el Jefe español Urreiztieta, ¿que no se prometerán ahora con 4.000 fusiles que están a su disposición, y una gruesa artillería bien municionada? La razón dicta que no quedarán ni las cenizas de sus opresores.

Y si a sólo 21 fusiles no pudieron competir 600 infantes de línea, ¿cuántos necesitaran para 4.000? Saquen la cuenta los mandatarios, y deduzcan si bastarán cuantas tropas tenga sobre las armas su decantado Rey Fernando en la cadavérica España.

Muy bien ha vaticinado el señor Morillo que dejará de existir ésta, antes que dejar de exterminar a los asesinos y perjuros contumaces que abrigan la isla. Está resuelta la cuestión. La España ya no existe sino en el nombre y como juguete de las demás naciones. La América, que tiene no pequeña parte en esta diversión, principia a disfrutar de sus derechos y a ocupar en el mundo el rango que la corresponde.

Todos están ciertos que si la España tuviese poder, jamás abandonaría sus empresas y miras ambiciosas. Pero llegó ya el día en que gimiese, para que expié los crímenes que la cubren de oprobio por su inicua conducta contra las Américas. No le queda, pues, otro recurso que ocurrir al Papa para que por otra Bula le sostenga los derechos exclusivos que sobre el Nuevo Mundo le concedió Alejandro VI.

Diga cuanto quiera el General Morillo sobre mi persona: nada me importa, cuando mi conducta está a cubierto ante las naciones más cultas. Sus amenazas son como ladridos que dan los perros a la luna. Mi cabeza está bien segura sobre mis hombros; y si S. E. se hallase capaz de atacarla en persona, tendré el partido de la iniquidad para perpetuar al hombre en la operación y esclavitud en que S. E. y sus causantes están acostumbrados a vivir. Yo el de la justicia, que es la libertad civil del hombre y sus sagrados e imprescriptibles derechos.

Diga, pues, su más parcial, si habrá juramento que me ligue a que conspire contra mí misma existencia y la de todos mis semejantes.

Españoles despreocupados o conducidos por la fuerza a la violencia de ser verdugos o asesinos de la especie humana: a vosotros también me dirijo. Todos estamos penetrados de que obráis contra vuestros sentimientos, y que acostumbrados a obedecer, sufrir y callar, careciendo de conexiones y amistades, y lo que es más, de confianza, estáis temerosos de unirnos a nosotros. No dudéis hacerlo: venid seguros de que hallaréis toda fraternidad y protección. No os arredren las exageradas ponderaciones que os hacen de nuestra conducta. Somos severos con los tiranos, piadosos y justos con los humanos. Vuestra presentación voluntaria será el mejor distintivo que en todos tiempos os pondrá a cubierto de toda asechanza. Viviréis tranquilos en un país feraz, que os proporcionará vuestra subsistencia y os hará detestar para siempre la ingratitud del en que nacisteis.

Cuando carecía de recursos y obraba como Jefe Supremo de la isla, las circunstancias me obligaban a deliberaciones contrarias a mis sentimientos, con el santo fin de conservar intacto el ejército de mi mando y la seguridad personal de estos habitantes. Felizmente ha desaparecido esta dura y fuerte obligación que oprimía sobremanera la sensibilidad de mi alma.

La aparición gloriosa del Excmo. señor Capitán General de los ejércitos de Venezuela y la Nueva Granada, Simón Bolívar y su numeroso ejército, transportado en una respetable y terrible escuadrilla, al mando de su Almirante el Excmo. señor Luis Brión, ha calmado mis temores y cuidados, y transformado mi conducta. Antes carecía de todo: ahora todo me sobra para destruir perpetuamente y para siempre, los enemigos de la humanidad. Antes era responsable a Venezuela y al mundo entero de mi conducta: ahora reposa sobre la responsabilidad del Supremo Jefe, el mismo Capitán General Bolívar, a quien por la abdicación espontánea que le hice del mando, por la aclamación de todos los pueblos y por la investidura con que lo caracterizó el Congreso de la Nueva Granada, se ha confiado esta representación soberana. Ceñido a sólo obedecer, no me queda más que cumplir.

Cuanto os he manifestado es su voluntad; por la misma conservo ilesos los prisioneros de guerra españoles, tomados a discreción en gran número en el bergantín y goleta apresados. Conservaré a todos los que de grado se me presenten; pero no perdonaré al que en el campo de batalla sea tomado antes de rendirse. Sea cual fuere la conducta de los españoles, autores principales de la guerra a muerte, con sus mutilaciones y escarnios que principió Zuazola, yo no faltaré a las órdenes del Jefe Supremo de Venezuela, si ellos respetan el derecho de gentes. Ese es mi deber, y éstos los fundamentos cardinales de toda sociedad civil.

Cuartel General de la ciudad de la Asunción, 30 de mayo de 1816. 6° de la República.

JUAN BAUTISTA ARISMENDI

Por orden de S. E.,

Antonio Herrera,
Secretario.

Es copia de los que han puesto los enemigos en la inmediación del pueblo de la Mar, y que me ha dirigido el Comandante de aquel punto.

Pampatar, 4 de junio de 1816.

Juan Bautista Pardo.

147.—Original).

BOLETÍN DEL EJÉRCITO LIBERTADOR, MARGARITA DEL
VIERNES 13 DE JULIO.

Por fin se ha vuelto a abrir la campaña en la isla de Margarita.

El general Morillo se presentó en el puerto del Guamache con veintidós velas, el día 14 de este mes.

Luego que los vigías dieron parte de esta novedad, el señor general Francisco Esteban Gómez ordenó al señor Mayor General del ejército, coronel José Joaquín Maneiro, marchara a las costas del sur a contener al enemigo.

Este intrépido jefe, con cuatrocientos hombres de infantería y ciento cincuenta de caballería, sostuvo un vigoroso combate de cuatro horas, de tal manera que obligó al enemigo a permanecer en las playas y cerro de la Vela, sin atreverse a registrar el campo de batalla, ni adelantar un paso en dos días, con tres mil combatientes, mientras él se acantonó en las alturas de las Cuicas y Bancolargo.

Una acción tan disputada como otra de las más distinguidas de Venezuela, infundió en los españoles el terror y el sobresalto: y su jefe, que creyó repetir el suceso de la época pasada, envió un parlamentario el día 17 prometiendo al pueblo de Margarita todos aquellos bienes que ningún español es capaz de dar al americano más apasionado suyo. Se contestó en el mismo día; pero tal vez no hubo quien viniera a recibir la contestación.

En esta acción gloriosa murieron el teniente Félix González, subteniente Miguel Arocha, de infantería; de caballería, el teniente Nemesio Malaver, y salió herido el Mayor General de caballería, coronel Celedonio Tubores.

En la tropa hubo siete muertos y veinte heridos.

Nuestras tropas pelearon como tienen de costumbre. Los españoles temblaron mientras estuvo vacilante la victoria, y la multitud de muertos y heridos fue muy considerable, según informaron los pasados; pero en el campo se encontraron diecisiete soldados y un oficial; y los margariteños esperan multiplicar el número de unos y otros.—Cuartel General en Sabana Grande, 13 de julio de 1817.—Pablo Ruiz, Subjefe del Estado Mayor.—Es copia—Eugenio Ruiz, Secretario de Guerra.

177.—Original).

BOLETÍN DEL EJÉRCITO LIBERTADOR DE MARGARITA
DEL VIERNES 25 DE JULIO.

Inmóvil el enemigo en sus posiciones por espacio de dos días, trató el Mayor General de retirarse dos leguas al centro del valle San Juan, para que adelantando aquel sus marchas en persecución de nuestro ejército, lográramos darle una acción en la Sabana Grande donde pudiese operar la caballería; pero el temor le hizo faldear los cerros, y nunca aproximarse al llano.

A consecuencia de aquella retirada, y de no haberse conseguido el intento, convocó el General en Jefe una junta de guerra, y en ella se resolvió que se retirara el ejército todo a la línea del Caranay en el pueblo de San Juan, con el objeto de que nuestra caballería no padeciese, y de alejar al enemigo de sus buques a medida que nuestros recursos se facilitaban y le poníamos en la estrechez y necesidad de buscarnos en nuestras posiciones ventajosas.

Situado el ejército de Margarita en el Caranay, el del enemigo, protegido por sus buques, marchó por la costa del Sur. En la Cruz del Pastel tuvo un encuentro con nuestra caballería y a la entrada de Porlamar con una división que al mando del Comandante, teniente coronel Luis Gómez, guarnecía aquel punto.

Esta se sostuvo hasta que su Comandante salió herido, que se retiró en orden a la ciudad.

Apoderado el enemigo de los escombros de dicho pueblo, penetró en el Valle del Espíritu Santo, en donde hubo algunas escaramuzas y, por último, fue evacuado.

Como en la junta de guerra se resolvió destruir las fortalezas de Pampatar y abandonarlo, y como el tiempo no dio lugar a que se verificase, la

guarnición que se hallaba allí, viéndose atacada por toda la fuerza del general Morillo el 24, defendió el punto con empeño y se retiró en este día a la capital.

Concentradas nuestras fuerzas en los principales pueblos de la isla y en los puntos más defendidos y ventajosos, se expidieron por el General en Jefe las órdenes más eficaces para la defensa, que se ha continuado con el mayor entusiasmo.

Cuartel General en la ciudad, 25 de julio de 1817.—José Maneiro, Mayor General.—Es copia: Eugenio Ruiz, Secretario de Guerra.

179.—Del original).

**BOLETÍN DEL EJÉRCITO LIBERTADOR DE MARGARITA,
DEL MIÉRCOLES 1º DE AGOSTO.**

El jefe de los españoles, considerando llenas de terror las tropas de Margarita por haberse reconcentrado en la capital y sus principales partidos para atraer al enemigo a su entera destrucción, se presentó el 31 de julio, a las siete de la mañana, formando su línea en las alturas del cerro Matasiete, compuesta de dos mil europeos y seiscientos criollos de guayuco.

Al mismo tiempo llamó la atención con sus buques por los puertos del Manzanillo, Costanza y Juan Griego, imponiendo a su parecer el espanto por medio de su continuo cañoneo.

El General en Jefe de nuestro ejército, luego que observo aquella operación del enemigo, recorre inmediatamente los diversos puntos en donde había situado sus tropas, las incita al valor y al vencimiento, haciéndoles concebir que es una afrenta preferir la vida al honor.

Todo el ejército gritó al expirar su voz, que se apresurase la batalla, pues que apetecían antes que ser vencidos la muerte, y juraban otra vez salir vencedores.

Entonces, sin que el enemigo observase nuestras operaciones, mandó al Mayor General del ejército emboscara las tres compañías de cazadores de los batallones General Bolívar, General Mariño y General Arismendi, desde la quinta de Hidalgo hasta el Guamal; que la caballería se colocase de San Francisco a la Casa Fuerte que está al pie de Caranta, y que todas las alturas se reforzaran.

Concluida brevemente esta operación, el enemigo, después de haber hecho alarde de su fuerza, y observando nuestras posiciones, comenzó a bajar el cerro, dejando en su cima tan sólo el cuerpo de reserva con el general Morillo, ocupando sus cazadores las empalizadas y pies de cocos inmediatos, desde la huerta de Espinosa hasta la de Gerónimo Rodríguez, en cuya casa estaba apoyada el ala izquierda de su ejército.

A las ocho y media se observó bajar (de vueltas de una escaramuza que hizo el coronel Pablo Ruiz con ocho carabineros) dicho cuerpo de reserva, quedando aquel jefe con su Plana Mayor y como cien hombres emboscados a su inmediación, y habiéndose aproximado al centro se emprendió a las nueve, de parte y parte, un fuego tan vivo en ambas líneas, que pareció arderse la isla en sus contornos.

Trató el enemigo de cargar por el flanco izquierdo sobre nuestros cazadores de ala derecha, pero la Caranta rompió el fuego con tal acierto, que lo obligó a retroceder con bastante pérdida.

Recorriendo el General, el Mayor General, y el subjefe del Estado Mayor toda la línea, animando al sangriento y obstinado choque, trayendo a la memoria los pasados combates en que Margarita ha dado al mundo entero maravillosos ejemplos de valor, les mataron casi a un mismo tiempo sus caballos y siguieron mandando la acción a pie hasta que los repusieron.

Ya el enemigo comenzaba a flanquear por el ala derecha, pero se mantenía con todo tesón la izquierda y el centro.

Viendo el jefe la firmeza del enemigo, mandó que sesenta hombres de caballería llamasen la atención por la de Cazorla, y cincuenta carabineros y lanceros fuesen a incomodar al enemigo por La Noria; y conociendo que ninguno de estos movimientos le consternaba, se puso a la cabeza de la caballería, con el objeto de romper el ala izquierda, aunque no se logró por impedirlo las empalizadas, a favor de las cuales formó el enemigo su columna maciza.

A las dos y media de la tarde se dio parte de que éste iba subiendo el cerrito Colorado frente a la Libertad, cuya operación conoció el General era menos por atacar aquel punto que por llamar la atención.

Nuestras tropas, firmes y constantes, nada les atemorizaba, y si se reanimaban al ver deshechos los cuadros y columnas que a cada movimiento de nuestra caballería formaba el enemigo.

Turbado el centro e izquierda de su ejército por la muerte del jefe que la mandaba y destrozo que había sufrido, avanzó el General velozmente con la caballería, logrando en esta vez matar dos oficiales y once soldados.

A las tres y cuarto, las tropas que ocupaban el cerro Colorado bajaron a marcha redoblada a incorporarse con el resto de su ejército, en cuyo tránsito perdieron mucha gente.

Ya desde estos momentos se observaba ir de retirada el enemigo al abrigo de las empalizadas y bosques, sosteniéndose únicamente parte del ala izquierda y reserva en columna maciza, y nuestras tropas en disposición de perseguirlo; hasta que con la oscuridad de la noche pudo escaparse a Pampatar.

Esta acción, una de las más gloriosas de Venezuela, ha hecho conocer a los españoles que Margarita jamás aumentará el número de los pueblos infelices que sufren su despótica dominación.

Trescientos hombres de infantería, protegidos por la caballería y la Caranta, han derrotado los tres mil que condujo Morillo para pulverizar la Margarita.

¿Qué sería de él si nuestro jefe hubiera consentido que la masa general entrara en la lid?

Así que de nuestra parte hubo la pérdida de cinco oficiales muertos entre infantería y caballería; de aquéllos, los capitanes edecán Juan Lugo, Carlos González, Cristóbal Tenías, subteniente Lucas Lares; y de éstos, el teniente Manuel Espinosa. Heridos, teniente coronel Diego Rojas, capitales José María Carantoña, Waldo Rojas, José María Bohada, tenientes Cleto Rodríguez, Francisco Barandica y Hermenegildo Moreno, de caballería; de infantería, capitán de la compañía de honor Manuel Hidalgo, teniente José Sarmiento, subteniente José Antonio Marcano.

De la tropa perdimos en la acción, de los primeros, veintiuno; y de los segundos, setenta.

El enemigo perdió, según cálculo prudencial, y por uno que se pasó, entre muertos, heridos y dispersos, quinientos hombres, aunque en el campo tan solo se encontraron setenta, sin incluir cuatro oficiales, cuarenta fusiles, veinte cananas, sesenta bayonetas, doscientos paquetes de cartuchos de fusil y ocho sables.

El incomparable valor de nuestro General excede los límites de la ponderación. El de la oficialidad y tropas, fue tan extremado que el elogiar en particular a algunos sería agraviar a los demás. La fama pública llevará a los confines del universo los hechos singulares con que cada cual se distinguió, y la patria reconocerá en todos el relevante mérito que les adorna.

Cuartel General de la ciudad, 1° de agosto de 1817.—7°—José Maneiro, Mayor General.—Es copia: Eugenio Ruiz, Secretario de Guerra.

En **Memorias del General O'Leary**. Tomo XV. Documentos. Caracas. Imprenta de la Gaceta Oficial, 1881.

INFORME DE MORILLO

“Hace algunos días que estoy detenido para marchar a Margarita, por la absoluta falta de víveres y para aprovechar el tiempo de mi detención, determiné hacer la expedición sobre Cariaco que ha sido tan feliz. Los recursos que han venido de Caracas y de La Guaira han sido tan escasos, que apenas ha habido para mal vivir muy poco tiempo. Sin embargo, con alguna anticipación hice los pedidos correspondientes al señor Capitán General y superintendente de estas provincias manifestándoles las ruinas del país y las miserias que íbamos a experimentar, como en efecto nos hemos detenido todos en Carúpano bastantes días mantenidos con carne de burros, caballos, perros y gatos, sufriendo con la mayor constancia toda clase de privaciones y trabajos. Tal es la pobreza del país, que perecen de necesidad hasta los pocos habitantes que han quedado. Tengo aviso de que 150.000 raciones iban a salir de La Guaira para esta plaza, y con algunas pocas que aquí existían he hecho salir parte de la escuadra para embarcar en Carúpano el batallón de Burgos y la columna de cazadores que están en aquel punto a las órdenes del Brigadier Canterac y desde éste saldrán para reunirse en la isla de Coche, el regimiento de Navarra. La división del Ejército del mando del coronel Don Juan Aldama, se halla ya en marcha desde el Chaparro a Barcelona, donde ha subsistido hasta ahora, alimentándose sólo de carne, único que ha tenido por espacio de ocho meses; vendrá a esta plaza y con ella seguiré a Margarita a incorporarme con las fuerzas del brigadier Canterac”.

“Sobre el desembarco y reñido combate en la isla Margarita por la punta de Mangles, escribía al Ministro desde el Cuartel general de los Barales a 17 de Julio de 1817”:

“Luego que me hallé con algunos acopios de víveres, de los que se me remitieron de La Guaira, suficiente para diez o doce días, hice salir varios buques transportes y de guerra con la corbeta “Descubierta”, al mando del capitán de fragata don Francisco Topete, para recibir en Carúpano al brigadier Don José Canterac, que estaba allí con el batallón de Burgos y algunas compañías de cazadores, previniendo a este jefe se dirigiese a la isla

de Coche donde yo me hallaría. Efectivamente en aquel fondeadero me reuní con Canterac el 13 del actual, y teniendo ya junta la expedición, compuesta de sólo el regimiento de Navarra, el batallón de Burgos y dos compañías de la Unión de Barbastro, se dieron las disposiciones convenientes para verificar el desembarco en punta de Mangles, cuya playa, según los informes del comandante de la escuadra y de los prácticos pareció la más segura y a propósito para nuestro intento.

El 14 se situaron las fuerzas navales a lo largo de la costa que se había elegido, colocándose atrevidamente la corbeta “Diamante” sobre la misma playa en disposición de batir los enemigos y proteger el desembarco. Todo ese día se pasó en recorrer la costa, y las flecheras cañoneras en varios puntos amagando en uno de ellos con fuego muy vivo para llamar la atención del enemigo y figurar por allí el desembarco. Varios grupos de ellos, de infantería y caballería, se veían por la playa, excitando con sus ademanes, voceríos e insultos a que saltásemos a tierra. Todo estuvo listo para verificarlo el día siguiente 15, que atracada la corbeta “Diamante” lo más que pudo contra tierra, prontas las lanchas cargadas de tropas, al rayar el día rompió el fuego sobre la playa el bosque que la cubría por varios parajes, y todos los buques menores marcharon para tierra. En pocos minutos se formaron en columnas las compañías de cazadores, avanzadas algún tanto en un pequeño espacio despejado que ofrecía el terreno, el cual se rodeó de varias guerrillas que cubriesen sus avenidas, ínterin se desembarcaban al resto de las fuerzas.

Pero los rebeldes, que se habían situado en el punto que las flecheras amenazaban con su fuego, no tardaron mucho en aparecer y atacar intrépidamente nuestras guerrillas. Al instante se puso en movimiento la columna de cazadores, y rompió el fuego sobre los enemigos marchando por el centro del bosque.

Cuatro compañías de Navarra siguieron por la derecha con el brigadier Canterac, venciendo los obstáculos que se le presentaban, y yo, con parte del batallón de Burgos seguí el movimiento de los cazadores, enviando algunos destacamentos por la izquierda que era el punto donde presentaban menos

fuerzas los enemigos, y en breve, así como la tropa de Burgos se empeñaron en la acción. El resto de la división seguía desembarcando.

Estos malvados, prevalecidos de la aspereza del terreno y de los multiplicados inconvenientes que la Naturaleza ha puesto en su desleal suelo, hicieron la defensa más obstinada y sangrienta, defendiendo el terreno palmo a palmo, el cual fue regado con sangre de ellos y de nuestros valientes.

Al separarse veinte pasos de la playa en punta Mangles empieza un bosque espesísimo de tunares y arbustos enramados, que sólo producen pencas largas cubiertas de abrojos. Las matas, esparcidas por el suelo, las que cruzan entrelazadas en todas direcciones; las hojas, el tronco, todos son espinosos y con puntas agudas que taladran el zapato, las botas y el vestido. Por entre ellas, hiriéndose y destrozándose el cuerpo, fue menester penetrar para ir desalojando a los rebeldes que, como prácticos, de algunas pequeñas veredas por donde apenas se puede pasar a la desfilada, se retiraban haciendo un fuego vivísimo y a quemarropa, siempre encubiertos y sin que tuviésemos otra dirección que sus tiros y el humo.

El brigadier Canterac, a quien envié orden para que marchase por la derecha protegiendo mi movimiento, que sólo podía conocer por los tambores y las descargas, se encontró en la crítica situación de haber de penetrar por una estrechísima senda, donde apoyados los rebeldes entre las tunas, les cerraban el paso con el mayor denuedo, haciendo tanto daño que a los primeros tiros le mataron varios granaderos de Navarra y le hirieron muchos otros. Entonces, mandando cesar el fuego y dando la voz “Viva el Rey”, se lanzó a la cabeza de la columna y la bayoneta desalojó a los enemigos, hasta que, llegando a sitio abierto y despejado, pudo reunir su tropa y seguir la carga con más ventaja.

Las compañías de cazadores que, batiéndose con la fuerza principal de los rebeldes, siempre los llevó en retirada por aquellas espesuras, ayudadas del bien dirigido fuego de la parte del batallón de Burgos que seguía conmigo, se vio cargado de repente por toda la caballería enemiga al salir a un corto

recinto abierto que ofrecía el bosque, y tuvieron que formar precipitadamente en columna para resistirla; pero asomando al mismo tiempo los soldados de Burgos, fue bastante para que aquélla desistiese de su intento y que pusiese en fuga con la muerte de uno de sus jefes, varios oficiales y muchos soldados, cuyos caballos y monturas quedaron en nuestro poder. Desde entonces fueron ya batidos en todas partes, y aunque, en el principio de la acción que duró más de tres horas, no dieron ni un solo paso adelante, saliendo ya nuestras columnas a un campo más limpio, donde se veían los enemigos a cuerpo descubierto, no los dejaron fijarse en ningún punto, en todos fueron deshechos y arrojados, y dejaron el suelo cubierto de cadáveres.

Fatigada la tropa en una penosa marcha de más de legua y media en que vinieron batiéndose, clavados y destrozados con las espinas del bosque, muertos de sed con la fuerza del calor, y sin haber aun llegado el resto de los batallones que estaban desembarcando, mandé hacer alto, después de apoderarme de todas las casas y alturas donde los enemigos se habían abrigado el día anterior. Ahí se reunió toda la división y se dieron órdenes para desembarcar víveres y aguada.

Los rebeldes, con la ventaja del terreno de que son tan prácticos, y que, sin duda, es el peor del mundo, pues toda la isla se halla cubierta de los mismos áridos y espinosos bosques, se batieron con un denuedo y osadía de que apenas hay ejemplo, si se considera una reunión de habitantes de todas clases y condiciones que, en rebelión, han tomado las armas. Su número de más de 1.000 hombres y 200 caballos, resistieron tenazmente a 800 de nuestros soldados que pudieron oponérseles y les disputaron la marcha y la victoria con mucho encarnizamiento.

La retirada la verificaron con el mayor orden, y no hubo mata ni árbol en que no se sostuviesen con tanto valor como las mejores tropas. El fuego fue muy sostenido y empeñado y estos desleales prueban con demasiada evidencia que están decididos a defenderse, y que sólo podrán domarse por la fuerza.

Nos hemos apoderado de un buen puerto, y dominado una extensión de terreno que facilitará continuar nuestras empresas teniendo un punto fijo y seguro donde desembarcar la primera división del ejército al mando del coronel don Juan Aldama”.

“En el campamento de los Barales (Cuartel General de Porlamar, 23 de julio de 1817) me vi obligado a permanecer cinco días por la absoluta falta de agua y de prácticos que me enseñasen la dirección de algunos pozos o jagüey donde suelen conservarlas. En esta isla hay un muy corto número de arroyos, que en el verano se secan y disminuyen considerablemente, de suerte que es una de las más penosas e insufribles privaciones que se padecen en ella. Algunos naturales de la isla, y un espía que fue aprehendido, indicaron varios parajes donde había pozos y aunque fueron reconocidos, todos se encontraron secos. Era muy arriesgado moverse sin marchar a un punto determinado en que se encontrase agua sin exponerse a perder muchos soldados ahogados del calor en los secos y desiertos arenales que habíamos de atravesar, mayormente si los enemigos se oponían a nuestra marcha.

Entre tanto determiné intimar al comandante de ellos remitiéndole una proclama para los habitantes en que les ofrecía, en nombre del Rey nuestro señor, el perdón de sus crímenes si se sometían, desde luego, como V. E. se servirá observar por las adjuntas copias, destinado al alferez de húsares de Fernando VII, don José Portero, para que fuese a llevar el pliego hasta sus avanzadas. Este oficial cumplió perfectamente con su encargo, y aunque por lo pronto lo recibió amigablemente el comandante del primer puesto a quien entrego el oficio, observo a pocos momentos que destinan algunos hombres armados sobre el camino por donde debía regresar y temiendo con fundamento quisiesen asesinarlo, se retiró inmediatamente con toda la prontitud que permitía su caballo. Después, los enemigos nada han contestado y han seguido defendiéndose.

El 20 del actual desembarcó en Punta de Mangles el coronel don Juan Aldama, comandante general de la primera división, con parte del regimiento de La Unión y el batallón de cazadores de la Reina Doña Isabel que

componían en todo la fuerza de mil doscientas plazas, y como este jefe y otros de los que le acompañaban habían hecho anteriormente la guerra en esta isla, tuve informes más seguros y exactos. Al día siguiente me puse en movimiento sobre el pueblo de Porlamar y aquella noche acampé en el hato de Marcano, de donde la compañía de granaderos y cazadores del batallón de la Reina arrojaron a los rebeldes, posesionándose de un jagüey abundantísimo de agua en que pudo refrescar la tropa, y nos libertó por la primera vez de la escasez y penalidad con que desde a bordo se nos surtía de aguada. Continué la marcha al amanecer enviando el batallón de la Reina con compañía de La Unión al mando del bizarro teniente coronel don Eugenio Arana, sobre el valle de la Margarita, del cual se apoderó batiéndose con un Cuerpo de 600 rebeldes, que fueron arrollados y perseguidos, cogiéndoles un cañón de a 8 y un pedrero en los términos que expresa el adjunto parte.

El resto de las fuerzas siguió conmigo para penetrar por la playa en el pueblo de Porlamar. Poco antes de llegar la tropa a sus inmediaciones ya estaban algunas flecheras batiendo el fuerte y cañoneando la playa, y los rebeldes, con la fusilería y dos piezas de artillería se defendían; pero al avistar nuestras guerrillas y la columna con que marchó por la izquierda el brigadier Canterac para envolverlos; luego que empezó el tiroteo clavaron los cañones, incendiaron el pueblo, las flecheras y buques que tenían varados, un alambique lleno de bocoyes de ron y todo entregado a las llamas se fugaron al monte y a los bosques. Fue en vano perseguirlos por más de dos leguas; se dispersaron y muy pronto desaparecieron de nuestra vista; algunos que con anticipación marcharon por el camino Real que va a La Asunción llevaban, al parecer, un cañón arrastrando según se mostraba por las señales de la rueda; pero bien pronto supimos era solo la cureña cuando encontramos el cañón enterrado. Nos hemos apoderado del fuerte, del pueblo y el valle y de tres cañones de 8 y 12, además de los cogidos por don Eugenio Arana con alguna batería y saquillos de metralla.

El incendio se apagó al instante y todos los trabajos del fuerte se repusieron durante el día. Aquí ya encontramos un pequeño arroyo que sirvió del mayor contento a todas las divisiones, pues que pudieron refrescar y

templar el calor abrasador que nos había consumido los días anteriores sobre la seca arena de estas playas.

“El 24 del corriente (Pampatar, 26 julio 1817) salí de Porlamar con designios de apoderarme del pueblo y fuertes de Pampatar, adonde los rebeldes se habían hecho firmes recibiendo a cañonazos los primeros buques que en el día anterior se presentaron delante del punto. Las fortificaciones de éste y la de los cerros inmediatos son formidables: Hay un castillo, la Batería de la Caranta, el Cerro de Pan de Azúcar, el fuerte del Calvario, la batería de Hosteriz, la de los Dragones y una porción de reductos y trincheras que circunvalan la población.

Hice marchar al coronel don Juan Aldama con el batallón de la Reina doña Isabel y el regimiento de La Unión por el pueblo de Los Robles, para caer por detrás del fuerte de Pan de Azúcar a interponerse en el camino que desde Pampatar va a la ciudad de La Asunción, con el fin de quitarles toda comunicación con los rebeldes de ella, y dejar a éstos completamente aislados. Mi ánimo por entonces se reducía a encerrarlos estrechamente en sus posiciones, donde no podían tener grandes repuestos de víveres e irme apoderando sucesivamente de los reductos y baterías, a proporción que pudieran desalojarlos de los primeros puestos.

Yo marché por el camino de Porlamar y me situé rodeando las alturas de los fuertes del Calvario, Hosteriz, Covián y las trincheras, haciendo avanzar a las órdenes del brigadier don José Canterac, las compañías de Cazadores y el batallón de Burgos, por todos los cerros inmediatos para reconocer bien las fuerzas del enemigo y aprovechar la primera ocasión favorable de atacarlos.

Entretanto, las flecheras y lanchas obuseras mandadas por el teniente de fragata don Andrés Tosta y los oficiales de la escuadra se aproximaron a medio tiro del castillo de San Antonio y batería de la Caranta, rompiendo un fuego vivísimo sobre estos puntos y arrojando granadas con mucho tino a todos los demás.

Los rebeldes contestaron arbolando su pabellón tricolor y haciendo fuego desde todas las baterías, particularmente desde la del Calvario, donde con bastante acierto hicieron caer algunas balas muy próximas a la columna que formaba el regimiento de Navarra al pie de las montañas, pasando por encima de ellas las demás hasta el mar.

La columna del coronel Aldama, que venía marchando a interponerse y cortar el camino de la ciudad, impuso sobre manera al enemigo, quienes con haber sufrido el estrago de algunas granadas que cayeron en los fuertes, principiaron a salir de las baterías y a subir por el monte. Los cazadores y el batallón de Burgos, conducidos por el intrépido brigadier don José Canterac subiendo bajo el fuego de los rebeldes por aquellos precipicios, y con la fatiga y cansancio que es consiguiente en este clima abrasador, se apoderaron del empinado cerro de Pan de Azúcar y del fuerte del Calvario. Una de las piezas que tenían en el castillo fue desmontada por el fuego de las flecheras, la batería de la Caranta sufrió también bastante estrago y desde este momento conocimos que los rebeldes empezaban a abandonar las baterías y fugarse.

Yo me apoderé de las trincheras y del pueblo con el regimiento de Navarra; las flecheras y lanchas atracaron a la playa y tomaron el castillo de San Antonio y la batería de la Caranta, pudiendo solo la aspereza del terreno y la fragosidad de los montes impedir que cayesen muchos de estos malvados en nuestras manos; pues es de tal naturaleza el país, que un solo paso de ventaja vasta para hacer desaparecer en la espesura de las tunas y abrojos al enemigo que huye.

El coronel Aldama no pudo, por más que hizo, llegar a tiempo de interceptar el camino; pero viendo a los rebeldes con alguna caballería, que se retiraban por él adelantó los cazadores del batallón de la Reina, que cargaron a la carrera y mataron e hirieron bastante gente, entre ellos algunos oficiales. Estos bizarros soldados se condujeron con el mismo valor de siempre, haciendo un fuego tan vivo sobre el enemigo, que en breve todo lo dispersaron y pusieron en desorden.

El pabellón de S. M. tremola en todos los fuertes de Pampatar, y hemos asegurado con su posesión el punto más importante de toda la isla. Ofrece un puerto seguro para la escuadrilla, comodidad para el establecimiento de hospitales, almacenes, parques y depósitos del ejército, pudiendo desde él dirigir nuestras empresas a cualquiera parte de la isla que nos parezca más ventajoso para concluir con los rebeldes.

Hemos tomado 28 cañones de los calibres de 18 y 24, entre ellos algunos inútiles; algunos quintales de pólvora, cuatro grandes bocoyes de alquitrán, muchas balas de cañón, saquillos de metralla, útiles y otros efectos de guerra.

Luego que entramos en este pueblo, se presentó un paisano que tenía un prisionero natural de Carúpano, con su mujer, que pudieron escapar dos días antes desde la ciudad, y nos informaron que los rebeldes que huyeron de Porlamar el 21 al entrar en ella, atumultaron la canalla y dieron muerte a machetazos, de la manera más bárbara y cruel, al teniente coronel, capitán del regimiento de Barbastro, don Juan Luxán, y otros tres españoles europeos, y dos más americanos que tenían prisioneros. Tal es la ferocidad y carácter sanguinario de estos malvados.

“El mariscal de campo don Salvador Moxó (Cumaná, 24 de agosto de 1817), capitán general de estas provincias, se ha ausentado de ellas en los momentos más críticos y apurados, abandonando su gobierno y dirección cuando más se necesitaba de la energía y actividad del jefe principal que estaba a su cabeza. Las adjuntas copias instruirán a V. E. de su resolución, de lo dispuesto por la Real Audiencia y de la elección hecha en el brigadier don Juan Bautista Pardo para obtener el mando interino.

No puedo ni las muchas atenciones que me rodean me permiten, manifestar a V. E. la multitud de complicados acaecimientos que han determinado por fin al general Moxó a tomar tan escandaloso partido, de que pueda tal vez tener V. E. noticias por otros conductos; pero a pesar de la confianza que me mereció aquel jefe de las recomendaciones que hizo a favor suyo a S. M. y de las esperanzas que en él fundaba para la tranquilidad de

estas provincias y auxilio del ejército que conduje desde el Nuevo Reino de Granada, he visto, con harto sentimiento mío, que no ha correspondido a mis deseos, y que la suerte de las tropas, las operaciones de la guerra, la opinión de los pueblos, han sufrido considerablemente del sistema que estableció y de muchas infundadas y perjudiciales providencias. El crédito de la Real Hacienda está perdido, ésta se halla exhausta, y los diferentes cuerpos que han operado en campaña, lo mismo que las guarniciones, han sufrido toda clase de males y de miseria.

Basta sólo para formar una idea del gobierno del general Moxó la dislocación en que han quedado todos los ramos de su administración, y la opinión pública que se ha adquirido. Estoy pronto, cuanto sea necesario, a suministrar cuantas noticias se me pidan relativas a dicho jefe, y sólo me anticipo a dar este aviso. V. E. para que se digne poner en conocimiento de S. M. la separación voluntaria que ha hecho el general Moxó de su Capitanía General, y el estado penoso, difícil y abandonado en que todos hemos quedado”.

“Habiendo determinado (Cumaná, 28 agosto 1817) marchar sobre la ciudad de La Asunción, capital de esta isla (Margarita) con ánimo de amagar mi entrada en ella y apoderarme del Portachuelo llamado del Norte, salí de Pampatar con las divisiones del brigadier don José Canterac y coronel don Juan Aldama la noche del 30 de julio último para estar al amanecer sobre las posiciones enemigas. Mi objeto era tomar el Portachuelo, que es un paso estrecho entre dos altas montañas por donde se comunican desde la ciudad al pueblo del Norte, y siendo ambos puntos los que tenían fortificados y con más recursos para vivir, arrasar las inmediaciones, entorpecer la comunicación y tener subdivididas sus fuerzas, a fin de que pudiesen ser atacados con más ventaja.

Marchó el ejército por el camino de la ciudad hasta la altura de la casa de Cazorla, donde, por un movimiento de flanco, atravesó el valle y se situó a la falda del cerro Matasiete. Fueron reconocidas las baterías de la ciudad al alcance de la llamada de la Caranta, y siendo entonces necesario dar algún

descanso a la tropa, fatigada con la penosa marcha de la noche, fragosidad del camino y subida de los cerros, recibieron las divisiones orden para acampar en los cocales en el descenso de la cuesta, haciendo avanzar a la columna de cazadores de la primera división con el objeto de proteger las demás del ejército y asegurar el paso hasta el río de la ciudad, adelantó él sus tiradores. Esta columna estaba mandada por el teniente coronel del batallón de Clarines, don Francisco Jiménez, y se componía de parte de su batallón y de las compañías de cazadores de la Unión y de la Reina.

Los enemigos, luego que nos observaron, guarnecieron sus fortificaciones y coronaron de gentes los altos cerros, en que tienen sus baterías, que es donde se refugia la población. Su caballería vino a situarse al pie del reducto de la Caranta, destacaron un Cuerpo de Infantería que por entonces no adelantó del pie de los fuertes e hicieron al mismo tiempo marchar por nuestro flanco derecho otra columna cuyo número no se pudo reconocer con exactitud, porque la desigualdad del terreno, las bardas y corrales de las huertas y una arboleda espesísima la ocultaban a nuestra vista.

La división expedicionaria estaba formada a la izquierda de la línea que en aquel momento formaban nuestras tropas, y la primera del ejército apoyaba su derecha sobre el mismo río de la ciudad.

En este tiempo los rebeldes, que desde sus alturas veían perfectamente la colocación del ejército, y observaron que los tiradores, apoderados del río, protegían la aguada que hacía la tropa, adelantaron sus fuerzas de improviso, y a favor de la espesura rompieron un fuego horroroso sobre los cazadores. Estos rechazaron el ímpetu con el mayor denuedo; pero cargados al mismo tiempo por la caballería, hubieron de empezar a retroceder. Hice reforzar los cazadores por el batallón de Burgos, en que se apoyaron aquéllos; pero aumentando sus fuerzas los rebeldes con mayor número de tropas y repetidas cargas de caballería, fue indispensable ir empeñando poco a poco las nuestras hasta que, a las diez de la mañana ya la acción se sostenía por la mayor parte de las tropas.

El combate fue sangriento y tenaz; los rebeldes se batían desesperadamente, siempre protegidos bajo sus baterías, haciendo fuego de cañón al mismo tiempo desde las de Caranta y La Libertad, y estuvieron tan obstinados, que, a pesar de las repetidas pérdidas que sufrían en las cargas de su caballería, volvían a los ataques con tal furia, que muchas veces estuvieron mezclados entre los cazadores.

Fueron desalojados sucesivamente de varias posiciones que les ofrecían las casas y empalizadas de las huertas, como también del espeso bosque de cocales.

La pérdida del enemigo ha consistido en casi toda su mejor caballería con muchos oficiales de todos grados y considerable número de muertos y heridos, calculando, por los que se vieron en el campo y la multitud de heridos, que subían a los fuertes, que no bajarían de 200 los primeros y más de 450 los segundos”.

“El ejército de mi mando (Cumaná, 28 de agosto 1817) se puso en movimiento sobre Porlamar el 6 del actual, con el fin de pasar a las Playas del Norte y apoderarse del puerto de Juangriego, que era donde tenían los rebeldes toda su marina, con tres grandes flecheras y una balandra que acababa de llegar de Guayana conduciendo heridos, tomándoles, además, dos reductos con seis cañones y algunas casas fuertes construidas bajo sus fuegos. Esta operación debía privarles absolutamente toda comunicación exterior, quitarles cuantos recursos pudieran recibir de colonias y de algunas fuerzas que probablemente tendrían que emplear en la defensa de dichos puntos.

El 7 al amanecer, ya estaban las divisiones sobre el pueblo de San Juan, y un cañonazo que oímos nos anunció que los rebeldes, habiendo observado nuestro movimiento, se alarmaban para recibirnos.

Todo se verificó con el mayor suceso, y en muy pocos momentos quedamos posesionados de la posición que ocupaban los rebeldes. El capitán

de dragones don Joaquín Somoza, muy práctico en el país, condujo la columna con mucho acierto y se distinguió por su valor.

Los enemigos retrocedieron hasta unas casas inmediatas, donde reforzados con gente que les llegó del Norte, se decidieron a ocupar nuevamente el punto de que acababan de ser arrojados. Fueron extraordinarios los esfuerzos que hicieron para conseguirlo; aunque repitieron los ataques con resolución todo fue en vano; nuestros soldados los rechazaban siempre, causándoles muchas pérdidas. En este tiempo un nublado horroroso descargaba sobre nosotros, y la abundancia del agua al paso que hacía casi impracticable el terreno, inutilizaba todas las armas. Los rebeldes, que habían tenido la mayor parte de las suyas a cubierto, nos hacían un vivísimo fuego a quemarropa, y fue menester que los soldados, cargándoles denodadamente, los hiciesen desistir a bayonetazos de su empeño, habiendo visto igualmente la inutilidad de las tentativas que en varias ocasiones hicieron con su caballería.

El ejército permaneció esta noche ocupando el pueblo de San Juan y las posiciones que habían tomado al enemigo, sin que hubiese durante ella novedad alguna.

Al amanecer se continuó el movimiento. La división expedicionaria marchó por la izquierda del Portachuelo de San Juan, a posesionarse de las alturas que hay a la izquierda de las baterías y fuerte de Juangriego.

Mientras que la división expedicionaria operaba así por esta parte, la primera, que había marchado por su izquierda, se apoderó de las baterías que los enemigos tenían en la playa, con las que estaban haciendo fuego a los buques de nuestra escuadrilla que se iban acercando, y desalojándolos sucesivamente de los parajes por donde quisieron hacer resistencia, logró en muy poco tiempo que fueran replegándose sus puntos más fortificados. Los rebeldes, que batidos en todas direcciones se habían ido reuniendo, eran ya muy numerosos, y aunque para atravesar la playa y trepar el cerro en que se hallaban hubieron de arrostrar nuestros soldados el horroroso fuego de cañón

y fusilería que les hacían, logramos posesionarnos del primer fuerte del cerro, que era el mejor artillado, y estrecharlos en el que estaba en la mayor elevación.

Los batallones de la primera división que se habían apoderado a la carrera de todas estas posiciones del enemigo, no lo habían conseguido sin gran fatiga y cansancio, y llevado de su arrojo, apenas hubo 200 hombres reunidos de los batallones de Clarines y Granada, que, sin aguardar a sus compañeros, continuaron a tomar el fuerte principal. Los enemigos, que estaban resueltos a morir, recibieron esta pequeña columna con un fuego muy sostenido, salieron de su reducto, la rechazaron y acabaron a cuchilladas con los infelices heridos que llegaron hasta seis pasos del parapeto.

Desde este momento presentó el ataque de aquel fuerte el aspecto más espantoso. Pasaban de 500 rebeldes de la canalla más atroz y desalmada de la isla, los que le defendían, hombres feroces y crueles, famosos y nombrados entre los piratas de las flecheras, el terror de las costas de Venezuela y facinerosos, que cada uno contaba muchos asesinatos y estaba acostumbrado a mirar la vida y la existencia con el mayor desprecio. Estos malvados llenos de rabio y de orgullo, con su primera ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplos en las mejores tropas del mundo.

Poco después que retrocedieron los de Clarines y Granada, llegó el regimiento de La Unión, que había quedado de reserva, se formó con él y demás tropas nueva columna, y si bien retrocedieron todavía a pesar del impulso y vigor con que atacaron el reducto, por la fiereza con que fueron recibidos, lograron por fin penetrar en él y arrojar a sus bárbaros defensores. Estos llegaron al último extremo de desesperación y apuraron todos los medios de defensa. No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras de gran tamaño, y como eran hombres membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme con la misma facilidad que si fuese muy pequeña. Así tuvimos algunos muertos y muchos heridos a pedradas. Fue tal el fuego, la precipitación y el encarnizamiento con que peleaban, que en medio

del denso humo, de la gritería y amenazas, se vio el efecto de la explosión de un repuesto de municiones, en el cual volaron algunos malvados, y acabó de poner en confusión el resto al momento mismo que las tropas iban a saltar el parapeto.

Nuestra caballería, que para el momento de ocupar el reducto ya estaba prevenida, recibió a los que salieron de él, en unas lagunas poco profundas, donde todos se arrojaron, y allí pereció a sablazos aquella banda de asesinos feroces que ni imploró la clemencia ni hubo uno que diera señales de timidez, en medio de la carnicería que en ellos se hizo. Algunos que pudieron escapar, a pesar de la vigilancia de los dragones, dieron en manos del regimiento de Navarra, que rodeaba aquellas inmediaciones. De esta suerte se concluyó una acción tan sangrienta y empeñada, que allí quedaron tendidos más de 500 forajidos, que ni aun en el último momento quisieron rendirse. En este día tan glorioso para nuestras tropas, y tan ventajoso para la humanidad y tranquilidad de este continente, perdieron los rebeldes sobre 600 hombres. El 10 del actual se puso en marcha el ejército para Pampatar; la división expedicionaria tomó la cabeza y tuvo orden de tomar el fuerte y trinchera que los enemigos tenían cerca de San Juan. El brigadier Canterac se adelantó con el batallón de Burgos, y despreciando el fuego de metralla que le hacían aquéllos, se apoderó de todo con muy poca resistencia, encontrando un cañón de a 12 y municiones de guerra, que quedaron en nuestro poder. El ejército continuó su marcha, acampó aquella noche en el hato de Marcano y el otro alcanzó Porlamar, habiendo entrado en seguida en Pampatar.

“Los rebeldes habitantes de la isla de Margarita (Cumaná, 28 de agosto de 1817), después de haber perdido los pueblos de Porlamar, Pampatar, Paraguachí y Juangriego en las reñidas acciones que habíamos tenido los días anteriores, se hallaban reducidos a sus fortalezas de la ciudad de La Asunción y de Norte, donde no era posible penetrar sino a costa de mucho tiempo de trabajo. Tienen en dichos fuertes siete baterías, construidas con todas las reglas del arte, en las cimas de los más empinados montes, con las que rodean las poblaciones, siendo las llamadas de la Libertad y Maturín casi inexpugnables. Con ellos, protegen la ciudad y sus avenidas, y aun cuando no

sería muy difícil apoderarse de ellos, como todos los vecinos se encierran con sus víveres en las eminencias fortificadas, luego que se aproximan nuestras tropas, hubiera sido necesario un largo bloqueo para reducirlos. De otro modo habría sido costosísima y sangrienta cualquier tentativa que se hubiese emprendido.

En este Estado recibí parte del general La Torre, en que desde la isla de la Granada me anunciaba la funesta y desagradable ocurrencia del abandono de la capital de Guayana y de las fortalezas, habiendo salvado el número de buques, tropas y familias emigradas que se citan en el estado que va adjunto. Al propio tiempo el brigadier Pardo me avisaba que las convulsiones que se habían suscitado por los llanos, extendiéndose hasta los valles del Orinoco, donde numerosas gavillas de malvados se presentaban, sitiando el pequeño fuerte de Chaguaramas, y amenazando las avenidas de la capital. Desde este momento no dudé en pasar a socorrer el continente y atajar el torrente que por todas partes se dirigía al interior de la provincia, particularmente cuando la ocupación de Guayana ponía a los rebeldes en actitud de dirigir las fuerzas, con que allí había hecho la guerra, donde les fuera más ventajoso.

De esta suerte, a pesar de las glorias que las armas del Rey acababan de conseguir en Margarita, y del terror que se había esparcido entre sus habitantes por el sangriento suceso de Juangriego, que los reducía al mayor apuro, no pude vacilar mi resolución, que fue apoyada con el parecer de los principales jefes del ejército, convencidos de la urgencia de oponerme a los facciosos, que conseguían rápidamente muchas ventajas entre unas gentes tan dispuestas a la rebelión.

Todo se dispuso con la mayor tranquilidad; el 19 llegué a este puerto con el ejército y los heridos y enfermos que en él había, y me estoy disponiendo para marchar en breve sobre Caracas.

En: El teniente general don Pablo Morillo primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta (1778-1837), Tomo I por Antonio Rodríguez Villa, p.p. 304-320.

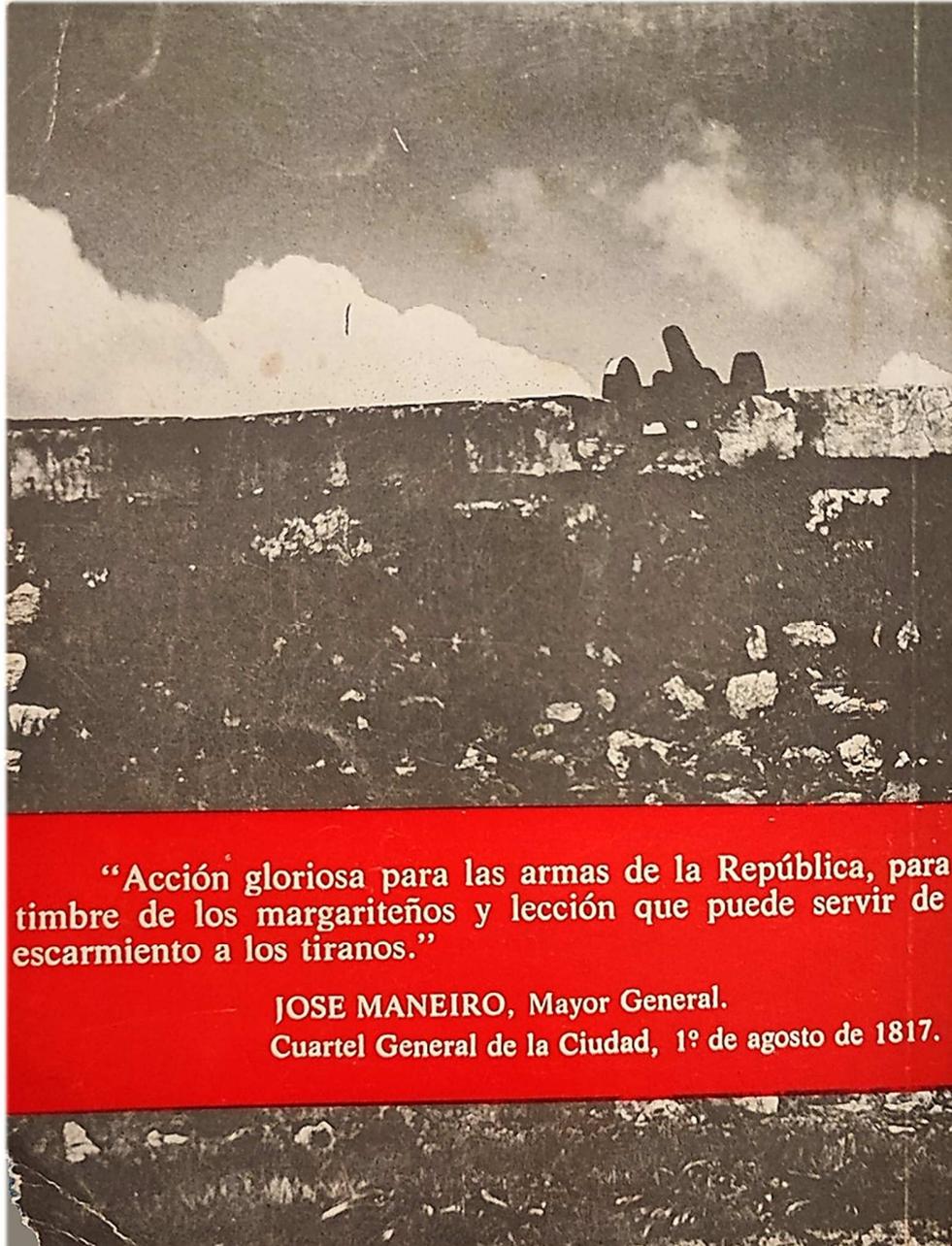
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

1. Austria, José. **Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela**. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1960.
2. Baralt, Rafael María. **Obras Completas**. Tomo II. Maracaibo, Venezuela, 1960.
3. Bianchi, Horacio. **Blasón Insular**. Tip. "Avance". Porlamar, 1953.
4. "Boletín de la Academia Nacional de la Historia". N° 17. Tomo XX, Enero-marzo de 1937.
5. Bolívar, Simón. **Obras Completas**. Editorial Lex, La Habana, Cuba. 1950.
6. Boulton, Alfredo. **La Margarita**. Caracas, 1952.
7. Días, José Domingo. **Recuerdos sobre la revolución de Caracas**. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas 1959.
8. **Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el Siglo XIX. La Independencia**. Tomo II. Caracas, 1963.
9. Gil Fortoul, José. **Obras Completas**. Vol. I. Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Caracas, 1953.
10. Hackett, James y Brown, Charles. **Narraciones de dos expedicionarios británicos de la Independencia**. Caracas, 1959.
11. Lecuna, Vicente. **Crónica razonada de las guerras de Bolívar**. New York, N. Y. The colonial Press Inc. 1950.
12. Level de Goda, Andrés. "Antapodosis". "Boletín de la Academia Nacional de la Historia", Tomo XVI. Agosto-diciembre de 1933. Nos. 63 y 64.
13. **Libro de Actas del Supremo Congreso de Venezuela. 1811-1812**. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1959.
14. Marcano, Gaspar. **Poema del Teniente Coronel y Licenciado Gaspar Marcano y otras producciones patrióticas de 1816 y 1817. Relativas a la guerra de independencia en Margarita**. Caracas. Talleres de Linotipo de "El Universal", 1917.
15. Miranda, Francisco. **Archivo**, Tomo XXIV. Editorial Lex, La Habana, 1950.
16. Montenegro y Colón, Feliciano. **Historia de Venezuela**. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1960.
17. Morillo, Pablo. **Manifiesto que hace a la Nación Española General Don Pablo Morillo. Conde de Cartagena. Marqués de la Puerta y General en Jefe del Ejército expedicionario de Costa Firme con motivo de las calumnias e imputaciones atroces y falsas publicadas contra persona en 21 y 28 del mes de abril último en la Gaceta de la Isla de León, bajo el nombre de Enrique Somayón**. Caracas: impreso en la Oficina de D. Juan Gutiérrez, Año 1820.
18. Moxó, Salvador. **Memoria Militar sobre los acontecimientos de la isla Margarita una de las Provincias de Venezuela, que el Capitán General de ellas y Presidente de su Real Audiencia, Mariscal de Campo Don Salvador**

Moxó Presenta al Exmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho Universal de la Guerra. Imprenta de Puerto Rico. Año 1818.

19. Narváez, Napoleón. **Nociones históricas del Estado Nueva Esparta.** Segunda Edición. Editorial Elite. Caracas, 1944.
20. O'Leary, Daniel Florencio. **Memorias.** Caracas. Imprenta de la Gaceta Oficial. 1881.
21. Parra Pérez, Caracciolo. **Mariño y la Independencia de Venezuela. El Disidente.** Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1954.
22. Restrepo, José Manuel. **Historia de la República de Colombia.**
23. Rodríguez Villa, Antonio. **El Teniente General Don Pablo Morillo, primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta.**
24. Rojas, Arístides. **Crónica de Caracas.** Ediciones Nuevo Mundo. Caracas, 1965.
25. Rosas Marcano, Jesús. **La independencia de Venezuela y los periódicos de París.** Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1964.
26. Subero, Efraín. **La Ciudad y las Ciudades.** Talleres Gráficos Edición de Arte. Caracas, 1966.
27. Subero, Jesús Manuel, **Cien Años de Historia Margariteña.** Impresora Delta. Caracas, 1965.
28. Villalba Gutiérrez, Salvador. **La personalidad del General Santiago Mariño a la luz de la verdad.** Editorial Elite. Caracas, 1944.
29. Yanes, Francisco Javier. **Historia de Margarita.** Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1948.

MATASIETE, MONTAÑA DE LA GLORIA,
DE JESÚS MANUEL SUBERO, SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN CARACAS, EN LAS
PRENSAS DE EDITORIAL TEXTO, EL MES
DE ENERO DE 1977. LA EDICION ESTUVO
AL CUIDADO DE EFRAÍN SUBERO
Y MAXIMILIANO FERRERA.



“Acción gloriosa para las armas de la República, para timbre de los margariteños y lección que puede servir de escarmiento a los tiranos.”

JOSE MANEIRO, Mayor General.
Cuartel General de la Ciudad, 1º de agosto de 1817.

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Junio de 2023